

Changmarín

# Nochebuena mala



1995

## Changmarín:

Carlos Francisco Changmarín, premio nacional del concurso panameño Ricardo Miró, en novela, cuento y poesía.

Popular autor de décimas para cantar, y de literatura para niños y jóvenes.

Entre sus obras se destacan las novelas **El Guerrillero Transparente —vida de Victoriano Lorenzo—**, **En ese pueblo no mataban a nadie**. En cuento: **Faragual**. En poesía: **Poemas Corporales**, y las décimas de soberanía: «Que se vayan del Canal». En literatura para niños y niñas: **Las Tonadas y los cuentos de la Cigarra**, **La Muñequita de Tusa**.

Algunas de sus obras han sido traducidas al ruso, francés, chino y otros idiomas.

## NOCHEBUENA MALA

Cuentos que no son cuentos, sobre la invasión yanqui a Panamá, en diciembre de 1989.

El autor, destacado cuentista latinoamericano, refleja en esta obra la razón verdadera de la cruel guerra cuasi-digital que la gente del Presidente Bush ensayó en la pequeña Panamá, no para llevarse del país a un hombre, sino con el fin de quedarse, en una forma u otra en el estratégico centro del continente americano, bajo sus fines hegemónicos; para ensayar nuevas armas y sistemas, como el avión caza F. 117, Stealth, y además como forma de advertir al mundo y sobre todo a los pueblos atrasados, que el águila del norte aún no ha caducado, y que hoy, por lo contrario y pese a las nuevas tendencias de paz en el universo, su garra está empotrada en el cenit de su unipolaridad mundial.

«Escribí este libro —dice el autor— con el odio sosegado», que no es otra cosa que la misma dignidad. Como ciudadano de la tierra agredida, el libro no es neutral, que no puede haber neutralidad respecto de la independencia nacional y de la patria.

Y sólo la realidad, por sí misma es objetiva. La creación del hombre, el arte, y la comunicación, son subjetivos. La «objetividad» del periodismo, es pura faramalla para engañar a los desprevenidos.»

Changmarín

**NOCHEBUENA MALA**

—Invasión Yanqui a Panamá, diciembre de 1989—

Cuentos que no son Cuentos

**Nochebuena mala/Invasión Yanqui a Panamá  
Diciembre de 1989/Cuentos que no son Cuentos.**

- © Carlos Francisco Changmarín
  - © Fundación Omar Torrijos Herrera.
- Reservados todos los derechos.  
Primera Edición, 1995.

Portada: acrílico de Changmarín.  
Diseño de Portada:

Impreso en Panamá

*A las mujeres y hombres,  
que cayeron combatiendo por la patria.  
A los perros, pájaros, plantas y mariposas  
volatizados por las bombas del gran capital.*

Un Canal para la Paz  
y no para la guerra...



# 1

## JURAMENTACIÓN Y CENA CASI FANTÁSTICA

En el centro del comedor del club de oficiales, de la base militar de Fort Clayton, ya lucía un hermoso arbolito de navidad, con una estrella restallante, en la copa puntiaguda del arbolillo, cargado de los tradicionales bombones multicolores y del reguero de luces palpitantes. No lejos de allí, en un calendario de grandes y negros números se destacaba la fecha: “1989, December 19, Tuesday”.

Era el crepúsculo a la altura de las seis; detrás de los ventanales cubiertos de tela metálica, todavía la distancia del paisaje canalero lucía clara y casi celeste. Del fondo del comedor, de impecable limpidez y sobriedad, provenía un hálito oloroso a sabrosuras culinarias exquisitas. Tal vez sería pavo relleno, jamón rociado con vino español; o lechoncitos al horno... ¡quién sabe!... ¿Acaso sería un chivo asado? El personal subalterno del casino se movía nerviosamente bajo la mirada poderosa del maitre, quien colocaba lo que aún hacía falta y con una precisión de computadora situaba servilletas, vasos, botellas de whisky, de vino y aún de vodka rusa.

El carácter sumamente confidencial de la cena, el exceso de hombres de seguridad y de inteligencia que rodeaba el local, por entre los jardines y debidamente equipados

— Creó— comentó el cocinero jefe— que el propio General Collin Powell ha venido a inspeccionar el área.

con los más sofisticados dispositivos de comunicación electrónica, hacia pensar que se trataba de una cena del más alto nivel.

—Creo— comentó el cocinero jefe— que el propio General Collin Powell ha venido a inspeccionar el área.

—Puede ser —contestó otro cocinero—. Tal como andan en Panamá las cosas... Pero podrían ser los jefes del Comando Sur y el señor embajador de los Estados Unidos; digo yo, pues cenas así se han hecho para los días de navidad. Y ésta es algo grande.

De pronto, afuera, en las callejuelas que conducían al edificio se movieron con rapidez los vigilantes. Hubo alguna voz de mando. Y de limusinas negras bajaron un general de cuatro estrellas y el propio embajador norteamericano. Inmediatamente después, descendieron, unos tras otros, tres personajes aparentemente desconocidos para el personal de la cocina. Estos venían acompañados de sus señoras. No eran los tres reyes magos, aunque semejaban ese talante: uno, de diseño pícnico y gordo; otro más bien flaco y de verdosas ojeras y comisuras de los labios, el tercero, canoso y de rostro cuadrilátero.

—Aguaita... Aguaita...— Le comentó en baja voz un ayudante de la cocina a otro— parecen tres fantasmas.

En riguroso orden, según las jerarquías, entraron los generales y los fantasmas.

La comitiva recién llegada provenía de la oficina del comando de la Base Militar de Fort Clayton. Allá, pese a la planificación estricta de los generales, ocurrió un descuido protocolar; cosa de los apuros de última hora. No había una biblia en español. Más era algo que los invitados dispensaron, debido al carácter de la situación y las urgencias de última hora. En la austeridad de la sala donde se realizó el oficio, resaltaba la bandera norteamericana.

Colocaron a los tres individuos fantasmales al fondo; frente a ellos, un pequeño podium sobre el cual estaba la biblia, hermoso libro empastado con tela roja. Frente a ellos lucían con sus mejores uniformes y togas, el Jefe del Comando Sur de los Estados Unidos, Maxwell Thurman (loco Max, le decían) a su lado, el general encargado de la operación próxima a realizarse, Carl Stiner y uno que tenía porte y cara de latino, conocido más tarde en el argot popular, como el perverso Marc Cisneros.

Thurman dio la orden para comenzar el acto. Un ayudante le comunicó a uno de los tres invitados que sobresalía por su gordura que debía hacer el juramento.

—¿Lo hago en español, o en inglés? — preguntó nervioso, mientras ponía la mano derecha sobre la tapa de la biblia.

—Puede hacerlo, señor, en cualquiera de los dos idiomas. Entendemos el español —respondió el jefe de protocolo.

El primer fantasma empezó el juramento en español, tartamudeando: —“Juro ante Dios y la Patria”... — y lo continuó en inglés— que al ocupar el cargo de Presidente de la República de Panamá, cumpliré con la Constitución y las leyes del país”...

Balbuceó otras frases apagadas e ininteligibles. Mientras realizaba el juramento mantenía los ojos semicerrados; no levantó el mentón y ajustaba temblorosamente la mano diestra sobre el pecho, a la altura en donde debía tener la caja del corazón.

Al término de la oración hubo aplausos uniformes y formales.

— Ahora te toca a ti— dijo el gordo al fantasma que tenía postura de monje franciscano, quién vertió su juramento por el enrejillado de aquella oficina, tal vez para huir

del mismo dios. Finalmente lo hizo el caricuadrado. Este juró con más fuerza, con los ojos no sólo abiertos, sino casi desafiantes y al término del rezo agregó:— "...y además si hay que volverlo a hacer, señores generales, yo con enorme satisfacción lo volveré a repetir"...—Dos mojigangas de los señores fantasmas, allí traídos por los militares norteamericanos, sirvieron como testigos y la ceremonia concluyó. El gordo sudaba como un burro esquilado; el flaco parecía transparente, con verdosas veladuras en el rostro, que le daban un aire de Drácula criollo, y el tercero se notaba verdaderamente eufórico y casi fuera de sí.

De aquella oficina, los fantasmas, ya vestidos de sus nuevos cargos, pasaron con sus generales a un salón especial, pero allí la cuestión era más restringida.

—Excelentísimos señores— dijo un coronel de la inteligencia—tengan la fineza de firmar este documento.

El documento, desde luego estaba escrito en inglés.

— Léelo tú— le dijo el gordo al flaco.

— No joda, —intervino el tercero— yo lo leo —y lo leyó en silencio, para él.

—¿Todo okey? —preguntó el coronel, con cierta dulzura.

—Todo okey, mi coronel —respondió el fantasma tercero y agregó— tú—dirigiéndose al que actuaba como presidente— firma.

El fantasma sacó su pluma de oro, la desenvainó y con torpeza, se acomodó los anteojos y preguntó:— "¿Aquí?"— El coronel con el dedo le indicó el sitio preciso y el hombre firmó. Lo mismo hicieron los demás, y salieron hacia el club de oficiales.

En el centro de la bien cumplida mesa estaban el general de las cuatro estrellas, y de lado y lado, los invi-

—Ahora, señores,— ordenó el jefe de la cena— vamos a trinchar.

tados. Un fantasma al parecer no trajo la esposa. Las dos restantes, mujeres bien aderezadas, una con traje de amarillo patito y la otra de verde limón. Ellas, sin embargo no sabían nada de nada, y ni siquiera se atrevían a intercambiar miradas con sus maridos, que al parecer desconocían, si luego de la ceremonia iban a ser lanzados al espacio o ser acuchillados por las espaldas.

*Se trata, nada más y nada menos, que un asado de bebé recién nacido...*

—No sabe usted, mi querido Presidente —le comunicó el general de las cuatro estrellas— el exquisito plato que vamos a devorar, en su honor y sobre todo, por el histórico paso que hemos dado, en aras de la libertad, la democracia en este país, y por la integración y la globalización que corre en el nuevo mundo.

—¿Se trata —preguntó ingenuamente el fantasma,— del famoso caviar negro, ruso?

—Claro, de entrada hay caviar, pero no es eso.

—Entonces, mi general, ¿qué podría ser? ¿Faisanes?

—No, Excelencia... frío... frío. Ya lo probaré.

La cena empezó con un brindis, lo hizo otro general que estaba en la cabecera opuesta de la mesa. Habló en inglés y fue muy breve. Todos entendieron. Levantaron las doradas copas de champaña.

—Ahora, señores,— ordenó el jefe de la cena— vamos a trinchar.

Y luego comieron a dos carrillos. Todo estaba de lo mejor, pero lo insuperable fue el asado. El fantasma mayor, un businessman, de muchos viajes por el mundo, sin embargo no dio con la materia devorada por él a grandes colmilladas y muy goloso apetito. ¿Acaso era venado? ¿Quizá puerco? ¿Termera? ¿Conejo pintado?

—Excelencia, entonces... ¿sabe lo que hemos comido? —preguntó el general de las cuatro estrellas.

— A la verdad, mi general, no doy con el sabrosísimo plato—respondió el fantasma primero.

— Pues le diré ya que entre nosotros no habrá secretos. Acérquese señor Presidente— ordenó el general— Se trata, nada más y nada menos, que un asado de bebé recién nacido, de un famoso cocinero alemán que trabaja con nosotros— y el general se sonrió socarronamente, en forma a la vez pícaro y macabra.

—¿De bebé? ¿Qué animal es éste?

— Ningún animal, señor Presidente, aquí no hay metáfora culinaria, es un verdadero niño asado. — Se volvió a sonreír.

— ¡Chucha!... ¡No puede ser! —Expresó, en alta voz el primer fantasma—

Al oír aquello, casi todos, menos las mujeres se echaron a reír.

—¿Me toma el pelo, señor general?— Exclamó el fantasma—¿Es un chistecito suyo?

— No señor— respondió el de las cuatro estrellas— ¿Nunca había comido usted niño chiquito, recién nacido? ¡Ji... Ji... Ji...!

—Muy ocurrente —expresó el tercer fantasma con su voz de sapo veranero—. Realmente estaba riquísimo. Y repito, de volver a ofrecérmelo ustedes, con el mismo gusto me lo comeré.

En eso, una de las damas empezó a vomitar.

La cena, con el comentario del plato especial, los chistes subsiguientes, y los tragos terminó a las ocho de la noche.

—Oye— preguntó como a las diez el gordo, en el nuevo lugar donde los generales los habían llevado luego de la cena— tú que leiste aquel papel, ¿Qué fue lo que firmamos?

—Pedimos la invasión— contestó el caricuadrado.

—¡Mierda!— pujó el primer fantasma.

Como a las once y cuarenticinco, del diecinueve, o a las doce y quince minutos de la noche de aquel veinte de diciembre de 1989, víspera de la nochebuena, empezaron a estallar las bombas de dos mil libras, los misiles y disparos sobre las casitas de madera de los niños que esperaban a Santa Claus.

Los perros aullantes y atolondrados huían desesperadamente entre las sombras. La noche se puso de color naranja brillante. Luego bramó un incendio rojo, gris y negro. Esa madrugada aún no había salido la luna sobre el malecón de El Chorrillo, y todavía en la cantinita, “La Mendoza”, entre calle 27 y la esquina de la “Bocas del Toro”, se oía a Daniel Santos cantar la vieja tonada aquella: “Vengo decirle adiós a los muchachos, porque pronto me voy para la guerra”...



## 2

### LA HONORABLE EXPUTA, MADAME PUMPUM

—Chico, no puede ser, en diciembre nunca llueve— decía Madame Pumpum, la que freía chicharrones en la esquina de calle 26—. Por eso, muchachos me encanta diciembre. Vendo más chicharrones a los engomados, y el mar me penetra como diez hombres alborotados, en un solo bolillo, por todos los poros.

—No seas vulgar “Madama”. Dame ese chicharrón de tetita.

—Míralo.

—¡Je...je!... ¿Te gusta la tetita, no?

—Clarito vieja.

—Nada de vieja; ¿“oite”? Todos ustedes son iguales. En mis buenos tiempos, hombres de todas las tierras me peleaban. Y ¡Qué regia era yo!... ¡Qué clase de hembra!

—Alábate pato...

—Te estoy diciendo, loco.

—¿Tenías fama internacional?

—¡Uh!... ¿qué marino no navegó la panga de “Madama” Pumpum... ¿Ah? Mira, toca aquí; no, más abajo, mide...

—¡Chuleta, “Madama”!

—¿Recuerdas a Mike, el guardameta del "Caleta 11"?

—Que te digo, loco. Hasta un músico me hizo un son, para carnaval. Fui reina en Pedro Obarrio. Claro, eran otros tiempos, niño. ¿Pero quieres saber una vaina? nunca trabajé gringos. O mejor dicho, después que uno me pegó esa porquería.

—¿Ni en la Guerra Mundial?

—¿Cuál, oye?

—La de Hitler.

—Ni en esa guerra, eso sí, los traté bien de palabra, pero de cama, nada... ¡Je... Je!... ¿pero tú sabes? Fui la primera mujer de aquí que se echó a un ruso.

—¿Y cómo te fue?

—¡Ja!... Venían en fuego. Pero eran muy sentimentales. Cantaban canciones tristes y yo les metía mis calippos, aunque yo también soy muy melancólica.

—¿Qué?

—No jodas, no te han dicho que en esa puta guerra me mataron el único hijo que tuve, de otro negro pendejo como yo. Un chico lindo como su madre, que aquí en El Chorrillo jugaba la pelota, como nadie. Le decían Cheché. Se llamaba José.

—¿Lo mataron aquí?

—No, el muy loco se metió a soldado norteamericano.

—¿Y entonces?

—Lo mataron los japoneses, por allá, por la casa del diablo... Bueno, no hablemos de eso; dime, ¿quieres otro chicharrón? El de rabito es lo más rico y así lo puede mezclar mejor y le das tu toque... ¡Je... Je!... ¿Conseguiste de la buena del mismo San Miguel?

—Con semillita y todo, así es como me gusta. Bueno, adiós "Madama" Pumpum. Ojalá no te mueras del encanto de la brisa del mar... Estamos en diciembre, ¿No?

—Claro, en diciembre nunca llueve, hay chomba Pumpum para rato... ¿Qué te pasa a ti?

Tres días después de la invasión del 20, de ese mes, los soldados norteamericanos que habían tomado todo el barrio de El Chorrillo, llegaron con sus terribles lanzallamas y pulverizaban los cadáveres, entre ellos los de: Juan Muleta, La Petra, Caraefilo, y el Barbero de Sevilla.

—¿Recuerdas a Mike, el guardameta del “Caleta 11”?

—¿Cuántos, tú crees, loco, que los gringos mataron esa noche?

—Te digo que yo vi cuando a la pobre “Madama” Pumpum, la recogieron medio muerta o medio viva y los gringos la metieron, con otros cadáveres, en unas bolsas de plástico. En cada bolsa, echaban gentes muertas y pedazos de brazos y muslos, todo junto como un tuti-fruti. Dicen que le agregaban una bomba de profundidad, y luego lanzaban, desde los helicópteros esas bolsas a la bahía, y aquellas bombas, al llegar al fondo del mar estallaban.

—¡Chuleta!

Pero es cierto, en diciembre nunca llueve, y aquella noche el cielo era azul clarísimo. La brisa del Océano Pacífico, el salado toque del agua que se le introducía a la pobre Madame Pumpum, como diez hombres por todos sus poros de negra mulata, exmujer de la vida, o sea, exputa, exvendedora de amor y luego de sabrosos chicharrones. ¿Quién no quería a la popular “Madama” Pumpum y vacilaba con ella? Hasta los ricos venían a su puesto, después de las parrandas de carnaval, a buscar pescado frito, pues ella sabía darle ese buqué de ají chombo, inigualable.

*...pero ahora  
estoy total-  
mentemuerta  
y navego so-  
bre una luz  
anaranjada*

—Todas esas putas guerras— decía la “Madama” me trajeron mala suerte, niño. ¿No quieres otro chicharroncito? Me caíste bien, pero ahora estoy totalmente muerta y navego sobre una luz anaranjada.

### 3 LA LUZ ANARANJADA

Estaba muerta... ¡Dios mío!... Es la muerte. Levitaba sobre una espesa veladura rojiza, anaranjada, muy brillante, vaporosa y atterradoramente calurosa. Navegaba así, en el cuarto. No había ventanas, ni mesas, ni sillas, en fin, ningún chérchere a mi alrededor. ¿Acaso era mi casa? No. Yo estaba muerta... Así es la muerte. ¿Mis brazos? Sí, llevé las manos a mi cabeza. Los cabellos se me habían convertido en finos y retorcidos alambres de cobre, rojos electrizantes y derretidos. Claro, es la muerte, estoy absolutamente convencida ello. ¿Mi reloj? Son las doce y treinta y dos minutos de la noche. ¿De la noche o de la madrugada? No sé. Creo que hoy es martes, 19 de diciembre, me parece, ¿o era miércoles? Esta mañana, o ayer en la mañana, preparaba los tamales de la nochebuena. ¿En donde estoy ahora? ¡Santa Bárbara Bendita!... A nadie oigo y nadie me escucha. Allí... allá veo una chispa azul. ¿Será el negro Rambau, con su acetileno, que suelda el borde de la ventana del vecino? ¿Pero a esta hora? ¡Qué va! No hay nadie. El mundo se acabó... se acabó. Estoy perfectamente muerta. Sólo veo arriba y debajo de mí, lo rojo naranja y allá lejos, el rayo azul. Siento que en un segundo la cara se me ha vuelto una huesada, monda y blanca calavera... ¡Ay!... Yo que el año pasado fui la reina del carnaval; iba en la comparsa de "Los campesinos". Me

suena en la memoria todavía el tun... tun... tun... tra...  
tarratá tá... tun... tun... tun... tarratá.. de los tambores.  
Sudaba sangre, del son y del amor... —“Qué buena tú  
estás, negra”— me piropeaban los muchachos del patio.  
Tun... tun... tun...

Claro, ¿Tú ves? Como a las 12 y 30; no era el 19 sino  
el 20 de diciembre, sonó el tarratá... ¡Dios mío!... Esos  
horrisimos tambores me alzaron sobre una luz anaranja-  
da, donde sigo levitando, como una pluma rota de paloma  
negra, consumida.

¡Estoy supremamente muerta!... Pero lo que más me  
mata es esa terrible luz anaranjada...

## 4 TECNOLOGÍA PARA LA MUERTE

La tormenta reventó en la madrugada, y de pronto fue un estruendo de película.

— ¡Ay, mamy! ¿Qué son esos toros de fuego?

—Braman y tienen alas... Eso veo.

— ¿Por qué, a esta hora, Mamy, tantos cohetes y voladores?

—¿Es que viene Papadió?

—Santocló is comeing, father?

Pero acá, del otro lado de la base aérea de Howard y de las otras trece bases norteamericanas, y sobre el claro cielo navideño de diciembre, cuando los pelados del barrio de El Chorrillo esperaban los juguetes, comentaban tranquilamente:

—Uíte, tú Pipote, que na ma falta cuatro días pa que venga Santocló y cuento.

—Santocló, no; ¿qué te pasa locote? Es Papadió...

—Santocló, te digo. ¿Tú no ves televisión? Di Santocló, o te rompo la jeta.

—¡Ah!... ¡Peleón!

—Y tú, güevín...

Bueno, sí, ya en el barrio lucían los arbolitos con sus focos parpadeantes y los chicos adivinaban las bolsas repletas de confetis y regalos. Los triqui-traquis, la cohe-

tería china de las tiendas de los chinitos... Pero en ese momento de la baja noche, cuando la gente dormía, los trabajadores, para madrugar a su trabajo en el comercio y las fábricas, las esclusas del Canal o en las bases militares... En esos instantes cuando, luego de la parranda casera del matrimonio pobre, pero cumplido y alegre, de la muchacha obrera; sí, cuando burdamente trataba de quitarse el vestido blanco y oloroso para entreabrir su vida al esposo, ebrio de amor y de cerveza y empezar así, a morder la luna de miel hasta la punta de la noche buena, como al principio del mundo: Adán y Eva, totalmente desnudos y sin manzana alguna... Blún... Tembló la tierra y se prendió el aire...

Era la cohetería, los bombazos, la misilería de las fuerzas de la invasión norteamericana a Panamá en 1989, que comandaba el General Carl Stiner, a nombre del Presidente de los Estados Unidos, mister Bush.

Sobre la ciudad canalera, tronaba la 82 División Aerotransportada, el Comando del Destacamento Expedicionario Bayoneta, el Sexto Batallón Mecanizado de tanques livianos, el Quinto Batallón de la Octagésima Unidad de Infantería.

A la una y cincuenta minutos aparecieron, entre las pocas nubes los C-147 y saltaron los tres mil paracaidistas de la 82 Aerotransportada que provenían de Fort Bragg. Venían también, las Fuerzas Especiales del Destacamento Expedicionario del Pacífico (Task Force Pacific), Los caracucias del Destacamento Semper Fidelis, los Expedicionarios del Atlántico, la Séptima División de Infantería Liviana. Todo ello con el respaldo musical de las previas horas de la nochebuena de aviones artillados Specter AC-130 con cañones de 20 milímetros, ametralladoras rotativas de 7.62 y cañones de 105 milímetros que disparaban

— ¡ M a d r e  
mía!... ¡Padre  
mío!... ¡ M a m a  
güela mía!...  
¿Por qué nos  
han abandonado!...

proyectiles de 40 libras. Rodaron los tanques Cheridan y los helicópteros AH-64 Apache que portaban misiles hell-fire y cañones de 30 milímetros y que además apuntaban con rayos láser, desde mil metros de altura...

El despliegue táctico incluía también aviones A-37 (Dragonfly), los supersónicos SR-37 y el muy sofisticado caza F.117, Stealth, el famoso furtivo o sigiloso, construido millonariamente para evitar los radares, primera vez probado en una guerra real. Eran unos gigantescos murciélagos que habían levantado el vuelo de navidad, de la base de Tonopah Test Range, en Nevada.

Un rumor de oruga alada y de acero invadía toda la ciudad y los disparos, las ráfagas, las bombas y los cohetes aturdíen a la gente. El traslúcido avión espía, desde muy arriba, pese a la niebla de la madrugada, indicaba a los artilleros hacia dónde disparar y éstos con sus mascarillas infrarrojas experimentaban, a su gusto, lanzando al punto preciso, tras la marca del láser, sus misiles y bombas.

—¡Madre mía!... ¡Padre mío!... ¡Mamagüela mía!... ¿Por qué nos han abandonado!...

Y esos aviones de rugidos como dragones increíbles, que meses antes rozaban las palmeras y trazaban con sus olas de espumas blancas las terribles amenazas... De nuevo ahora, con el salvaje y apocalíptico alboroto tecnológico de un Santa Claus brutal pulverizaban a los niños en este culo del mundo.

—¡Toma!... ¿No te lo dije? No es Papadió... Es Santocló...

—¡Calla, tonto!

—Ahora estás muerto, tú güevín.

—Pero tú también estás muerto, y más que yo.

—Y ahora, ¿Qué le vas a decir a tu maestra? ¿Que te paviaste?

Los periódicos y las televisiones habían comunicado días antes, que Bush y Gorbachov, en Malta, habían llegado a un acuerdo de paz y distensión.

Caían edificios, altares, muros, celdas, techos viejos de las antiguas barracas de madera construidas para alojar a los constructores del Canal. Ahora temblaban esos abuelos enloquecidos o volatizados, los nietos destripados; perros destripados, gatos destripados, pájaros rotos, mariposas trucidadas, pelícanos sublimados, peces mal heridos, palomas fusiladas, palmeras bifurcadas. Bombas... bombas... misiles... Aviones... aviones, helicópteros, tanques...

Desde el Cerro Ancón de Amelia Denis de Icaza... “Ya no eres mío idolatrado Ancón”... El grupo 22 de artillería de campaña de Kobbe disparaba sus cañones de 105 milímetros para destruir el Cuartel Central de los militares panameños.

Sobre y bajo las penumbras sucias plúmbicas, sazonadas con el humo de los “hummers” artillados, con cañones de 81 y 71 milímetros cundían bazookas y ametralladoras M-60, prohibidas por la convención de Ginebra, y para más estilo, un poco de gases sicoquímicos, paralizantes...

Llegaron como fantasmas, veintisiete mil tropas norteamericanas para “salvar” al país, en el cual, un señor Balboa, no sólo descubrió el Mar del Sur, que estaba allí descubierto por los siglos de los siglos, por todos los pueblos, desde los Mayas a los Incas, sino que inauguró la etapa histórica de la cacería de gente humana, o sea, los indígenas con feroces perros de los reinos de Castilla y de León y de la Santa Madre Iglesia Católica. Y cuando, al fin,

*De la barriga invisible de aquellas naves, alguna serpiente monstruosa, algún murciélago jurásico, algún verdadero dragón occidental vomitaba chorros de fuego*

Pedrarias Dávila lo mandó a decapitar, al gran Adelantado del Mar del Sur, el dueño del famoso perro cazador “Leoncico”, entonces en las lecciones de historia, de las escuelas primarias, los pobres niños lloraban la desgraciada suerte del Adelantado. Y así, con tal omnubilación de la luz, empezó esta cosa. Ahora los yanquis con mordedores perros electrónicos y nosotros solitos, como simples mojonos del universo, entre dos enormes mares inconsútiles...

Pues bien, y como dice el cuento, para no cansarles, en tan sólo cuatro minutos nos regalaron, para navidad, pese a la distensión de Malta y el humanismo de la nueva mentalidad política, como bolas de jabón multicolores nada más que unas 417 bombas, algunas de 2000 libras, en esta verija de América Latina, de Don Bolívar, Don Cuauhtémoc, Don Martí... Tierra roja y negra de nuestro Cholo Victoriano Lorenzo, quien al igual que Sandino, también fue mandado a fusilar por los perreros y carasucias gringos.

— ¡Ay, Santa Virgen de las Mercedes!... ¡Cómo nos mataban! Pero ahora, yo también estoy muerta... Todo a mi alrededor hierve en algo sumamente vaporoso y de un rojo anaranjado. No oigo, ni veo. Es la muerte, la imponderabilidad absoluta del ser y la infinitud abstracta... Amén...

De la barriga invisible de aquellas naves, alguna serpiente monstruosa, algún murciélago jurásico, algún verdadero dragón occidental vomitaba chorros de fuego, que al tocar la tierra todo lo derretía, todo lo molía, lo hacía polvo. Polvo eres y en polvo te convertirás... En las habitaciones no quedaba nada en su forma original, la materia se consumía: la mesa, la estufa, pero también el gato, el perro, la gente humana. El edificio, sin embargo quedaba intacto. Era fruto de las armas que los gringos

*Es la muerte, la imponderabilidad absoluta del ser y la infinitud abstracta... Amén...*

habían preparado contra los del Tratado de Varsovia, contra los rusos y ahora probaban acá, con el permiso de todos los santos y del sagrado capital. El Consejo de Seguridad de la ONU, por una rendija de Nueva York, protestaba protocolarmente y hacía cuchufletas a los gringos. Un diplomático del África comentó: “Ha llegado el nuevo reino de la globalidad”...

—Y esto lo vimos, los vivos y los que nos morimos... Palabra de Dios... Porque yo no miento. De pronto algo golpeó a un chiquillo; algo que venía del cielo sucio. El pelado trataba de saltar por un balcón. Al caer gritó:— “¡Agua... Agua... Agua... Me muero!”— Y cuando un vecino acudió a darle el vaso de agua, entonces: ¡bum!... Se incendió y explotó, como un tanquecito de gas...

— Papadió... Papadió... ¡Chuleta!, ¿Por qué me abandonaste?

## 5 EL MIEDO

—Miren, muchachos— dijo el instructor —el arma tiene que estar limpia; limpia como la conciencia. De otra manera, ni este fusil AK-47, ni el M-16, servirán para nada.

—¿Y la conciencia, le da más fuerza?— Preguntó mi amigo Juan.

—Es que sin una conciencia real, el arma no sabe para dónde, cómo, ni cuándo disparar. Los que desconocen a sus verdaderos enemigos, tienen la culpa de todo el padecimiento del resto de la humanidad. ¿Comprendido? Eso lo leí en un libro. De modo, muchachos, que el mantenimiento del arma es principalísimo, luego vendrá todo lo demás. Por ejemplo, no se pone mucha presión en el gatillo; hay que trabajar firme, pero suave, como si se tratara de pellizcar a una muchacha tímida. Esto es un arte.

—Maestro,— apuntó Juan— usted parece saber de todo.

—De todo un poquito, claro, eso es.

Pero la verdad era que sólo llevábamos unos tres meses de prácticas, y la mayoría de las veces solían ser ejercicios, caminatas y teoría. Ahora, por primera vez, entregaban el famoso AK-47.

*¿No has visto cómo, algunas de sus mujeres, ya tienen pintas de rabiblan-cas?*

—¿Tú crees compañero —me preguntó Juan— que pelearán estos verracos?

—¿Quiénes, los gringos?

—No, los de nosotros, los jefes.

—Mira, yo vine a este Batallón porque allá, en la provincia, en la Sexta Zona Militar, el maricón del comandante nos mandó, a los brigadistas que integramos a los grupos y los Codepadis, al mismo carajo. Uno no entiende a estos militares.

—¿Y entonces?

—Bueno hermano, para que veas. Dice el dicho que todo hay en el huerto del Señor. Creo que hay varios elementos con los gringos.

—¡No puede ser!

—Pela el ojo, loco. La fuerza está minada. ¿Sabes cómo nos trató aquel mayor? —“¡Váyanse a la misma verga!...” —nos gritó un día, totalmente en fuego, y el muy borrachín agregó: —“Partida de perros comunistas, que no quieren trabajar y vienen a joder aquí” — ¿Y sabes que le respondí yo? Claro, porque había otros que eran empleados públicos y temían que los fueran a botar... pues le dije: — “A la verga te vas tú, pedazo de borracho”. Eso me costó que me encarcelaran en la “chiquita” a pan y agua por quince días. Tenía el mayor allí un cabo puñetero, que había torturado un mes antes a los campesinos de una región, que peleaban por su pedazo de tierra, y el cabo me echaba baldes con orines hediondos.

—Entonces, mano, ¿por qué estamos en esta vaina?

—¿Por qué crees tú? Porque la lucha, al igual que la mujer, es curva, y no todos aquí están convencidos de la verdad, al lado de nosotros. En este país siempre ha habido, desde los días de Colombia, gente que soñaba

ser gringa, y decían que en lugar de la independencia, más nos convenía ser colonia norteamericana, o algo así como Puerto Rico. Y estos militares, amigo, no son santos. Buena parte de los oficiales se tiran al suelo por un billete de a dólar.

—¿Son diablos?

—Hay diablos y santos, tú no idealices nada, si quieres avanzar. Te diré que hay la mar de pillos y ladrones, entre militares y civiles, los cuales, mientras nosotros entregamos todo lo que tenemos a favor de la causa, ellos sólo aspiran a acomodarse, y hacerse millonarios en el menor tiempo posible. ¿No has visto cómo, algunas de sus mujeres, ya tienen pintas de rabiblanca? Es el poder que se les va a los sesos, por eso nos tratan a las patadas. Ese tipo del cual te hablé es uno de ellos, pero hay otros.

—¿El poder, dices tú? Entonces, ¿Nosotros no queremos el poder?

—Claro que sí, pero toda revolución, desde la francesa para acá, tiene lobos en su seno. Y no se trata de sacar a los gringos, como decía Omar, para poner a otros nuevos, engreídos y rabiblanca. Yo peleo por las masas, como Victoriano Lorenzo.

—¿Como el Che?

—¡Quién sabe! Pero debes saber que algunos, en todo esto, tienen un pie puesto en el estribo de la batalla contra los gringos, y el otro, para por si acaso, en el estribo del caballo gringo, para entregar todo, hasta el mismo culo. ¿No sabes que hay tipos metidos en lo de las drogas?

—¡No puede ser!

—Te estoy diciendo, Juan. Y esto nos lleva jodidos. Pero así es. Tenemos que pelear. Por mi, yo los mataría.

*La guerra es como el amor, uno primero le tiene miedo a la mujer, pero después que la conoce, el miedo, como te dije, se nos quita.*

—Y entonces, ¿Qué?

—Bueno, pero no se trata de una vaina personal. Es la lucha. En el camino se han de emparejar las cargas, y la patria no se vende.

—Entonces, veo que tú eres un idealista.

—Sí, porque tengo ideales pero yo soy materialista.

—¿Y si nos derrotan?

—También la muerte empareja las cargas. La historia está llena de derrotas de los pueblos y también de los enemigos de esos pueblos.

—¿Dime, para cambiar de asunto, ¿dónde trabajas tú?

—Ya te dije, el otro día, en el INTEL; Además soy miembro del Sindicato.

—Ustedes los sindicalistas saben muchas cosas, ¿No?

—No muchas. Todavía los obreros no tenemos una verdadera formación clasista, revolucionaria; nos divide la patronal, y nos ponen solamente a rumiar los huesos de algunas reivindicaciones. Pero el poder, la empresa, los medios de publicidad, eso es exclusivo de los millonarios y de sus agentes. Tal vez algún día, tendremos esa fuerza, pero esto ha costado mucha sangre en el universo.

—¡Putá!

—Mira, Juan, yo sé que aquí en este país hay millares de gentes que correrán a besar a los gringos si nos hacen la guerra, porque dizque el dólar es lo que vale, como si regalaran el dólar y no fuera fruto del trabajo y la explotación que nos hacen. ¿Entiendes? Esa gente ha sabido disfrazarse con los cuentos viejos de la democracia, pero esta vez se quitarán las máscaras y saldrán a montones, como peludas y hediondas ratas blancas.

—Entiendo.

—Y además, Juan, los medios de comunicación, hoy en manos de los ricos, engañan fácilmente a los obreros, con una cómica, con una noticia de televisión, con tantas pendejadas. Los que estamos de pie, junto con todos los patriotas, somos unos cuantos, pero mañana, aunque nos derroten, seremos muchísimos más. El pueblo despertará.

—Si, tú eres un idealista.

—Sí, un poco, pero no santo.

—Entonces, oye, y si yo no sé casi nada de esto que tú me estás diciendo hoy, ¿Por qué estoy aquí junto con los demás, dispuesto a pelear y a morir?

—Porque no eres un pendejo, y tienes instinto de tu clase, de tu pobreza, del pedazo de tierra, de la cual te echaron, porque hueles lo bueno y lo malo.

—Sí, porque yo digo como los estudiantes: “Un solo territorio y una sola bandera”. Pero tú hablas con el tono de los padres en los sermones.

—Soy padre de familia.

—¿Tienes hijos?

—Dos, compañero Juan. El varoncito tiene siete años, y se llama Juan, como tú; la niña Lucía va por los cinco.

—¿Y no te da miedo que te maten y queden huérfanos?

—Sí tengo miedo, lo pienso todos los días. Pero todos tenemos miedo, sin embargo, peleando se nos quita.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estuve en la Brigada Victoriano Lorenzo, que fue a pelear a favor de la revolución Sandinista en Nicaragua.

—Y entonces ¿Por qué vienes a entrenarte ahora?

*Corríamos por una vereda, y al salir tomamos por un zaguán, dirigiéndonos hacia la Plaza de Santa Ana. Atrás venía un fogonazo tras otro*

—Porque esto es como el boxeador, tienes que entrenar siempre, y además hay cosas nuevas. Uno nunca deja de aprender. Eso no se lo dije nunca al mayor, el borrachito aquel de que te hablé, porque sino hubiera sido peor. La guerra es como el amor, uno primero le tiene miedo a la mujer, pero después que la conoce, el miedo, como te dije, se nos quita.

—¿Miedo? Yo nunca he tenido miedo.

—¿A la mujer?

—No, a nada, te lo digo.

—Está bien, es porque eres nuevo y estás empezando a ser revolucionario. Aún eres como el toro matrero, que sigue adelante, aunque el torero le entierre una espada, de frente.

Sólo llevábamos muy pocas semanas de andar juntos Juan y yo y parecíamos amigos de toda la vida. Joven trabajador bananero, ahora vivía de la solidaridad de los compañeros del Batallón.

—¿Sabes? Aquella chica, mira— dijo Juan— la de la falda roja, casi minifalda. ¿La vez? Me gusta, pero es bien jodida.

—¿Están enamorados?

—No. Yo le dije que la quería y ella me contestó: —“¡Qué va!... es el mismo cuento de todos los hombres” — Y yo le contesté que: “Cuando esto pase me caso contigo”. —“Y tú crees—dijo la chiquilla— que esto pase? Y además, con qué te vas a casar? ¿Con cascaritas de huevo?” —Así respondió, como una mujer hecha y derecha. Pero está buenísima.

—Ajá —le dije —Juan, cógelo suave hermano, pues ella tiene uno de los mejores registros de tiro en la brigada.

Pues sí, era diciembre, yo había separado, con mi compañera los juguetes de la niña y el niño. De eso y otras cosas hablábamos cuando, a las once y tanto de la noche de aquel 19 de diciembre, en la pantalla de televisión salió la consigna: "Clave Cutarra"... Miré canal 8, del Comando Sur y vi que había la clave norteamericana "Bravo". Pasé por Juan, y corrimos al Cuartel Central. No pudimos llegar. Nos emparapetamos entre las tumbas del cementerio Amador y empezamos a responder. Juan al lado mío. Ya no era la práctica. Vimos caer a los primeros combatientes, reventados por un bombazo. Creo que eran Machos de Monte. Los tanques nos rodearon. Contraatacamos a tiro limpio, uno a uno: — "Allá, mira Juan, tumbamos uno" —grité. Vamos dale tú al que va arriba en el hummer; suelta la ráfaga... Allí, carajo lo reventamos... Parece que se retiran. No, mira... vuelven...

Fueron cinco, quince minutos. No sé. Me parecía un día. Pero se nos acabaron las municiones.

—¡Ay!— Gritó Juan, a mi lado, — me pincharon, ¡Coño!

—Vamos, salgamos de esta vaina.

Y empezamos a tratar de romper el cerco, zigzagueamos entre las tumbas grandes. Corríamos por una vereda, y al salir tomamos por un zaguán, dirigiéndonos hacia la Plaza de Santa Ana. Atrás venía un fogonazo tras otro. Nos confundíamos con miles de vecinos que despavoridamente huían con la muerte del pánico en sus ojos.

—"Dame la mano" —le grité a Juan. Lo agarré y empujé entre la multitud. Luego torcimos por un callejón oscuro sin pizca de luz. No iba nadie con nosotros por allí. Sólo silbaban las balas; arriba, el cielo enrojecido; alrede-

*...me di cuenta que nada más traía el brazo izquierdo del compañero Juan*

dor, el hedor de todo lo chamuscado y roto por los misiles. Perros y gatos se nos cruzaban en la carrera. Al llegar, al fin, al parque de Santa Ana, agotado y jadeante por la carrera, me gritó una muchacha de corta falda roja: — “Oye tú, compañero, ¿Qué llevas allí?”—Sólo entonces me di cuenta que nada más traía el brazo izquierdo del compañero Juan. Sentí un miedo horrible.

## 6

### EL ABUELO Y EL PERRO

—Al oír el primer vainazo, me dije: —“¡Putá! ¿Qué es eso? ¡Dios mío!” Agarré a Ponchito, a Raquelita, a Josué y empecé a bajar el segundo piso, cuando me di cuenta que iba en “panties”... ¡Chuleta!... Volví como una loca al tercer piso; tomé el bluejeans y me lo encaje como pude. De nuevo sentí las sacudidas de las bombas. Oí gritos: —“Al piso chiquillos... ¡no corran!... ¡Al piso!... sonaba aquello:” tataratá”. Alguien dijo:— “No son bombas, son misiles.”

Una hora, dos horas... No sé. ¿Acaso amanecía? Aullidos de perros, gemidos de gentes, sangre. —“Mamy, Mamy... yo estoy aquí... ¿No te mataron, Mamy? — “No hijo, respondí, no me han matado” —Cuando pudimos bajar a la calle, ya habían llegado los carasucias y nos apuntaban con sus M-16.— “Allá... Allá”... —Gritaba uno con acento mexicano. Era la una de la madrugada arriba revoloteaban los helicópteros y ya habían llegado los tanques. Nos hicieron marchar, en fila india, no por donde nosotros queríamos huir, sino hacia el campo de concentración. Entonces en medio de aquella barahúnda enloquecida me dije: “¡Coño, es la guerra!” Un tono rojizo invadía todo el barrio; relampagueantemente destruido, allí y más allá. Las viejas casonas de madera ardían. Nosotros pasábamos por encima de los muertos. — “¡Ay... Ay... Ay!... Gringo, chucha de tu madre. ¡Acábame de

matar! —Gritó alguien entre los escombros de la calle. Una sombra, alta y fornida, apuntó el fusil y el disparo sonó resecaamente. El gentío desesperado y presa del pánico siguió la marcha. Creo que seríamos más de diez mil gentes. De lado y lado, muertos y heridos. En la pared de madera de una cantina había quedado retratada la silueta de uno de los asesinados, como la famosa foto de Hiroshima. Dicen que fue un disparo dirigido con láser químico. En eso me susurró el hijo: —“Mama, ¿y muñeco”... ¿Y el abuelo, “Mama”? —Ya habíamos avanzado como medio kilómetro hacia donde nos llevaban.

—“Mamá, ¿Y el abuelo?” —Entonces advertí que habíamos dejado a el abuelo y a el perro en el apartamento. En un descuido de los gringos, escapamos y dimos un largo rodeo. Regresamos al edificio. De lado y lado sonaban los disparos y la metralla que, provenía del Cerro Ancón. Eran los gringos. De varias casas contestaban los brigadistas de los Batallones de la Dignidad. El barrio obrero respondía con lo que se tenía a mano. Subimos. Todo estaba entre una rara oscuridad y tinieblas rojizas y anaranjadas. Gritamos: —“Abuelooo...” —Llegamos al fondo del tercer piso, saltando sobre los huecos y candelas humeantes. Yo empujé la puerta, entre las sombras y los lampazos de las centellas que aún lanzaban los helicópteros. Tiramos la puerta. —“Aquí ‘toy” —gruñó el viejo— y agregó, como si nada aconteciera a su alrededor— “¿Me vienen a buscá?”

—“Aquí ‘toy”  
—gruñó el viejo—  
y agregó,  
como si nada  
aconteciera a  
su alrededor—  
“¿Me vienen a  
buscá?”

El abuelo con sus ochenta años estaba sentado al borde de su cama.

—“¿Me vienen a buscá? —Preguntó de nuevo. —“Sí, abuelo— le contesté. —A su lado el perro Muñeco, sin conocernos, de pronto dio feroces ladridos y se abalanzó contra los bultos que en esas tinieblas debimos haberle

parecido. Ambos, abuelo y perro habían pasado sin moverse todas esas horas. —“¡Muñeco... Muñeco!...” — Gritó uno de los chiquillos. —“Viejo — le dije —es la guerra de los gringos, la invasión... nos vamos antes de que lo maten. —Vamos tú Muñeco, también” —No, hija— respondió— ya pa' qué... Déjame aquí. Dios lo quiso así... ¡Vamos Muñeco, sal!... grité, y entre todos cargamos al viejo. Cuando llegamos a la planta baja estalló algo terrible allá arriba. Caímos sobre mil pedazos de vidrios, en la calle, casi aturdidos. — “Viste, muchacha —rezongó el abuelo— Ya hubiera ido yo encampanado y feliz, volando al cielo...”



**SAQUEO 1, PERO EN FILA**

En la noche del 19, en el viejo aeropuerto de la Fuerza Aérea Panameña, vecino al Internacional, "Omar Torrijos" celebrábamos la tradicional posada de Navidad. Los niños se preparaban para recibir al niño Dios, o a Santa Claus. La posada lució linda, aunque había cierto aire de nerviosidad, sobre todo, entre la oficialidad, por lo que sabíamos y debido a la tensión producida, fruto de las provocaciones diarias de las fuerzas militares y de la inteligencia del Comando Sur.

Nos acostábamos con la advertencia de dormir con un solo ojo, como decía el capitán, porque, en cualquier momento podían llegar del cielo, no los Reyes Magos, sino el Niño Rambo, o el mismísimo Pirata Bush, con los huevos cargados de granadas y misiles.

Y esa noche bajaron del cielo los fantasmas; caían del cielo montados en oscuras motocicletas, con metralletas, fusiles y lanzallamas. Antes habían bombardeado por doquier. Rápidamente salimos algunos en calzoncillos, pero dispuestos a todo. A mi lado cayeron varios compañeros, pero de pronto, al Rambo de la 82 División Aerotransportada, al parecer, se le encasquilló el arma. Estuvimos frente a frente. Yo pese a todo, en ese instante sentía miedo de disparar-

*Recogí a un  
compañero  
que yacía he-  
rido, a mi la-  
do, me lo eché  
al hombro y  
me perdí en-  
tre el yerba-  
tal.*

le al hombre, pues estaba tan al descubierto, que me parecía trabajar sucio; llevaba mucha desventaja para derribarlo. Pero de pronto me vino de los pies a la cabeza toda la sangre, como un poderoso río caliente y una voz, desde adentro de mis huesos me gritó: —“¡Pendejo... mávalo que te va a matar!...”—

—No me mates— gritó el soldado yanqui, con el típico español del Caribe, mientras me apuntaba, a cinco metros de mi cuerpo, y con unos ojos desorbitados, como si de pronto se hubiera vuelto loco.

Mi dedo apretó el gatillo del AK-47, el hombre se dobló. Recogí a un compañero que yacía herido, a mi lado, me lo eché al hombro y me perdí entre el yerbatal.

Pero ya, al amanecer, era claro que la 82 División Aerotransportada, con sus fantasmas en motocicletas, y también, sin asco alguno habían tomado el Aeropuerto Internacional, y después de desarmar, arrinconar a la gente y de amedrentar a los pasajeros en tránsito, atrapados desde la noche anterior y la madrugada; dominada la situación hicieron un descanso y un jefe de las tropas ordenó abrir todos los establecimientos de la mercancía de lujo de las tiendas del aeropuerto; mandó a poner en filas al personal civil, y a las personas que allí había y otras gentes que llegaban, ya porque huían por las carreteras y equivocadamente entraban al aeropuerto, a refugiarse, o por cualesquiera otras razones...

—¡En fila!... ¡en fila!...— gritaba un sargento.

El jefe, entonces, dio la insólita orden de saquear. —¡Con calma... con calma!— gritaba el mismo sargento y agregaba —pueden tomar lo que quieran, sólo dos o tres cosas... Pero con calma.

Al principio, unos pasajeros, luego de haber pasado esa noche infernal, temían proceder al saqueo y algunos para sí se preguntaban: —“¿Pero estoy acaso soñando?... ¿Cómo pueden los norteamericanos ordenar semejante cosa?”. Y como los de atrás estaban más despiertos, empujaron, y velozmente acudieron a los negocios. Salían con collares, relojes, hasta con televisores.

—Es que no lo creo, señor... no lo puedo creer— manifestaba una pasajera argentina.

—Señora, dijo un empleado del aeropuerto, que venía con un rolex en la mano. ¿No acepta este par de aretes de fantasía? ¿Sabe?, es que los norteamericanos han invadido Panamá. La guerra, doña... Es la guerra.

—Señora— gritó el sargento— pase, pase o sálgame de la fila, ya que me quedan unos pocos minutos.

La señora salió con un niño en sus brazos y trató de huir al fondo, mientras lloraba.

Cuando ya los saqueadores, bajo la orden dada, habían tomado lo que deseaban, y algunos bajaban con sus mercancías haciendo maromas de toda clase para llevar lo obtenido a sus autos o para ver, a fin de cuentas, cómo salían de aquel aquelarre, entonces se dio la orden a los paracaidistas para que tomaran su propio botín de guerra. Mientras la mayoría se regalaba con cámaras japonesas, relojes rolex y citizen, y algunas joyas de oro y diamante, un cabo gordo sacó un queso Suizo, una botella de vodka y una revista francesa de damas desnudas. Se sentó en una de las butacas, colocó el fusil al lado, abrió las páginas en donde se observaba una bacanal; por un segundo creyó, de veras mirar esa realidad, y de súbito cayó al suelo.

Mientras la mayoría se regalaba con cámaras japonesas, relojes rolex y citizen, y algunas joyas de oro y diamante, un cabo gordo sacó un queso Suizo...

Llegaron otros paracaidistas y se lo llevaron a alguna parte, ya sin la botella de Stolisnaya, pero con sus mujeres desnudas.

## 8

### SAQUEO 2 Y UN PAR DE RELOJES

—Loco, ¡Vámonos de aquí!...

—¿Por qué, loco?

—¿No te das cuenta que ésta es una vaina de cajones de muertos.

—¡Chuleta! Tremenda funeraria... pero pillá aquel candelabro, es de plata...

—No seas huevón, yo ni de oro llevo pendejadas de muertos para la casa. Muerte trae muerte...

En la mañana clarísima de diciembre, a las ocho a.m. con un cielo azul, aunque rasgado por los chorros de los ultrasónicos aviones, que reventaban los tímpanos de la población, con sus rasantes vuelos, un grupo de *marines*, montados sobre un carro "hummer" observaba turísticamente el ir y venir de gentes de todas las clases, en plena avenida central de la ciudad frente a conocidos y bien surtidos almacenes.

El de la ametralladora 50, con su cara pintada gritó de pronto a un muchacho que salía con mercancías de una tienda asaltada:

—“Ey, tú, búscame una coca cola, bien fría.— Y el muchacho, con toda naturalidad le preguntó: — “¿De botella o de lata?”— El muchacho acomodó el saco de lo que había sustraído sobre el carro de los gringos y

—*Ey, tú, búscame una coca cola, bien fría.*

*Y el muchacho, con toda naturalidad le preguntó:*

*—¿De botella o de lata?"*

entró corriendo al almacén, y luego trajo, no una coca cola, sino, media docena de latas extremadamente frías y las entregó a los norteamericanos. Tomó el saco con lo que había expropiado en el negocio del chinito y gritó a los carapintadas: —“Tenkiu manes, tenkiu!”...

Había dos guerras: una arriba con helicópteros y misiles, y la otra abajo, en los almacenes, supermercados, boutiques y demás bazares de lujo.

Mientras ocurrían los combates y enfrentamientos, un chiquillo como de doce años empujaba, con dificultad, un carrito, de los que sirven en los supermercados a los clientes para buscar las mercancías, y llevaba allí jamones, porotos, arroz, leche, vinos, botellas de whisky, vodka, champaña, un quintal de arroz y pare de contar... Allá corría un viejo auto, sobre la capota conducía una refrigeradora, burdamente amarrada con cuerdas de nylon; uno de los saqueadores, con la puerta abierta, trataba de asegurar la refrigeradora, en las curvas; el chofer sonaba el pito, entre la multitud que semejaba batallones de arrieras, cada quién llevaba a su manera lo que había podido arrebatar de los almacenes. Pese al temido ruido de los aviones, del estallido de bombas y misiles, y que de pronto aparecían pelotones de marines de un lado y de otro, pequeños grupos de batalloneros, que se fajaban tiro a tiro, el movimiento masivo de los expropiadores se intensificaba, como una fiesta maravillosa, en que por fin, en la tierra, cada quien tomaba libremente lo que necesitaba.

—Asaltan y roban de los almacenes— comunicó un patrullero norteamericano, a su centro correspondiente.

—Take it easy— le respondieron.

Al pasar los rápidos enfrentamientos, durante los cuales el gentío corría a emparapetarse o cubrirse a como diera lugar, inmediatamente después, como si nada, el camino de las arrieras se apretujaba y de los supermercados y tiendas entraban y salían con una voracidad de langostas, cada quien con lo que buscara o encontrara a su paso.

Un individuo ataviado con finísima camisilla llegó a una estación de gasolina, rompió el sistema y empezó a llenar el tanque de un Land Cruiser, de paquete, recién saqueado de un afamado negocio de venta de automóviles. De pronto, consideró romper las vidrieras del almacén de la estación para sustraer un magnífico radio pioneer. Cuando regresó con el radio, otro marchante se había llevado la Land Cruiser y a lo lejos se oía el chasquear ruidosamente altisonante, el nuevo dueño, que curveaba, a todo trapo, entre la muchedumbre.

En diversas aceras, niños, mujeres y viejos ponían, al estilo de los mercados persas, la mercancía recién obtenida, para salir rápidamente de la venta, a tono con las leyes del mercado y volver a surtirse: libras de lentejas, kilos de chorizos españoles, salmón del Canadá, quesos holandeses, ciruelas de Chile, caviar ruso, cámaras, relojes, perfumes franceses y todo lo habido y por haber en este punto, tránsito del mundo.

—Oye tú pelao, ¿Cuánto por esa cámara Cannon?

—¿Cuánto das?

—Tú eres el tiendero, ¿no?

—Bueno, dame unos diez dólares... y llévate estas pendejaditas, que parecen lentesitos, que esa vaina pa' qué me va a serví...

Una gran mueblería en menos de tres horas quedó sin inventario; salían camas, muebles variados, colchones, televisores, alfombras, aparatos de aires acondicionados y hasta una caja registradora que no pudieron abrir.

—Ey, paciero, tú sabes que me levanté una televisión chiquita, parecía bien chévere.

—¿Y qué?

—Cuando la conecté, mierda que salió na... Estaba dañada y la boté. Después una tipa, que es secretaria, me dijo que era dizque una computadora y cuento.

Con gato mecánico y varias patecabras, destruyeron la puerta de hierro de la aristocrática joyería de relojes finos y prendas maravillosas. Era una de las tiendas favoritas de la exigente burguesía, de la "high life" de la sociedad. El tumulto de expropiadores, sin orden alguno tomaba lo que le quedaba más a mano. Por primera vez, alguna gente, podía sopesar, sin costo alguno, un rolex de oro de 18 kilates; o un collar de perlas azules, cultivadas en Japón; o una sortija de tres brillantes; o una diadema de esmeraldas; o un par de aretes de perlas bordeadas de pequeños zafiros; o esclavas de oro puro, pesadas como cadenas verdaderas, o un collar de diamantes, todo lo cual era distribuido en la montonera y echado en sacos de plásticos, en bolsillos sucios, o carteras de cuero, incluso de damas muy bien emperifolladas. Había de todo y democráticamente, la distribución era pareja, en función de la habilidad, mas todos, con el mismo derecho a la piñata: burguesas de alto linaje, profesionales, cocineras, costureras, chofe-

res, médicos, abogados, pequeños comerciantes de alta fibra y ladrones profesionales, hampa limpia.

De pronto, un muchacho muy mal vestido, pero con una voz de trueno, mientras se enrollaba media docena de relojes en una mano con fuerza gritó:

—Bueno, familia... ¡Esto se acabó!... ¿Cuál es el flintin que tienen?... To se acabó. ¿Saben quién soy yo?... ¡Ja... Ja... Ja...!

“Mango verde”, loco... Tú, viejo que estas allá, ¿Vinite a cogé tu cualquier vaina o a llorá?

Hubo un silencio absoluto, ni los aviones se escuchaban. El viejo aludido, por “Mango Verde”, en realidad lloraba en una esquina; era de baja estatura, aunque más bien gordo, medio calvo, nariz aguileña, boca pequeña, y ojos grises. Detrás de sus gruesos anteojos seguía llorando como un niño.

—Viejo, responde... Deja de llorá, no seas güeveta... Bueno, tú —le dijo a una hermosa dama que tenía la cartera llena de joyas— dále un par de relojes citizen al viejo, pa que deje de lagrimíá. Como el man ta viejo no pudo agarrá ni mierda...

—¿Yo?— respondió la rabiblanca.

—Tú eres— gritó “Mango Verde” o aquí mimo te vua a violá...

La mujer sacó dos relojes y se los extendió al pobre viejo. Pero el viejo no los tomó.

—¡Uh... viejo, tú no tas en na!

Liquidado el famoso almacén, sólo se quedó dentro el viejo del llanto. Se dirigió a la caja registradora, que nadie se tomó el trabajo en forzar. Sacó de su bolsillo la llave, abrió la caja, empezó a contar el poco dinero. Lo guardó en la cartera, cerró la caja y echando sobre ella su

*...dále un par de relojes citizen al viejo, pa que deje de lagrimíá. Como el man ta viejo no pudo agarrá ni mierda...*

aturdida cabeza exclamó: —¡Ay bruto Simón... Ay Simón bestia!... y Abraham que me dijo: “¿por qué no la aseguras? Y el viejo siguió llorando hasta el fin del mundo de su atildada joyería.

## 9

### SAQUEO 3 Y LOS ENVOLTORIOS DE COCAÍNA

Dicen que en un principio las guerras se hicieron para defender el pequeño territorio que daba sustento a las tribus, pero con el desarrollo tecnocientífico de aquellas eras, la división del trabajo y el invento de la propiedad privada sobre los medios de la producción, se imponían nuevos atributos a estas peleas colectivas, el botín de guerra: ganado, pieles, cereales, hombres y mujeres; estos últimos para convertirlos en esclavos; posteriormente el botín incluía oro, plata, territorios enteros y poder absoluto sobre los vencidos.

Guerra era guerra; no hubo guerra sin su correspondiente saqueo, y los Estados Unidos, que ha sido una potencia guerrera, no quedó al margen de esta obligación histórica de los vencedores.

De entre los 27 mil que invadieron, a Panamá había de todo: profesionales, estudiantes, técnicos, delincuentes variopintos, religiosos, aventureros, provocadores, putañeros, maricones, marihuaneros, cocaineros, y aún, elementos decentes. En la locura de la victoria se desató la animalidad de las primeras guerras, y cada quién raptó lo suyo. Los altos mandos, se apoderaron de los almacenes de armas, muchas todavía en paquetes y contenedores. ¿Para qué? Se preguntaban algunos. Tal vez para traspasarlas a otros destinos parecidos al juego del Irán-Contras. De las casas y mansiones de los altos jefes militares derrotados y los políticos enriquecidos, sustrajeron dinero, joyas, ricas artesanías, huacas y cualquier chuchería rara, según el nivel del filibustero o de la filibustera.

*Llamaron a una conferencia en los salones del Comando Sur para decir al mundo, que habían hallado cincuenta kilos de cocaína en una de las casas de reuniones del comando de militares panameños.*

Pero en medio de este alboroto, la inteligencia norteamericana tenía un interés específico, al bucear en las habitaciones de las casas en donde operaba el enemigo buscado. Era necesaria alguna nueva revelación para culminar, en el plano internacional el trabajo de desprestigio que ya habían realizado, para justificar la invasión.

Expertos en sociología y en psicología traídos por los norteamericanos, con este fin, daban cuenta por canales de televisión de sus hallazgos: cruces gamadas, calzoncillos rojos, altares de la santería con Yemayá y Ochum; afiches del Che Guevara, un tomo del libro de Adolfo Hitler, "Mein Kampf" junto a tratados de masonería y revistas pornográficas francesas. Eran los mismos asuntos, que mostraron los gringos, que había en el arsenal ideológico de Marcos, a la caída de su dictadura en Filipinas.

Pero fueron más lejos, un Capitán mostró en las pantallas de televisión, varios galones de sangre humana, que según ellos, fueron succionados de cuerpos de niños, cuyos cadáveres habían sido encontrados a la orilla del Canal...

Pero lo fabuloso y fantástico, para los investigadores gringos, fue hallar, en el estudio del dictador, en una nevera varias docenas de raros envoltorios, disimuladamente camuflados en hojas, tal vez de plátano. Llamaron a una conferencia en los salones del Comando Sur para decir al mundo, que habían hallado cincuenta kilos de cocaína en una de las casas de reuniones del comando de militares panameños.

Sin embargo, días después, un cable enviado por un periodista europeo dijo que, al llevar los envoltorios al laboratorio especializado se descubrió que no se trataba de la buscada cocaína, sino de típicos tamales de gallina, sabrosos y picantes, preparados para la fiesta de nochebuena, que ese año por culpa de la equivocación de Santa Claus, no pudieron celebrar.

## 10

### SAQUEO 4 Y COLLARES DE PERRO

Los fantasmas bajaron a la ciudad Atlántica de Colón y pronto, la tecnología de la muerte pulverizaba cuarteles muelles y almacenes.

Se repetía aquí la pelea del tigre suelto con el chivo amarrado, pues cuando sublimes muchachos se atrevieron a disparar, desde lo alto de un edificio, contra un helicóptero invasor, el blindado murciélago, respondió con media docena de misiles, y tal como dice la Biblia, todo se volvió polvo.

Unavez más Colón ardía con anaranjadas llamas, tal como había ocurrido antes, cuando miles de marines, con los cuentos de que revolucionarios panameños destruirían el ferrocarril, desembarcaron en la isla. Una vez más se repetía el juicio fantástico e infame de fin de siglo, que llevó el patriota moreno, Pedro Prestán a la horca, para que los negros, que éramos todos nosotros, los latinoamericanos, entendieran que era pecado rebelarse, y aún más, pecado mortal, atentar contra la vida de los demonios gringos.

Y aunque en Coco Solo y La Marina, la resistencia colonense, combatió con la furia de Felipillo y de Bayano y también devolvió a los Estados Unidos, a no pocos de sus fantasmas, en los ataúdes, lo cierto fue que, incluso cuando meses después abrieron fosas comunes, habian niños en ellas, y hasta miembros de la Fuerzas de Defensa, con las manos atadas, con las diabólicas cintas adhesivas que trajeron los invasores, y gentes con un tiro en la frente, con el mensaje del señor Bush, de que Pedro Prestán no puede resucitar jamás de entre los muertos.

Y como seguía el fuego de los francotiradores del pueblo y los norteamericanos habían bloqueado, la ciudad con el asesino

alambre de dientes filosos, y la gente encerrada en aquella lengua de tierra, parecía no tener salida, cuando la angustia y el hambre abrió su segundo frente contra la asediada ciudad, los yanquis acudieron a otra táctica.

Los comandos norteamericanos irrumpieron en la famosa Zona Libre de Colón, uno de los mayores centros de distribución de mercancías en occidente, rompieron puertas con granadas, para repartir alimentos entre la población, y a la vez, empezar, de parte de sus propios soldados, el derecho piratesco al botín, de relojes, diamantes, perlas y cámaras de todo tipo.

—Mira, loco, cuando el gringo llegó, frente a nosotros, yo pensé: “Putá, nos va a matar”. El tipo tenía una cara de perro. Ya habíamos roto la rejilla de hierro de la puerta del almacén de un árabe. Pero que va... El hombre se rió y dejó entrar a todo el mundo. ¡Chuleta!... “Al fin, me dije yo, llegó la hora de nosotros, vamos a lo nuestro”... Cada quien cargó con lo que pudo. Mira la vaina, hermano, fue tal, que yo dejé en el medio de la calle, una cámara de video, porque no podía cargar más.

—Tuviste suerte, oye, yo fui con mi compadre, ¿Tú sabes a dónde? A la Zona Libre, porque se podía sacar hasta contenedores. Levantamos, primero una mula, y allá llegamos. El gentío iba como si fuera a la feria de Portobelo. Tu entiendes... Allá, conseguimos unos tipos, con montacargas, y nos echamos en la mula un contenedor, de unos relojes y otras prendas. El compadre había trabajado allí y sabía que ese era de relojes y de joyas finisimas, puro oro, un carajal de plata, más de cien mil dólares. Bueno, que te cuento loco... Salimos y nos fuimos a Sabanitas, a un taller de un amigo de mi compadre. Trabajamos como demonios y al fin, el compadre abrió la vaina. ¿Tu sabes cuántos relojes tenía pensado llevar?... Era mi tiempo... ¿Y qué tu crees que hallamos?

—¿Qué?

—¿Qué hallé? Puros collares de perro...

*Mira la vaina, hermano, fue tal, que yo dejé en el medio de la calle, una cámara de video, porque no podía cargar más.*

## 11 SAQUEO 5 Y SALVADOR DALÍ

Había un coronel norteamericano, aficionado a la pintura surrealista, algo raro, pero real. De todo vino en la invasión de 1989 a Panamá.

Este hombre se informó que a unos 84 kilómetros de la capital, hacia el oeste, en la pintoresca playa privada de Coronado, altos funcionarios del régimen y algunos millonarios y riquísimos comerciantes judíos, tenían allí sus mansiones de descanso y diversiones. Decidió llevarse una pequeña, pero bien armada fuerza de tarea, para realizar una operación “cultura”, dentro de la famosa “Just Cause” Al llegar, ubicaron la finca que tenían anotada en la libreta, en la cual, según la inteligencia del Comando Sur, había hermosas colecciones de artesanías y de arte, en general.

Desde luego, no estaban los dueños, ya que no era fin de semana, y menos bajo el clima de la guerra que contaminaba todo el quehacer del país. Al llegar los gringos, los trabajadores que cuidaban y atendían la mansión huyeron. Como, al tocar la bien tallada y fuerte puerta de entrada, nadie respondía, un soldado aplicó una granada, y la puerta de cedro espino, con taraceas de la exótica madera de «nazareno» saltó en pedazos. Empezó el cuidadoso registro. Al fondo, al abrir la puerta que

—¡Púta!— exclamó un ex-propiador— Mira estelavamanos. Los puñeteros cagaban en excusados con adornos de oro.

daba paso al sector de la cocina, apareció pálida en su negrura, la pobre empleada, a cuyo cargo estaba la casa, para la atención de los huéspedes.

—¡Por Dios! señores gringos, ¡no me maten, Yo y mi patrón somos civilistas— exclamó mientras no podía controlar el temblor de todos sus miembros.

Señores —volvió a decir la mujer— aquí el patrón no tiene armas.

—Quieta, señora, ya sabemos que él no tiene armas. ¿Las pinturas? —Preguntó el coronel, tomando de la mesa con delicada fineza una cereza madura— ¿En dónde están las pinturas del señor?

—¡Ah! las pinturas... Pero eso él no quiere que nadie entre allí, cuando no está en casa.

—Abra la puerta, señora, no se busque molestias, ordenó uno de los ayudantes del coronel.

—¿Quiere ver las pinturas? Sí. Perdone. Cómo no. Venga arriba, pero por Dios, ¡no me maten!... Tengo tres hijos... ¡No me maten! señores gringos.

Subieron las escaleras de mármol. La empleada abrió un estudio moderno, con vista al mar. De las paredes colgaban decenas de óleos, acuarelas, plumillas, grabados y acrílicos.

Con un estilo propio de comprador de pinturas famosas, el coronel miró detenidamente cada cuadro, pero de pronto abrió cuanto pudo los ojos y se detuvo ante un óleo pequeño, de unos treinta centímetros por cuarenta y luego lo descolgó, casi que lo olfateó y quedó en suspenso, como en un éxtasis. El óleo, en disposición vertical mostraba una manzana azul y un reloj desdoblado con un cielo claro, al fondo, con horizonte lejano. Miró y remiró la firma, pidió a un ayudante la lupa que había traído para

tal fin y confirmar así lo que había hallado, en relación con los informes de inteligencia.

El atolondrado coronel acomodó el cuadrito en un saco de plástico y ordenó la retirada.

—Señor, ¿pero sólo se lleva el más chiquito? Mire aquel grande... ¿Verdad que no me van a matar?

Mientras ocurría la requisa, al frente de la mansión habían aparecido los trabajadores y multitud de otras gentes de los que realizaban servicios de mantenimiento del aristocrático poblado. Algunos esperaban ver salir al millonario esposado por la patrulla. Se comentaba que dentro de la casa había una estación de radio que transmitía hacia Cuba y que ésta era la razón del allanamiento. Pero además, otros ya conocían las bondades del saqueo en la capital.

Más nada de eso ocurrió. Todo normal. Y cuando ya el coronel y su fuerza iban a salir en sus carros, uno de los curiosos preguntó:

—Jefe, ¿Podemos entrar nosotros?

—Hagan lo que quieran— respondió el coronel, con su atiplada voz, y cierta dulce sonrisa.

Y como un agitado grupo de fútbol americano, entró el gentío, empezó el juego de la rebatiña.

—¡Putá!— exclamó un expropiador— Mira este lavamanos. Los puñeteros cagaban en excusados con adornos de oro.

—¡No me maten... no me violen!...— Gritaba desde una escalerilla la asustada empleada.

—No seas pendeja— gritó una mujer, desde el vestíbulo— ¿Quién carajo te va a violá con esa gordura tuya... si no te mataron los gringos. ¿por qué te vamos a matar nosotros?

De regreso a Fort Clayton, el coronel, echándose una cerveza, le dijo al chofer de confianza:

—Tú sabes que me encantan las buenas pinturas. Ven acá muchacho. Y al abrazarlo le dió un largo beso.

A su lado tenía el cuadrado. La firma decía: Salvador Dalí.

## 12

### SAQUEO 6 Y LA BANDERA

Cuando el saqueo popular estaba en su apogeo, en la Plaza Cinco de Mayo, un pelotón de expedicionarios norteamericanos, rodearon el Museo del Hombre Panameño, en el momento en que ya estaba la masa de expropiadores dispuesta a realizar el abordamiento.

Y para mayor desconcierto de la gentes, los carapintadas, con gran pericia forzaron la puerta principal y penetraron.

—¡Chuleta —exclamó un buhonero— ¿Qué buscarán los gringos en el museo? ¿Las armas del pirata Morgan?

—¡Je!... —contestó otro— lo mismo que nosotros. ¿Que te pasa, man? ¿Tú crees que los gringos son unos santitos?

Rápidamente los soldados se dirigieron al salón de oro; y como arrieras locas, en pocos minutos, desapareció la obra de milenios, que antaño realizaron los primeros pobladores de esta tierra.

¿Sabes?... —comentó una dama— tal vez Noriega esté allí disfrazado del Cromagnon...

—¿Cromagnon?, quién es ese tipo?

—Olvidalo, niña, los gringos también roban; y ahora nos dejan a nosotros meter la mano, porque así olvidamos que ellos, además nos están matando. Clarito, ¿no?

*...además de los chercheurs de oro, los norteamericanos se habían robado del museo, nada menos que la primera bandera panameña de 1903.*

Adentro un oficial le dijo al sargento, mientras envolvía algo que parecía una pequeña alfombra: —“Llévame esto con mucho cuidado”.

Y los gringos se fueron. Luego entró el populacho, pero ya lo que se proponían llevar no estaba.

—¿Qué te dije, man? Se llevaron el oro y el moro.

—Aquí no hay na... loco... ¿Para qué me voy a meter con esa carga de muñecos o esas pailas de barro? ¡Puros chercherambres!

Vueltas las pocas aguas a su aparente nivel, desde el extranjero, se supo que además de los checherambres de oro, los norteamericanos se habían robado del museo, nada menos que la primera bandera panameña de 1903.

## 13

### SAQUEO 7, ES LA GUERRA NIÑO

En la modesta casa de una maestra jubilada se formó una acalorada discusión, pues el nieto más chico, de apenas ocho años, dijo que en la ciudad todo el mundo sacaba cosas de los almacenes, y hasta los ventorrillos chinos. Y cuando el muchacho más grande, ya casi hombre, manifestó que iría a buscar lo que pudiera, la abuela santiguándose lo reprendió:

—En esta casa —dijo solemnemente— nadie es ladrón, hijo mío.

—Pero abuela, yo no voy a robar... Mire como vienen todos los vecinos con refrigeradoras, componentes de radio, y comidas. Hasta maestros y profesores andan en esa bolina.

—Cállate, niño travieso... ¿Es eso lo que la familia te enseñó? No te he hablado de cómo, honradamente, tu difunto padre levantó esta casa?

Al fondo, el abuelo, con la cabeza cana cubierta con una media de nylon, observaba la discusión, mientras rastreaba, a través de los hierros de la ventana, el vuelo de los helicópteros y aviones, que aún seguían combatiendo.

—Oye advirtió el viejo— creo que ese bombardeo es por allá, por Panamá la Vieja. Están rematando a esa pobre gente.

—¡Santo Dios! —exclamó la señora— Por eso mismo, de aquí no me sale nadie y menos a robar lo de los otros.

Pero abuelita, —dijo el muchacho grande— peor es que los gringos maten a las gentes.

— Bueno pues, hijo, ¿y ahora quieres que te maten a tí? Yo no quiero que maten a nadie y menos por robar un par de zapatillas, o lo que sea.

— Yo, abuela, no quiero zapatillas, sino esa olla de presión que todo el tiempo, oigo que usted desea, pero que no le alcanza el dinero para comprarla.

— Pues me moriré sin ollas de presión, ya sea en esta guerra, o después, pero soy incapaz de permitir que tu robes. ¿Oíste?

Y lo que decían los chiquillos resultaba cierto, el saqueo era general y no sólo lo realizaba la gente de abajo. Ya había corrido por toda la ciudad la información de que uno de los almacenes más exclusivos y de la gente chic, había sido formalmente liquidado, en perfecto orden burgués. Rabiblancas y ejecutivos, secretarias bilingües, y chicas yeyés de Paitilla, Las Cumbres, Dos Mares, Obarrio, El Dorado, El Carmen, El Cangrejo y del viejo Golf.

Semanas después cuando el propietario judío observó el video de la cámara automática que tenía en su famoso almacén, en lugar de ver a conocidos hampones y maleantes de la chusma, se le subió la presión al descubrir a sus propios y tradicionales clientes saquear las bien acomodadas vitrinas.

Claro, en la plebe la cosa tenía su propio son y ritmo. En un supermercado de Río Abajo, como las naves del vasto edificio estaban repletas, hasta el techo, al punto de que ni siquiera había facilidades para sacar, de las estanterías y los depósitos las mercancías tomadas, y había un «tranque» del mismo demonio, de pronto, de la multitud

*...y ¿pueden creer quién me levantó? Un sargento negro del tamaño de una torre...*

emergió un muchacho moreno, se encaramó en un mostrador y gritó:

— Bueno... ¡Silencio coño!... ¿Qué pasa aquí?

Hubo el silencio.

— ¡Orden y disciplina!... O no hay un carajo pa nadie— El muchacho sacó una escuadra 45, e hizo contra el cielo raso varios disparos— ¡Todos en fila!... dejen una calle abierta al centro, pa que puedan salir... Y los que acaban de llegar... ¡Atención, pueblo... atención!... —Hizo otros disparos. —De aquel lado ta lo que es chorizo, morcilla, jamón y toa esa güeva de embutidos. Todavía queda al fondo un poco de arroz de primera. To lo que es trago y cigarrillo, pa allá... — hizo un disparo en esa dirección. —Cuestiones de mujeres, que si cosméticos, kotex y otras vainas, al oeste— disparó hacia allá... —Y ya saben, o se comportan o les zampo su cualquier pepitazo— y le apuntó al gentío, moviendo de izquierda a derecha la pistola.

Y bajo tal amenaza, en poco tiempo las hormiguitas, desalojaron el inmenso local. Sólo quedaron hilachas de papel.

—¿Vieron, locos? Este es el pueblo... ¡Puro poder! — concluyó el mandamás— Bajó del podio y ordenó a su pandilla: —Tú Caraefilo, andando con todo lo mío y ¡cuidadito!...

Mientras todo eso ocurría a la casa de la abuela, llegó una de sus hijas, que con gran dificultad se movía con sus gruesos bultos y diversos sacos de plásticos atiborrados de cosas.

—Niño dijo al muchacho más grande— ábreme la puerta.

—Tía... ¡qué bueno que vino!

Ya, adentro de la salita, colocó los bultos y paquetes sobre los muebles. La abuela y el abuelo quedaron

sobre los muebles. La abuela y el abuelo quedaron sorprendidos.

—¡Ay, Virgen!... —exclamó la recién llegada— sabrán que he tenido que venirme a pie, con el susto de que cualquier diablo me atropelle, porque no hay Dios ni nada en esas calles. Oye sabrás que me caí en una zanja, al salir de una zapatería y no me podía levantar y ¿pueden creer quién me levantó? Un sargento negro del tamaño de una torre... ¡Chuleta!... Tenía una ametralladora el gringo prieto, pero me acomodó estos sacos y luego sacó de una bolsa este cordón y me amarró los bultos. Yo me moría de susto, oye mamá, porque claro, todos sabemos que en El Chorrillo mataron a un montón de gentes.

—Tía, preguntó el niño más chico —¿Y qué traes allí?

—Ay, niño, lo que pude sacar de los almacenes. Todo lo había revuelto el gentío. No había hijo para padre ni padre para hijo. Y me dije, tengo que traer algo para acá.

—¡Hija! —respondió asombrada, la abuela— ¿quiere decir que tú también te fuiste a robar?

—¿Robar? —respondió la hija, con hilaridad— ¿Yo ladrona?

—¿Y qué piensas tú, ingenua, que significa eso que tú dices que sacaste de las tiendas? No, hija, yo no quiero nada de nada; en esta casa no necesitamos, absolutamente nada robado. Lo siento mucho, pero mejor, llévatelo ya, porque estoy sumamente avergonzada.

La hija, con dificultad tomó los pesados fardos. El muchacho mayor corrió a ayudarla. La mujer se despidió, como pudo, besar siquiera al viejo abuelo, quien aún miraba por la ventana el vuelo de los aviones. Afuera, en la acera, el niño a baja voz le preguntó a la tía:

—¿Tía, me traías algo para mí?

—Sí, una ametralladora de juguete.

*Cuando cesó el  
estruendo, sa-  
lieron a la sala.  
En su sillón, el  
viejo acurrucó  
entre sus pier-  
nas al niño.*

La mujer con los bultos y los ojos llenos de lágrimas siguió calle abajo, en la ruta del montón de hormigas, quienes con las cargas obtenidas seguían su trajín humano.

En eso, muy cerca cruzaron los poderosos aviones y se escuchó, como un rugir de dragones, cuyo ruido, por muchos meses quedó en los tímpanos, sobre todo de los niños.

—¡Métanse en el baño, muchachos! gritó el abuelo. Afuera a unos tres kilómetros estallaron bombas, empezó a subir una columna de humo rojizo y gris azulado. Cuando cesó el estruendo, salieron a la sala. En su sillón, el viejo acurrucó entre sus piernas al niño.

—¿Viste, abuelito, que la tía iba llorando?

—Sí, ahora también la abuela llora.

—¿Pero mi tía, es ladrona de verdad, abuelo?

—No, tu tía no es ladrona. Es la guerra, niño.



## 14 LAMA

Cuentan que Henry Morgan, pirata inglés, tras de haber arrasado, en 1671 a la vieja ciudad de Panamá, la principalísima ciudad situada en el litoral de la mar oceánica del Pacífico, fue nombrado por el rey de Inglaterra, don Carlos II, en el alto cargo de Lugarteniente de Jamaica, como premio a su coraje e inteligencia.

Y dicen que, para aquella desgracia los estrategas españoles, ante el conocimiento de la invasión de Morgan, prepararon un folclórico ardid, muy andaluz, el cual consistía en tener en sus corrales, ubicados en las afueras de la ciudad, varias sacas de toros montaraces y matreros, para soltarlos en dirección de los atacantes ingleses. Pero los animales se dispersaron, e incluso arremetieron contra las huestes de la ciudad, y algunas de las desesperadas bestias, ante el alboroto de la guerra, con la marea baja, se echaron a la playa, zampándose en la movediza lama, hasta ser tragadas irremisiblemente por el espeso y salado lodo.

Al menos, unos dicen que en su bravura los moradores de aquella vieja ciudad, dispusieron incendiarla para

*no fue que Morgan quemó dicha ciudad, como aseguraron los ingleses, en su larga pugna contra España.*

que los piratas no encontraran más que cenizas y algunas renegridas onzas de oro, y no fue que Morgan quemó dicha ciudad, como aseguraron los ingleses, en su larga pugna contra España.

La bella ciudad desapareció, y tras el incendio, sólo quedaron pedazos de muros de cal y canto, y la famosa torre, de piedras azuladas, a la orilla de la mar, como prueba de la conquista de los españoles y de la piratería de los ingleses.

Así corrió el mundo en esta parte del mundo, después de los famosos Rodrigo de Bastidas, Cristóbal Colón, Diego de Nicuesa, Vasco Núñez de Balboa, supuesto descubridor del Mar del Sur, quien además, inventó la forma de cazar indios con perros; Francisco Pizarro, quien luego de trasquilar el oro de los Incas, asesinó a Atahualpa; Pedro de Alvarado, y tantos otros colonizadores españoles que armaron sus naves en Panamá, para seguir a la indiscriminada matanza de indígenas y “descubriendo” tierras para las haciendas de los Reyes Católicos. Y hasta el poeta don Alonso de Ercilla, se tomó sus buenos tragos en los mesones de aquella ciudad de Panamá la Vieja, antes de ir a la araucanía de Chile para escribir su Araucana.

Pero la invasión pirata hizo cenizas las piedras azules de las catedrales, aduanas y mansiones de los poderosos españoles, y además los archivos, registros y baúles en donde se guardaron los poemas, las crónicas y los pensamientos de los hombres cultos y sólo quedó aquella torre a varios jemes del mar, cerca de la playa y de la lama de los toros bravos y de lo que más adelante daremos a conocer.

Y por todo eso, se dice que este culito del mundo apenas era una región de tránsito, pero no como México, La Habana, Lima, Santiago, Bogotá y Buenos Aires, en donde incluso había cronistas, filósofos, poetas y tiranos.

Y por ser tan angosta la cintura del Istmo, de apenas unos ochenta kilómetros, desde el tiempo de los reyes se habló de construir un canal interoceánico, aunque entonces se argumentó que lo que dios había unido, no debía ser separado por el hombre...

Pero con los tiempos, luego llegaron otros Henrys Morgan, que igualmente hablaban inglés, y sobre las sucias y podridas zanjas de la catástrofe del pobre Vizconde Ferdinand de Lesseps, ya en 1914 y en contra de dios, el sumo hacedor, partieron la tierra en dos tajadas, y aconductaron las aguas en la ruta entre el Atlántico y el Pacífico. Cruzó el primer barco del imperialismo, y se apuntalaron las primeras estacas de las bases militares de E.E.U.U. en el continente latinoamericano. Pero, como es sabido, esto no es cuento, sino la pura desgraciada realidad de la historia.

Mas aquella madrugada de diciembre de 1989, los estrategas criollos, al parecer, no tuvieron ni el tiempo ni la astucia suficientes para armar otro truco de toros bravos. Toros superiores, megatoros, para que en el momento en que los nuevos bucaneros, filibusteros, corsarios y piratas disparaban desde sus helicópteros, aviones y tanques, las fieras pudieran arremeter con sus cuernos de plutonio y fuego, contra los invasores, los cuales caían del cielo a unas cuantas yardas de la vetusta torre, de piedras azules y rosadas,

*...los estrategas criollos, al parecer, no tuvieron ni el tiempo ni la astucia suficientes para armar otro truco de toros bravos*

en cuya curumbita se cagaban los pájaros y nacían los higueros, los verdes y dorados moscos, los helechos y hasta las orquídeas blancas, llamadas “putitas de noche”...

Sin embargo, la batalla siguió desde la madrugada, a punta de fusiles Ak-47. El sol supremamente rojo y redondo, que había emergido de la abertura del mar, empezó a darle gritos a los panameños: —“¡Pero con fusiles no! Los helicópteros apenas sienten cosquillas. ¿Qué pasó con los RPG?” — y como no aparecieron los toros con sus macro-chips, los norteamericanos, por segunda vez, luego de 315 años, unos tres siglos y piquillo solamente, se volvieron a tomar la vieja ciudad, con toda su fantástica tecnología y sus soldados digitales...

— *T h a n k s  
you... ¡Oh my  
God! —exclamó un gringo  
jovencito, al  
ser librado del  
absorbente y  
movidizo lodo  
nauseabundo  
del mar.*

Pero el cuento no termina aquí. Sucedió que a las siete de la mañana, o a las ocho, quizás a las nueve y treinta, cuando la aviación y los helicópteros habían ablandado el área, soltaron a los paracaidistas. Era como una lluvia de feos y negros pajarracos, traspasados de la despampanante y afilada luz del sol oceánico y veranero.

Pero en donde falló la computadora del Comando Sur, fue en algo muy elemental: la tabla de las mareas... No pensaron en esto ni el Pentágono, ni el Departamento de Estado. Ese día, a esa hora, la mar histórica de los piratas, se había ido muy lejos... Un kilómetro o uno y medio del litoral, en la baja marea...

Y cuando los paracaidistas caían, igual que los antiquísimos toros, se enterraban en la lama y no había

manera de salir, de esa gran boca de serpiente, de lama y mierda, que poco a poco se los iba tragando, con tantos trapos, sacos, armas y municiones...

—Ahora, muchos panameños— gritó, de nuevo el sol, en perfecto español criollo— “dénles a esos hideputas, con los AK... Sáquenle la misma tal por cual”...

Y en efecto, como quien tumbaba bolos, se los echaban. Mas como eran muchos, algunos caían, no tan lejos de la orilla, a pocos metros de las casas donde vivían El Carato, Caraefilo, Patetoro, El Angel y Pocasangre... Los malos del lugar. Y estos con mucha creatividad empezaron su propia guerra, y montaron un operativo sumamente táctico; con sogas y hasta con cuerdas de alambre empezaron a sacar a los embetunados paracaidistas de la lama.

—Thanks you... ¡Oh my God! —exclamó un gringo jovencito, al ser librado del absorbente y movedizo lodo nauseabundo del mar.

—Nada de God, ni tenkiu. Dame lo que tengas allí, o te jodes. Bisnes son bisnes, gringo güevón... —contestó El Angel.

Y así, el elemento estuvo negociando, lama por dólar.

—¿Qué te pasa, gringo loco? ¡Guerra es guerra! —comentó El Carato.

Ya quedaba el último gringo, de los que no habían desaparecido, en la lama que gritaba, con el lodo hasta el pescuezo:

—¡Help!... ¡help!... panamenian, ¡help me!

—¿Cuánto vas a pagar, mariconzón—contestó Caraefilo.

*-No seas perdedor, tienes cara de estar limpio... déjalo que se lo coma la mierda...*

—*Me no* entender... ¡Help...Help!...

—Tú, Pocasangre, ¿sacamos al cabrón?

—No seas pendejo, tiene cara de estar limpio...  
déjalo que se lo coma la mierda...

## 15 LA GUACAMAYA AZUL

Ni el perro "Tigre", ni la guacamaya azul amanecieron esa mañanita en el portal de la casa, ni en el patio, revolcándose, como siempre. A veces, "Tigre", a todo trote, y la guacamaya jugaban; ella montada en el lomo del perro, desplegaba sus azules y amarillas alas, para guardar el equilibrio.

Tal vez anduvieron alrededor de la casa de madera; husmearían, a través de las mallas de alambre tejido, pero todo estaba envuelto en un silencio raro. "Tigre", más inteligente olfateó que la familia se había ido sorpresivamente. La guacamaya subiría al alto guayacán, observaría el verdor del Cerro Ancón, y allá abajo las humaredas extrañas.

La pájara pudo darse cuenta de que no se trataba de la lluvia, ni los truenos, lo que más allá veía y oía, porque era diciembre. Abajo el perro parecía preguntarle, con sus ladridos a la guacamaya:

—¡Guáu, guáu!... ¿Qué ves allá arriba?

—Lo que no veo no lo entiendo— contestaría la guacamaya.

Antes, cuando aún era The Canal Zone, en la exclusiva urbe canalera de Balboa City, todo parecía sumamente hermoso, sano y lleno de verdor y de silencios.

*“Tigre” husmeó entre los matorrales y se orientó por la ruta de la guacamaya,*

Ahora, parte de aquella belleza colonial, había revertido al patrimonio nacional, y en algunos barrios vivían panameños, pero algo había sucio en el clima.

—¡Guáu... guáu!... compañera guacamaya... ¿Qué son esos truenos espantosos, que me revientan los oídos?— preguntaría el perro.

—Dice mi tío gallote, que está allá arribísimo, que es una guerra.

—¿Guerra, dijiste?

—Sí, amigo perro, guerra... y yo me voy para abajo.

El mundo, sobre el mar, estaba réquetelindo. El sol lucía mojado de sal y de carmines. Y la guacamaya azul con la velocidad de una ardilla se echó tronco abajo y fue al lado de “Tigre”.

De pronto, estallaron nuevas bombas. Tigre, instintivamente trató de huir... ¿Pero hacia dónde? El perro regresó a buscar a la guacamaya, la que hábilmente, y como era su costumbre, se encaramó en el lomo de “Tigre” y huyeron por las empinadas callejuelas, tal vez hacia las boscosas faldas del Cerro Ancón, por donde un día el perro se encontró con algunos venados y otros animales. Pero ahora hallaron algo raro: hombres con fusiles y fantásticos camuflajes que los hacían horribles.

Los soldados trataron de asustar a los animales, y la guacamaya alzó vuelo, mientras que el perro “Tigre” gruñó y mostró los afilados dientes. El grupo de desconocidos infantes parecían enfrentar una nueva guerra, entre ellos y el perro y optaron, por abandonar el juego. “Tigre” husmeó entre los matorrales y se orientó por la ruta de la guacamaya, la que halló en el recodo de una calle desconocida, casi perdida entre el

recodo de una calle desconocida, casi perdida entre el bosque.

A más de una semana de la invasión norteamericana, regresaron los dueños de la casa al barrio de Ancón, todavía asustados y temerosos. Padre y madre con el pequeño niño envuelto en una sábana. Pensaban que en cualquier momento, un pelotón de inteligencia del Comando Sur allanaría la casa en busca de armas o de los miembros de los Batallones de la Dignidad, ya que a través de algunas emisoras elementos colaboradores de la invasión, hacían llamados al ejército norteamericano para que acudieran a algunas casas, en las cuales sospechaban que había patriotas armados o personalidades del régimen, peligrosas para el nuevo status del país ocupado.

—“Tigre”— llamó el dueño.

Pero el perro no acudió. Tampoco se veía la guacamaya en ningún árbol del patio.

—De seguro mataron al perro— opinó la mujer.

Las semanas pasaron. Una mañana, sobre el césped de la aristocrática avenida, cerca del “Administration Building” jugaban con un hueso, el perro “Tigre” y la guacamaya azul. De un jeep oficial norteamericano se bajó un soldado amenazando al perro, agarró la pájara y desapareció con ella, de seguro hacia una base militar. Pero José Cooper, o el negro Cooper, que vio el rapto conocía muy bien al jeep y al soldado, chofer de un viejo oficial del Comando Sur, y asimismo la pareja de animales y sus juegos habituales, por las calles, patios y jardines, como también a sus dueños.

En esos días regresó a casa el perro; ya habían recibido de parte de algunos amigos que laboraban en el

muelle 18 de Balboa la noticia acerca de la guacamaya, por relatos que había hecho José Cooper, trabajador del área.

—El colmo— le decía el batallonero a su mujer— es que, después de hacernos la guerra, ahora un desgraciado gringo me venga a robar la guacamaya.

Buscó a Cooper, y con su ayuda supo el nombre del chofer mencionado y la oficina del Comando Sur en dónde laboraba su jefe. Pese al embrutecido y represivo ambiente y a que todavía los norteamericanos tenían, en cada oficina pública, incluidas las corregidurías, a representantes suyos, y que existía el campo de concentración de Nuevo Emperador, el muchacho llevó la demanda a la corregiduría de Ancón. Con cierto temor compareció; los soldados norteamericanos lo registraron, y luego cumplió los trámites requeridos en tal caso.

En el primer encuentro en la Corregiduría de Ancón, el soldado aceptó que tenía la guacamaya. Dijo que la había salvado de ser aplastada por algún vehículo, pues jugaba en la calle. Pero agregó, que el denunciante no tenía ninguna prueba de que el pájaro era suyo.

—El señor norteamericano— consideró el corregidor— tiene razón; usted no ha presentado ninguna prueba de que la guacamaya es suya, y según lo informado, el soldado halló el loro, muy lejos de donde usted vive.

—Claro, señor corregidor— dijo el denunciante— ahora es muy difícil, en esta situación bajo la cual vivimos, que nadie venga aquí a servir de testigo, aunque todos mis vecinos conocen que esa guacamaya me pertenece, y que no tiene nada que ver con este señor del Comando Sur.

alusiones políticas, porque ahora sí vivimos en democracia y no bajo la dictadura militar.

—Sí, pero me robaron mi guacamaya, y además, ¿Qué hacen tantos soldados gringos aquí?

—No viene al caso su objeción, señor; son norteamericanos, que cuidan la nueva democracia.

—Bien señor corregidor, déme la oportunidad, y yo le traigo un testigo inmediatamente.

El muchacho salió de la oficina y corrió a su casa. A los quince minutos regresó con el testigo.— Aquí está el testigo, señor corregidor.

—Pero eso es un perro —objetó el corregidor, con perplejidad, y en medio de la risa de los soldados y demás funcionarios.— No es testigo válido, en ninguna parte del mundo, un perro. ¿Qué le pasa a usted? ¿Me irrespeta? ¿Quiere que lo mande a encarcelar?

—Pues ordénele al soldado que saque la guacamaya de esa jaula, y la suelte allí afuera, contestó el denunciante— En eso “Tigre” dio un ladrido cariñoso.

—Esto— dijo el corregidor— no es un circo, ¿Qué se ha imaginado?

—Sí señor corregidor— agregó el soldado— esto no es un show.

Pero el grupo de funcionarios, soldados y mirones que habían llegado a la oficina, sorprendidos, pero entusiasmados por el insólito caso, que aliviaba en esos momentos el estrés colectivo que se vivía, se manifestaron en el sentido que hicieran la prueba para hallar una salida salomónica al asunto tan peliagudo. Y el dubitativo corregidor, consultando con su mirada al grupo de los soldados, y al recibir miradas de complacencia del personal militar de la democracia, con balbuceos le ordenó al soldado que soltara la guacamaya, al frente de

*No más abrir la ventanilla y saltar la bella pájara, azul y amarilla, voló y se posó en el lomo de su hermano, el perro “Tigre”*

ordenó al soldado que soltara la guacamaya, al frente de la oficina.

No más abrir la ventanilla y saltar la bella pájara, azul y amarilla, voló y se posó en el lomo de su hermano, el perro "Tigre"; el perro ladeaba la cabeza para tratar de lamerla con un perruno gesto de amor, y dio unos pasos, los apuró y luego partió corriendo y se perdió en la callejuela rumbo a la casa. De lejos se oía: "¡rruá... grruá... grruá... rruáaa...!"

**16**  
**AK-47 CONTRA M-16**

**1**

—No me gusta para nada, Toñito Castillo, que te metáis a guardia— dijo su mamá.

—¿Y qué quiere que haga, “mama?”

—Tantas cosas que hay... hijo.

—Ni tantas, “mama”. ¿Se acuerda cuando tata estaba vivo, cuando yo quería ser vaquero?

—Ajá, eso era lindo, niño.

—¿Se acuerda “mama”, de la vaca “Amarilla”, “la Mariposa”, que yo hasta la montaba?

—Bastante leche tomaste de ellas, muchacho, por eso tienes mejengue.

—¿Y qué pasó, “mama” , con la “Mariposa”, y que se hizo “Caramelo”, el ternerrillo?

—Ni me habléis de esto Toñito.

—¿Por qué, Mamatina?

—Cuando tu tata enfermó tuvimos que vender esos animalillos.

—¿Cuántos años tenía tata cuando se murió?

—Creo que unos treinta y tres, nada más, como el mismo Jesucristo, cuando lo pusieron en la cruz. Dios me lo tenga en la gloria, porque jamás ni nunca, tu padre hizo mal a nadie.

—Yo quería ser vaquero de mi propio potrero. Se acuerda “mama”? Ir japiando detrás de los terneros en el crepúsculo, cuando los arreaba hacia el corral: ¡Che... che... che... vamos!, “Lucero”, “Caramelillo”... “Luna”... “Prontoalivio”... ¡Ajé y ajá!.. Oiga, y regresar a la choza, y usted, Mamatina, entre lo oscuro y lo clarito, asaba en la cazuela la changa de “maí” nuevo; para comérmela con café de ñajú... ¡Jo!... ¿No es verdad?. Sí, yo quería ser vaquero en mi caballito bayo, mi soga de cuero crudo, mi sombrero pintado puesto a la pedrada; mis espuelas, mi silla chiricana... ¿Se acuerda “mama”?

—Sí, Toñito Castillo.

—Pero eso fue antes que se acabara tata, el finado. Ahora me voy a meter a guardia, porque yo hallo que esos muchachos coquipelados van bien vestidos, con zapatos de charol, el quepis piquetón y la bravura que uno ve en las marchas, de los días de la Patria... ¡Cómo se les quedan viendo las hembras!... Todos marchan: tan... tan... tan... un... dos... un... dos... Oiga y llevan unos fusiles... ¿Se da cuenta? ¿Se acuerda de la carabina que tenía tata?

—Eso de guardia, hijo, son cosas de guerra... de muerte. No me gusta nada. Tu tata era sembrador. Allí, nomasito hacía la roza; todos los años... En marzo cortaba el monte, a final de mes, si hacía buen verano, venía la quema. Y una vez casi te prendes en una de esas quemas... ¡muchacho del caraste!... Y dinavez, en abril, la siembra de la semilla y el “maí”; una mata aquí, otra allá, y los otores y hasta sandillas sembraba tu tata, para calmar la sed, en los días calientes de las deshieras y de la cosecha. Venía el agua, así rumbeando con los vientos del sur. Se ponía el mundo de las nubes moradito y los perdigones de las goteras cayendo, sobre el caidicio de teja del rancho, y de

lejos los truenos... ¡Qué alegría! y al día siguiente, toda la tierra fresqucita, olorosa a la semilla, que ya empezaba a despuntar como diminutas cuchillas, entre verde cogollo y rosa pálido. En pocos días, los matojos de arroz y el perfume de las hojas verdiamarillas, y el "mái" creciendo; los "cañutos" morados y gruesos de las matas de otoi... ¡Qué lindura, mi hijo! Y eso si era vida...

—¿Y que se hizo, "mamá" esa tierrilla de los "máices" y de los arroces de tata... y aquella vida?

—Bueno, Dios quiso llevárselo, y la tierra... mala suerte, hijo, también se la llevaron...

—Por eso mismo, "mama" es lo que le digo, pues. La tierra es la cuestión. Será por tal cosa que me voy a meter, mejor a guardia... A ver si así me vienen a quitar este culaito de monte que nos quedó.

—Pero no me gusta eso de guardia. ¿No oyes la guerra que hay por esos mundos?... Que si El Salvador, que si Colombia, que si por la tierra de los moros. ¿Tú crees que yo no oigo las noticias de radio? ¡Jum!... El domingo, nada más me dijo el cura, que también aquí vendrá la guerra. Y ahora me vienes tú con eso de ser guardia. ¡Virgen María Santísima!...

—Nada va a pasar "mama". Y a fin de cuenta, la gente se puede morir de cualquier vaina, como le pasó a mi tata.

—¡Ay, hijo no me habléis de eso!...

—"Mama", si tuviera tierra, un jemecito aunque sea, le hago caso y me hago vaquero. Dos o seis cachonas, nada más y unos cuatro ternerillos. ¿Se acuerda de "Mariposa" y de "Caramelo"? Y entonces me casaré con su ahijada, la Estefanía Marín, que es tan guapa y le daré veinte nietos, para que se dé gusto haciéndoles tortillas, changas de "mái" nuevo...

—¡Loco!...

*El domingo, nada más me dijo el cura, que también aquí vendrá la guerra. Y ahora me vienes tú con eso de ser guardia. ¡Virgen María Santísima!...*

## 2

Desde la vez aquella, que Joe, a los nueve años vino a pasar vacaciones con su padre, el piloto práctico, William Smith, que trabajaba con la conducción de las naves que cruzan el Canal, y lo acompañó a una cacería de orquídeas, con un obrero que laboraba en su sección y su hijo Ramoncito Valdés, Joe quedó maravillado de la espesura tropical del bosque húmedo del país, y en este caso, único parque natural del mundo, a unas pulgadas de la moderna ciudad canalera. Casi le mareaba las sinfonías de los distintos insectos y las brumas iridiscentes del dosel de los altos árboles, en las horas del amanecer. Por primera vez el muchacho norteamericano veía orquídeas moradas, blancas o amarillas que colgaban de arrugados árboles, y las ramas llenas de musgo y en fin, cuántas silvestres flores, y mariposas que venían a beber los néctares en aquellas tupidas montañas.

—Yo quiero ser biólogo— le dijo Joe a su padre— vendré cada año, a este país a estudiar contigo todas las orquídeas.

El práctico recibió muy bien la intención de su hijo, y con él, cada noche, de sus vacaciones, en su casa de la Zona del Canal, hablaba de orquídeas y de otras cosas del mundo del bosque. Le proyectaba diapositivas y leía trozos de artículos del especialista norteamericano, Robert L. Dressler, del Smithsonian Tropical Research Institute.

Así el muchacho comenzó a penetrar en el campo misterioso de las plantas y de los latines, con que nombraban dichas especies y pronto hablaba con su padre de cattleyas epidendrum, sobralias, encyclias, habernarias, dendrobium, oncidium y brasias...

Al término de las cortas vacaciones, cuando Joe regresaba a su ciudad, Dallas, en Texas, llevaba a su madre colecciones de orquídeas, entre las que se destacaban la famosa peristeria elata— flor del Espíritu Santo, flor nacional de Panamá—; la brassavola nodosa, conocida popularmente, como “putita de noche”, porque es en las horas nocturnas cuando expele su delicioso perfume; la sobralia panamensis— o la San Andrés— que las hay lilas, blancas y amarillas; la espectacular oncidium ampliatum, por su restallantes flores amarillas, y la encyclia cordigera— llamada semanasanta, por su labellum morado, y porque florecen en los días de abril y marzo durante la fiesta cristiana, llamada Semana Santa.

Todo este encanto ecológico era cuando el muchacho tenía unos nueve años y en sus aventuras y exploraciones, en la subyugante selva, con su padre y su compañerito el negrito Valdés, encontraban alguna nueva orquídea, no registrada por los científicos, o algo así. No sólo sentía que él era parte del bosque tropical, sino que ya Ramoncito no le parecía un negro, porque apreciaba que en sus andanzas y juegos se había perdido el color de la piel de ambos y todo parecía ser del paraíso de las orquídeas, y de la universalidad del mundo.

—¿Sabes, padre? —comentaba Joe en su acostumbrada y solitaria velada— es una lástima que en estos días no esté mamá con nosotros.

—Sí es cierto hijo, pero al parecer nadie lo quiso. No quedó otra salida que ese divorcio.

—¿No le vas a escribir, ahora a mi regreso? ¿Ah, viejo?

—No es necesario, Joe, tú vas para allá y llevas las orquídeas, las fotos, y todos tus cuentos.

—¿Sabes? Yo quiero aprender español.

*Igual que tú, viejo, yo no quiero que el mundo fenezca en un desierto y nosotros repitamos la desaparición de los dinosaurios.*

—Magnífico, todo eso lo estudias en Dallas, incluso tu biología.

—¿Tú crees, que puedo volver el otro año, en las vacaciones de julio?

—Todos los años, hijo, si te portas bien.

—¿Y qué pecados no debo cometer para que no me eches del paraíso de las orquídeas?

—No dejar de amarlas; amar a la gente, a toda la gente— contestó el viejo.

### 3

La última vez que el joven Joe vino a la Zona del Canal de Panamá, ya su padre Williams era un jubilado, y se había dedicado plenamente a las orquídeas. En certámenes nacionales ganó varias veces importantes galardones, con orquídeas creadas por su imaginación y sus manos.

—¿Y no piensas volver a los Estados?— preguntó Joe, el mocetón de dieciocho años, recién graduado del college.

—No hijo. Aquí se quedará, para siempre tu padre. Aquí me enterrarán.

—Lo comprendo, padre. Debo informarte— dijo Joe que al regreso, inmediatamente, haré la conscripción militar, deseo forjarme con la dureza necesaria para cuando regrese aquí, contigo y esta abrumadora selva donde haré mis investigaciones.

—¿Piensas descubrir la cura contra el cáncer? Je... Je... Je...

—¿Quién sabe? Viejo, ¿Quién sabe?, si a última hora sale de una de tus orquídeas...

—Bien, hijo, lo que tu quieras será. Yo también hice, en mi tiempo lo que quería.

—¿Sabes? Hoy estuve en la famosa isla de Barro Colorado. Me llevó un recién conocido que trabaja en el Smithsonian, y aquello me dejó loco: Su diversidad biológica, el concentrado estudio que se hace de tantas cosas increíbles: Hormigas, hongos, raras especies de vegetales, en fin... Es mi mundo. Cuando termine mi compromiso militar iré a la universidad, si tú dices que aquí te enterrarán, yo digo que haré mi vida acá, pues solicitaré trabajar en Barro Colorado, y siempre estaremos juntos, tú y yo. Igual que tú, viejo, yo no quiero que el mundo fenezca en un desierto y nosotros repitamos la desaparición de los dinosaurios.

—Eso creo yo, cierto, pero te diré que tengo mis temores, tal como van las cosas, precisamente en el mundo, cuando los Estados Unidos, maneja la gran palanca.

Con tales sueños regresó Joe Smith a los Estados Unidos, llevó nuevas orquídeas a su madre y se dirigió a la oficina de enganche del ejército, en su ciudad.

#### 4

Y así fue, el biólogo y nobel orquideólogo regresó a Panamá la verde, pero no por su cuenta y como todos los años, para tomar posesión, ahora de su puesto como biólogo en la isla de Barro Colorado, en el área del Canal interoceánico. Sino como parte de la 82 Brigada Aero-transportada, en la madrugada del 19 de diciembre de 1989. No venía ahora a cazar orquídeas, con su padre, el piloto jubilado del Canal, mister Williams Smith, ni a explorar la selva con su amigo Ramoncito Valdés, sino que viajaba en el enorme avión C-130, verdaderamente consternado, pese a todas las charlas y acondicionamientos psicológicos para elevar la moral, sobre la invencibilidad del

*¿Y si tengo que matar a mi amigo Ramoncito? ¿Y si Ramoncito está frente a mí y tiene que matarme? ¿Se me ha roto el futuro?*

poderoso ejército norteamericano y la humanitaria y noble causa de librar a un pequeño país latinoamericano, de una feroz tiranía narcotraficante y a la vez instaurar la democracia.

En su grupo, en los días de instrucción, había un compañero que le ofrecía marihuana.

—Tómala, no seas tonto, todos aquí la fumamos, y otros cogen cocaína.

Pero Joe se resistía, recordaba a su novia Glenda, a su padre y a su madre. Recordaba el fragante mundo de las orquídeas, y esto le daba vueltas en su cerebro. Un atormentado pensamiento se le fijó en la mente: —“¿Y si tengo que matar a mi amigo Ramoncito? ¿Y si Ramoncito está frente a mí y tiene que matarme? ¿Se me ha roto el futuro?”

Miraba a su alrededor, casi todos los compañeros parecían como novillos destinados, irremediabilmente al matadero. Por encima del orgullo norteamericano, estaban los fantasmas de Viet Nam. Y realmente el joven soldado Joe Smith, en ese predicamento, a pocas horas de la madrugada, a diez mil pies de altura, se recriminaba: — “Si lo que yo deseo es ser biólogo, y como mi padre, orquideólogo, por entretenimiento... yo no quiero ir a ese país a matar las orquídeas, como en Viet Nam, sino a darles vida, a dejarlas vivir”.

Sin embargo, en el hombro izquierdo y amarrada con un cordón la trompetilla del cañón, llevaba un fusil de reglamento M-16.— ¿“Y si tengo que matar a mi amigo Ramoncito Valdés? ¿O si Ramoncito Valdés me mata mí? ¿Qué me dices tú de esto amada Glenda. Dónde está tu dios al cual acudes, a cada rato? ¿O soy menos que una brizna, de Walt Whitman, en este oscuro torbellino?”

## 5

—Tú sabes que vivo cerca del Aeropuerto “Omar Torrijos”, y cuando sonaron los tiros, esa madrugada, le dije a mi mujer: —“Oye... empezó la vaina”— Y levanté los vidrios de la ventana, sin lograr vislumbrar nada. Pero de pronto ella me gritó:

—Arriba... Mira lo que viene— “¿Y sabes lo que venía? ¿Tú has visto cuando pasan esas grandes manchas de pájaros migratorios sobre el cielo? ¿O cuándo en lo alto sobrevuela una gran gallotera que se dispone a disputarse una res muerta?... Así más o menos descendían miles de paracaidistas de la 82 Brigada Aerotransportada norteamericana, en esas horas de la madrugada del 20 de diciembre, cuando el ejército norteamericano, con las fuerzas que ya estaban estacionadas aquí, habían bombardeado el Cuartel Central, y otros sitios estratégicos de la ciudad y por allá el cielo ardía.

—Nosotros corrimos a emparapetarnos, y empezamos a disparar. Calculo, para ser conservador, que no menos de cinco gringos me eché yo sólo, esa madrugada. Pero a mí los gringos me dieron justamente en el tobillo derecho. Ya eran como las seis de la mañana, y me fui arrastrando, hasta meterme en una de las alcantarillas del puente que está cerca del aeropuerto. Más tarde acudieron compañeros de uno de los Batallones de la Dignidad, no recuerdo el nombre, y me sacaron y me llevaron a una casita, al fondo de la barriada de Tocumen.

Pero lo arrecho de ese día fue una vaina de película, pues un paracaidista cayó sobre un árbol de tamarindo y quedó enredado, en la intrincada y alta ramazón. El gentío, que en la madrugada se sobresaltó de los bombazos y los tiros, ya en la mañanita, había perdido parte del

pánico y salió a ver parte del espectáculo, como si se tratara de una maroma circence. Pero el paracaidista tenía dominio de andar por los árboles, aunque el palo de tamarindo era bien crecido, el gringo se libraba de ese enredo. Algunos muchachos le tiraban piedras; otros le disparaban terribles palabras populares:— “¡gringo maricón!”... “¡gringo hijueputa!”... “¡gringo go home!...” —Sin embargo, una compungida muchacha exclamó: “¡Ay, pobrecito, déjelo, no lo maten!”— Pero un hombre propuso:— “Vayan a buscar a uno de los nuestros, un Macho de Monte, un guardia... díganle que aquí cayó un gringo.” —Un grupo de chiquillos descamisados, con palos dispuestos a la pelea, como si fueran fusiles, y una banderita panameña, corrieron hacia donde suponían que había fuerzas nacionales.

*Al principio con los primeros disparos, había un silencio plúm-bico, cuadrilátero y profundo, sólo roto por los aullidos de los perros tinaqueros.*

El gringo, al descender, como despertando de una pesadilla, y ver que una masa de gente se le acercaba, no supo si venían a lincharlo o aplaudirlo y besarlo, tal como había ocurrido en los barrios altos de la ciudad. Recuperó su rambo subconsciente; se puso ferozmente en guardia, moviendo hacia uno y otro lado su fusil M-16, cuando notó que había hostilidad en los gritos, los cuales entendía muy bien; en las miradas y los puños levantados, en una y otra piedra, hizo disparos al aire, ya que toda era gente civil, y muchos niños; rápidamente se cubrió tras unas viejas pilastras de concreto y esperó: la vida o muerte, si aparecían los suyos o los contrarios.

De pronto, y precedido de la chiquillería batallonera, apareció un soldado panameño. El paracaidista disparó y el grupo de niños se dispersó con rapidez, el infante panameño se echó, pecho a tierra, se arrastró, con los codos, detrás de unos tanques de basura, a la orilla de la calle polvorosa y llena de huecos.

Ya el sol estaba a una braza del horizonte; serían las siete de la mañana, cuando empezó el duelo a muerte, entre el fusil del gringo, M-16 y el del panameño, AK-47.

La cosa empezó con disparos sueltos, acompasados, con efectos instrumentales de percusión, en el fondo de una sinfonía dolorosa, todavía en un movimiento de adagio. De lejos se oían repuntes de trompetas y trombones... otros disparos, y el ruido de los aviones y los helicópteros.

Mientras tanto los vecinos se asomaban para ver, con el entusiasmo típico de una pelea de campeonato mundial, entre Mano de Piedra Durán y Leonard, la batalla de los dos hombres.

Al principio con los primeros disparos, había un silencio plúmbico, cuadrilátero y profundo, sólo roto por los aullidos de los perros tinaqueros. Pero luego, la gente, y sobre todo los pelados, recuperaron los ánimos y comenzaron a gritar: “¡Dale... Dale... Tirale... Uh!”.

Pasaría una media hora de tiros espaciados, o qué sé yo... No sé... En eso “Chicharrón”, el dueño de un quiosko del lugar, sacó una percutida y rota camiseta blanca, amarrada a un palo de trapeador y empezó a gritar:— “¡Alto... Alto... Tregua ...Tregua!...” —Los observadores repitieron:— “¡Tregua!”— El tendero avanzó hacia el centro de los dos guerreros.— “Te van a matar güevón”— gritó alguien. Pero los dos hombres suspendieron el combate.

El del kiosko se acercó al panameño y le dijo:— “¿Quieres café, agua de pipa, o una cervecita?”— “Dame agua de pipa”—contestó el guardia. Chicharrón, el mediador, dirigiéndose a los curiosos gritó: —“Ey, tú Chola, tráeme una pipa, pero de las bien frías, ¿Oite?”—“La Chola,

chiquilla de unos quince años, con una cortísima minifalda de dril celeste, remendado con visibles manchas blancas, totalmente a la moda... corrió y trajo la pipa. Los muchachos la silbaron y le advirtieron: —“Loca, ¡que buena estás!, para que te vayan a matar”.

El mediador se acercó al paracaidista gringo y le preguntó: —“¿Quieres café, agua de pipa o cerveza... ¿Tú entiendes español, ah, gringo?” —Yes, tráeme una cerveza fría, pero de lata.” —Entonces “Chicharrón”, de nuevo gritó: “Chola, corre, trae una cerveza fría de lata.”

Cuando los que se fajaban terminaron de dar los últimos buchitos, el parlamentario, el tipo del kioskito dijo:—“Bueno muchachos ¿quieren seguir matándose en esta fucking guerra, o paran la güevada?”.

A la pregunta del pacifista sucedió un silencio absoluto, luego, las gentes intervinieron en coro:— “guerra es guerra”. —“Repito— les agregé Chicharrón— ¿fin de la película o que vaina?” Voces gritaban: —“Oye tú, Chicharrón, entrometido, no te metas en ese “friforol”...— “¡Que sigan!”... Chillaban otros.

Como el buhonero vio cumplido su papel, hizo caso de la multitud y se alejó, envolvió la bandera de camiseta blanca, en el palo y se introdujo en su cuchitril de mala muerte, para seguir sapeando el pleito, con la misma actitud del resto de las gentes que estaban en las graderías de sol.

Entonces, la cosa iba a terminar... luego de la pausa y los refrescos, los guerreros continuaron, primero en su movimiento alegre, ma non troppo, y después, un poco vivace y finalmente, presto agitato. La dolorosa sinfonía se fue hincando en la carne, como espinas de rosas, ya en forma beethoviana, patéticamente...

Los luchadores se dieron cuenta de que habían agotado las

municiones, y a cada uno, al parecer, quedaba con un solo tiro. Hubo un compás de espera, para verificar los proveedores. Al ver la nueva situación, el comerciante de la tienducha, aviándose de la bandera de farnela sucia, vino al terreno de los hechos, para actuar ahora, en la nueva correlación de fuerzas agotadas, con el fin de aprovechar la inusitada interrupción bélica, como una nueva táctica, y lograr un cese del fuego. El tendero estaba convencido de la inutilidad de esa guerra. Gritó:— “Gentes, una tregua más, ¿por qué no acuerdan un cese del fuego, y esperan a que los puñetas del Consejo de Seguridad de la O.N.U., obliguen a los Estados Unidos a retirarse? O si los gringos insisten, que envíen cascos azules con tipos de Francia, Alemania, Inglaterra, Japón, Chile para sacar a los gringos de acá? ¿Juat duyu sei, carapintada? —Yo no quiero seguir” —dijo el paracaidista.— “Y tú, panameño bravucón, ¿No oíste que ya tus jefes andan en la concertación y cuento?”. De nuevo volvió un silencio. Y en medio de la quietud, el panameño contestó, con su poderosa voz campesina: —“Yo no vendo mi patria, ¡antes muero!”.

El diplomático del kiosko, cuya razón comercial se titulaba: “Ni un paso atrás”, corrió a todo forro, hacia su caramanchel, y al unísono sonaron los dos últimos disparos.

—“¡Huy!... Rugió la multitud de espectadores.

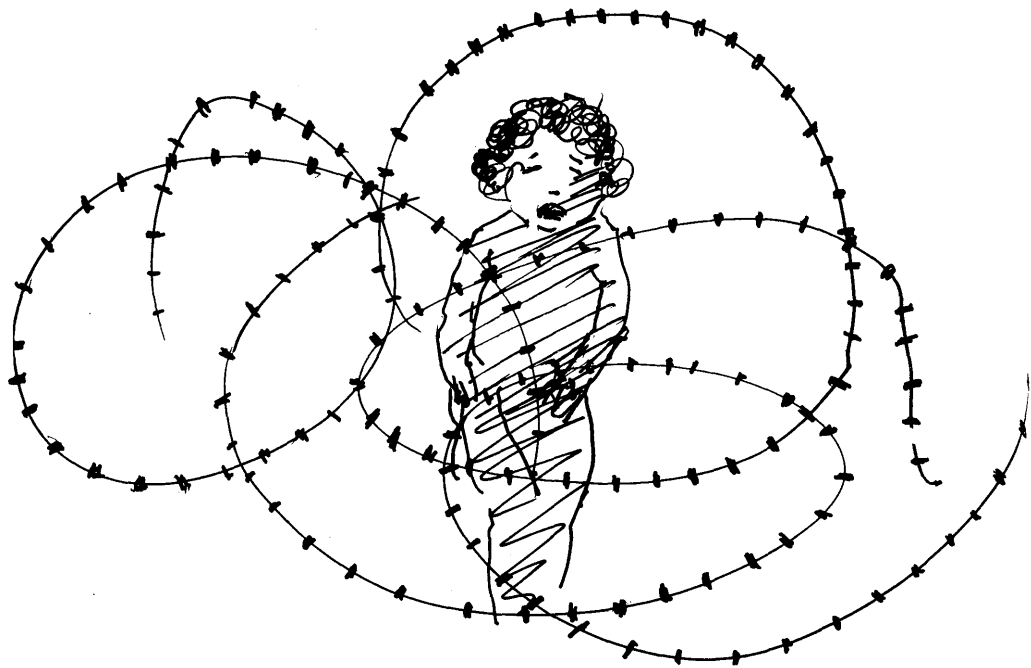
El soldado panameño quedó volteado, de cara al cielo, aún con el AK-47 agarrado con su mano derecha, y el norTEAMERICANO del M-16, metiéndose las manos en el vientre clamaba: —“¡Oh, my God!”... —Y quedó boca abajo, mordiendo el polvo de la ajena y polvorosa tierra de diciembre.

El gentío acudió.—“Dejen que “ Chicharrón” examine

*Y en medio de la quietud, el panameño contestó, con su poderosa voz campesina: -“Yo no vendo mi patria, ¡antes muero!”.*

a los hombres”— Pero ya estaban supremamente muertos.

Chicharrón examinó la camisa del panameño, en su bolsillo izquierdo se leía el nombre de Antonio Castillo, el vaquero... Y luego viró al norteamericano y en una chapa de la chaqueta mostraba el sencillo apelativo de Joe Smith, el biólogo.



## 17 CEDRO AMARGO

—Mister, ya no queda ni una tabla más de cedro amargo. Le pregunto ¿Podemos hacerlo de otra madera, ¿digamos de mango?

—¡Ou, no... mango, no!

—¿Y de cativo? Total, si no es para que vayan al cosmos...

—¿Qué es cativo?

—Es una madera, allí, más o menos. De cativo hacen casi todas las maderas enchapadas.

—No puede ser de más o menos, maestro. Es algo especial... Para eso hay dinero.

—Bueno, capitán, mande un Chinoon a buscar esa madera a la capital, aquí apenas podríamos hallar unas cien tablas en un recorrido por todos estos pueblos.

—Es lo que decía hace un rato, amigo, así ustedes nunca podrán avanzar. Hay que aprender todo esto de los Estados Unidos... eso es, y no andar con el estribillo de echarle cualquier culpa a los gringos, y dejar eso de “yanqui go home”... y que si “yanki animal sal del Canal...” Esas son puras necesidades... Puros comunismos...

—¡Ah, vaina... capitán!, pero aquí no estábamos acostumbrados, como ustedes en los Estados Unidos, a trescientos de un solo cujazo...

—¿Cujazo? ¿Qué quiere decir eso?

—Bueno, de un solo güevazo.

—No entiendo tampoco: cujazo, güevazo...

Eran las doce de la noche; en el taller vigilado por infantes de marina, los carapintadas, estaba repleto de trabajadores locales, y aún de ayudantes voluntarios,

gringos del Comando Sur, con el fin de sacar, lo más rápido posible la tarea.

Las sierras eléctricas chillaban, desechos y aserrín espolvoreados cundían el aire. También había mirones y curiosos, que por la novedad, en el taller, llegaban y salían, porque nunca había ocurrido una cosa así, en la historia del pequeño poblado del interior, y menos, a las doce de la noche, con todo lo que ya ellos sabían que había sucedido en el país.

—¿Pa qué harán tanta vaina?

—Pue... ¿Y no sabéi que hay guerra?

—¿Pero los gringos no dijeron que na ma eran 23? Y en el taller, Pindo, ta haciendo trescientos?

—Trescientos... pue...

—¿Y tos de cedro amaggo?

—De cedro amaggo, pue...

—Trescientos, ¿no? ¡Una barbaridá!...

—¡Ju!... Eso nues na... Cuando Jitler, fueron cincuenta millones. ¿Y te acordái de Vienam? Gential...

—Bueno, y Pindo se va a volvé rico de la noche a la mañana, porque estos gringos tienen más plata que el carajo, ¿no?

—Pindo será; yo, unos realitos, porque este trabajo peligroso y nocturno... Y ahora con lo que ha pasáo ¿quién miedda me va a reconocé sobretiempo?

—Sacále el lomo, no seáis pendejo, a esos gringos hay que jodélos.

—¿Jodélos? No véi la carabina que tiene aquel carapintá? ¡Ni que yo fuera Fidel Castro!...

A los días, trabajando a todo trapo, estaba la mercancía. Carros comando del ejército norteamericano, bajo cubierta, y sumamente custodiados, de los bien artillados hummers, por la carretera central, llevaban hacia la capital, los trescientos ataúdes de cedro amargo, made in, Pindo Taller.

*Carros comando del ejército norteamericano, bajo cubierta, y sumamente custodiados, de los bien artillados hummers, por la carretera central, llevaban hacia la capital, los trescientos ataúdes de cedro amargo, made in, Pindo Taller.*

## 18 MACHITO

Creo que ando en los seis o siete meses, y ojalá sea un varoncito. ¿Sabe usted?... porque me hace falta la compañía de un hombre. Bueno, pero si resulta mujercita... igual será el fruto de mi sangre y de su padre. Pero cuando yo dé a luz me volveré al interior. Allá, en la montaña, para que se levante como su madre. Sí, el campo, aunque mi tata dice que la quebrada se secó y casi no hay monte; ni siquiera palos, ni pajaritos, ni casi nada. Pero no quiero saber más ni nunca de todo esto acá. La patrona anda con la cantilena de que me quede por siempre en su casa; que allí nada le faltará y que ella educará al niño, con los suyos; lo mandará al colegio y hasta la universidad. Sería tan bonito, ¿no? Mas para qué tanta bonitura si una no sabe ni qué tendrá la vida después. Yo le digo a la patrona que se lo agradezco mucho y que, quién sabe si luego de nacer me lo lleve a su tierrita, cuando lo vea crecer, ya me pase todo, lo que ahora sufro, y entonces me parezca que sería mejor que él tuviera estas ventajas de la doña que es rica y acepte su ofrecimiento. No sé. Pero hoy no puedo; de adentro me nace que no, que no tengo alma para eso. No puede ser, aunque sólo comamos yuca.

*La verdad fue que "mama" sufrió mucho cuando yo deje el campo, y me rogaba: —"No te vayas hija, que ese mundo es muy malo".*

Se lo llevaré al pobre abuelo y a la vieja que se volvería loca con el niño; pues para que se den gusto; ellos que están tan abandonados en aquella choza.

¡Cómo pasa el tiempo! Cuando me vine a buscar trabajo, los dejé solitarios. “Mama” lloraba. Yo, desde luego, les mandaba mi platita, y los mensajes de radio: “Hasta Corita de los Pérez, a la señora Benedicta García... ‘Mama’, con Juan Percha le mandé la plata del mes y un tabaco. Son treinta balboas. Yo estoy bien, su hija, María Purísima García”. —Me encantaba mandarles dichos mensajes.

La verdad fue que “mama” sufrió mucho cuando yo deje el campo, y me rogaba: —“No te vayas hija, que ese mundo es muy malo”. —Pero bueno, me entró la picazón, porque mi prima fue a pasear al campo, en las fiestas de la Semana Santa y me encendió las orejas con aquello de que había un buen trabajo, donde la hermana de su patrona; la cual era una mujer riquísima y la caserona tenía piscina y televisores; dizque los domingos podíamos ir a bailar típico con Osvaldo Ayala o con Victorio Vergara, y que ella tenía un novio, sargento él, muy buen hombre y que se iba a casar y cuento... Y por eso se me metió la vaina en la cabeza y en el pellejo, y en todo el cuerpo, y así vine a dar acá, con mi muquita de ropa.

Bueno, yo creo que realmente ando en los seis meses y ya la patrona, que gracias a Dios, me salió buena, como decía mi prima, me tiene casi todo listo, para que no pase trabajo con el parto, y hasta una cuna, de su último hijo, me la mandaron a pintar. Y hay que ver la belleza de esa cuna. Yo le dije que me gustaría de

color celeste, y vino requetelindísima. ¡Jo!... la viera “mama”...

Pero como decía tata, una cosa piensa el burro y otra, el que lo está ensillando. Y así, ¿para qué la cuna linda, ni otras bellezas? Pues el hombre, al fin se me fue, antes de tiempo, si acaso, en retrato verá al niño o la niña; aquella foto que nos tomamos en la playa de Farfán. Esa vez el hombre me dijo: —“Apenas me den mi rayita de sargento nos casamos” ”Y en realidad, digo yo, todo fue por culpa de mi prima, que me enamoré de él. Me cayó bien... Y por culpa de Osvaldo Ayala o de Victorio Vergara, digo yo, porque aquello del amor fue en uno de los bailes en el “Cosita Buena”. El hombre era pariente del novio de mi prima, quien también trabajaba de guardia.

Bueno y andando aquí y allá, los fines de semana; en eso, acostándonos aquí y allá, me salió la barriga. Y con miedo de la patrona y de mi “mama”, que me lo había advertido. Pero como a “mama” le había pasado lo mismo y mi tata y ella, después de la barriga se juntaron, por eso pensaba que Benedicta me entendería mejor. La patrona diariamente me repetía: —“Te lo dije, que por andar con esas arrecheras con el policía, ibas a salir preñada”. —Y así fui pasando mis sustos.

La verdad fue que yo me di mis buenos gustos con el hombre. Un fin de semana quedé sola, cuidando la casa de la patrona, en la playa de Coronado. Pues allá se apareció el diablo del hombre, y bueno, hasta cerveza de la casa bebimos. Fue un momento muy lindo de amor. El me dijo: —“Pasamos aquí como si yo fuera un coronel, o algo así”. Y se reía el muy sinvergüenza. Me parece verlo. Tenía los dientes blanquísimos y los ojos

—“Te lo dije, que por andar con esas arrecheras con el policía, ibas a salir preñada

renegros; era un policía bien bello, digo yo, y ojalá así me salga mi negrito.

Recuerdo aquellos meses cuando el hombre se me desapareció. Muerta de celos me dije: “Jum, ya se me huyó el policía... Como sabe que estoy embarazada, me dejó”. —Y alguien de mis amigas me contó que la fulana que era su novia, cuando yo se lo quité había dicho que había bailado con él en Chorrera. Lo cierto es que él me dijo que si por algo no podía verse conmigo, que no me preocupara, ya que a los guardias los mandan, a veces, sin aviso para un lado o para otro. Pero, claro, como una sabe lo bandidos que son los hombres y lo picaflores que son todos los policías, eso me ponía sumamente nerviosa y desconfiada. Y le respondía yo: —“¿Cómo es eso que si no vienes?”. —El me contestaba muy serio: —“Yo no puedo decirte cosas de mi trabajo” —Parece que eran secretos militares. No sé. Pero pasaron dos o tres meses y cuando el hombre volvió, me trajo algunos regalillos y lo sentí como más amoroso. Y entonces, para celebrar, fuimos a la playa de Farfán; de ese paseo es la única foto que tenemos y le pregunté que ¿por dónde andaba, que si con otras mujeres... o qué? Se rió y no quiso responder nada.

—¿Entonces nos vamos a casar, o no?  
Él contestó:  
—Palabra es palabra —Y me parece que lo sigo oyendo —  
“Palabra es palabra de ‘Macho’.

Entonces yo lo amenacé: —“Si no me cuentas hoy nada, pues no habrá nada de nada...” —Y en este juego pasamos el rato, pero cuando fuimos a la cosa, volví y le dije: —¡Ay mijito!... O me dices con quién y por dónde andabas, o no hay nada de nada, chico”... —Se hizo el sordo, pero ya acostados en la arena habló bajito: —“Ni a tu prima debes decirle, pero me

mandaron a Cuba” —Yo le pregunté: ”¿Y qué fuiste a hacer? ¿A buscar mujeres?” —El contestó: —“Bueno, Chola, ya te lo dije, ahora vamos a la cuestión.” —Y así hicimos la revoltura, en tal forma, que yo no sé si esa vez fue cuando salí encinta, y ojalá que fuera hombrecito.

Y mire, para que vea mi suerte, quiso Dios que al hombre lo subieran a sargento. Eso me lo dijo un domingo, creo como el diez de diciembre, cuando fuimos a ver una película. Le pregunté: —“¿Entonces nos vamos a casar, o no? Él contestó: —Palabra es palabra” —Y me parece que lo sigo oyendo —“Palabra es palabra de ‘Macho’”. Yo de sobrenombre le decía “Macho”, porque el pertenecía a los “Macho de Montes” de las Fuerzas de Defensa. ¿Se acuerda? Eran aquellos que marchaban con un sombrero de junco y un motete campesino. Y él me decía a mí “Chola”, porque como tengo el pelo así... Y a veces, cuando quería algo de amor, me cepillaba diciéndome: —“Cholita linda de la sierra”. —Porque como yo vine de la montaña... Bien, yo se lo dije a la patrona, que al hombre lo habían subido a sargento y que me había prometido que nos casábamos, ya... O sea, el lunes, once de diciembre, que era casualmente la fecha de su cumpleaños. Le pedí permiso a la doña, para el matrimonio por civil. Ella me contestó que le gustaría hacer alguna fiestecita, pero el hombre no aceptó. El me contestó con su risa de pícaro: —“Tonta, si la fiesta pasó hace tiempo”. ”Y hubo el casorio; mi prima y su novio fueron los testigos. Eso ocurrió en un juzgado que hay por allá, en El Chorrillo, y que está al lado de la Cárcel Modelo. El matrimonio fue rápido; yo con un trajecito blanco y él, con su unifor-

me, pero con las rayitas de sargento. Después fuimos a almorzar a un restaurante de Santa Ana, y él ni siquiera tomó una cerveza, porque me dijo muy serio: —“Palabra es palabra, pero este ‘Macho’ tiene que entrar hoy a las tres de la tarde y creo que hay acuartelamiento mañana. Si no me ves —se sonrió un poco— no creas que me fui con otra, so pendejita”. —Ni siquiera nos besamos, porque era en el restaurante y había mucha gente. Un apretón de manos. Pero yo estaba como muerta de alegría, por dentro. Me dijo: —‘Abre tu cartera’” —Y metió algo. Cuando llegué le eché el cuento a la patrona y hablé de lo contenta que estaba, porque ahora el niño tendría su padre legal, pues yo siempre tenía miedo de que, al igual que tantas muchachas, me dejara por allí, por otra mujer, y tuviera yo que cargar, madre y padre, solita con la criatura. En fin, mi patrona, ni siquiera conocía al hombre y todos los días me sermoneaba diciéndome: —“Ustedes las domésticas siempre se dejan engatusar por esos policías, que son unos vivos y aprovechados, oye —preguntaba— ¿Y no será hasta un negro timbo?” —Y yo le contestaba que era negro y bien timbo, pero que estaba clase y parecía gente buena. Esa tarde no me atrevía a ver el paquetito que el hombre me echó en la cartera, porque soy supersticiosa. Estaba envuelto en su pañuelo olía a una colonia que yo le había regalado. Al acostarme, ya en la cama, fui abriendo el envoltorio y adentro había cien dólares en cinco billetes de a veinte y éste par de aretes de coral negro, que cargo puesto. Había algo escrito en el talonario del cheque que decía así: —“Cholita linda de la sierra... Esposa del sargento ‘Macho’, los aretes te los traje de Cuba; los cien son

propiedad privada de 'Machito', para que no le falte, lo necesario, cuando nazca. Un beso. Tu sargento 'Macho de Monte'".

Así fue. Ya le dije que nos casamos el once de diciembre, y habíamos quedado, él y yo, en que pediríamos permiso, para pasar la nochebuena donde mi "mama", en el campo. Ella se iba a alegrar mucho, lo mismo que mi tata, de vernos casados. Pero esa fue mi mala suerte, pues... no fuimos nada.

El veinte de diciembre, miércoles, creo si la memoria no me falla, ese año de 1989, vinieron los gringos con su guerra. Al pobre hombre, el tata de "Machito" lo mataron. Me dijo un compañero, después de mucho averiguar yo, que desde una tanqueta le dispararon con algo tan terrible que lo partieron en dos.

Y después fueron mis llantos y mis dolores. Como una perra buscaba a mi perro, por doquier. Menos mal que se portó bien la patrona y me llevaba en su carro. Pero, por ningún lado aparecía, en ninguna morgue. Fui al Gorgas, al campo de concentración de Nuevo Emperador; él ni siquiera aparecía en las listas de muertos. Después, alguien me dijo que los gringos depositaban a los cadáveres despedazados y los metían en esas bolsas negras de botar basura, y desde helicópteros los lanzaban en la bahía, en el mar; adentro iba una bomba, que en las profundidades estallaba...

¡Pobre hombre!... Y su 'Machito' todavía en mi barriga, y él, el hombre, el sargento... sus pedacitos de huesos y sus lindos dientes blanquitos, en el fondo de la mar; allá, tal vez, con los pececitos y los

*Y su 'Machito'  
todavía en mi  
barriga, y él,  
el hombre, el  
sargento...  
sus pedacitos  
de huesos y  
sus lindos  
dientes blan-  
quitos, en el  
fondo de la  
mar.*

camaroncitos, que les rezarán algún rosario de agua y de sal, con algún caballito de mar y caracoles rosados.

Y por eso digo, que este "Machito" que ha de nacer, jamás podrá ver a su tata, el pobre negro, y sólo en esa fotografía de los dos en la playa.

## 19

### ESTÁN MATANDO A PAPADIOS

Miré el reloj y eran las 11 y 30 de la noche. “¡Levántate!” —le dije a mi esposo. Tomé el bebé de ocho meses y a la niña de seis años, y traté de arroparlos con mis brazos; salvarlos de la terrible pesadilla, que de pronto me envolvió.

En el multifamiliar, “24 de diciembre”, o sea “Nochebuena”, había una tensa situación; el aire de esos días, olía a pólvora. Ya la familia de María, había vivido los disparos del golpe militar del pasado 3 de octubre, porque el multifamiliar estaba a pocas cuadras del Cuartel.

Al oír las ráfagas, yo desperté primero y le grité a mi marido: —“oye párate”... —Hice lo mismo con mi hermano. —¿Qué pasa?— respondió el hombre, todavía medio dormido.

—¿No oyes?— le respondí —Nos matan.

—¿Estás loca?— Son tiros... todas las noches hay tiros.

—Asómate... mira —le dije— nos van a matar.

El hombre se asomó a la ventana. Una hilera de helicópteros negros, en fila, navegaban, sin luz, hacia el barrio de El Chorrillo. De pronto, ¡zas...zas!... de ellos salían ráfagas.

Vamos a la sala dije, allí podemos estar más seguros. Pero al momento nos dimos cuenta de que las balas

atravesaban las paredes. Los proyectiles eran de un grueso calibre. Por donde penetraban dejaban un hueco grandísimo. Era algo horroroso: entraban por entre las paredes de cemento, cruzaban cuartos, rompían cristales de las ventanas y penetraban en la sala. Pudimos ver que una de esas balas rompió la pared de la cocina y reventó el baño. Yo me sentí muerta. —“Oye— le grité a mi esposo —vámonos de aquí, nos van a matar”... Estos son los desgraciados gringos”...

Casi arrastrándose la aturdida familia salió del apartamento, cuidándose de que los vidrios rotos que cubrían el pasillo no fueran a cortar a los niños. Todo el mundo del multifamiliar, en esos instantes trataba de hacer lo mismo: huir... Y en ese momento se fue la luz. De los cuartos inferiores por las estrechas escaleras subía espeso humo, ya que habían sido incendiadas con las primeras ráfagas de los helicópteros. La sofocante humareda impedía el descenso. Entonces la familia de María decidió, con otros vecinos, resguardarse mejor, en el piso catorce, en donde estaban los elevadores, porque les pareció que allí las paredes eran de mayor grosor.

Pero entonces, la presencia de tanta gente elevó la pesadilla: unos lloraban, porque tenían familiares en los pisos inferiores y en otras casas del barrio. El ambiente era una sinfonía loca de gritos, y estallidos de bombas y cohetes en creciente escala, todo ello envuelto en ráfagas de humo sucio.

Cada segundo era peor que el anterior. Se sentía el estremecimiento del edificio, al estallar las bombas.

—“Cálmate niño— le decía yo al niño. ¿Sabes? tú tienes a Dios en el corazón”. —Él se tocaba y sentía el palpar de su corazoncito. —“Escucha, allí está Dios...”

¿Oyes que hace tun... tun?... Es porque Dios está allí, él te salvará”.

—“Si, mamá, tócame tú; mira, ¡ay!... están matando a mi Papadios!”

El niño parecía paralizado de pánico, sin moverse, como una piedra oscura. La madre no sabía qué hacer. Las horas parecían larguísimas, la multitud encerrada en aquel piso no veía el momento de salir del infiernillo.

En la oscuridad, algunos parecían tranquilos y dispuestos a que les llegara la hora; otros trataban de contestar en coro el rezo que una señora había iniciado; los demás lloraban.

Había un vecino, casi trastornado por el impacto, que iba de un lado a otro, entre el gentío, tropezando aquí y allá.

—Quédate quieto hombre— dijo alguien —échate al suelo o te va a matar una bala.

—Hermano, por favor—rogó una voz de mujer— aquíé-tate y mejor reza; reza por nosotros, para que no nos maten a todos.

—Yo no rezo, soy ateo... ¡Ah!, ¿no querían gringos? Dizque los gringos traían no se que vaina de la democracia... ¡Je... je...je! Allí la tenemos... en mi cuarto, una democracia rompió la pared, y casi me saca la misma mierda, cuando rebotó... ¿No me ven cómo traigo este brazo?... Ni lo siento, ni tengo brazo, creo.

—Pero, por lo mismo, hermano rece y siéntese en el suelo.

El hombre seguía en su peripeicia, iba a las ventanas y decía: gente, ya las casas de Calle 25 están todas incendiadas. Miren los resplandores de la muerte... Allá mi tía debe estar asada en las parrillas de la democracia gringa... ¡Ah!... ¿no querían gringos? ¿no querían bases militares ayer, hoy y después del dos mil, porque dicen que traen

*Miren los resplandores de la muerte...*

dólares y cuento? También la putería produce dólares... ¿Por qué los que quieren bases, no meten a todas sus mujeres y a todas sus hijas a putas?

—Respete, hermano...respete...

—Y a mi, ¿quién me respeta? ¿qué repeto tienen esos pilotos de los helicópteros por mi vida y la de ustedes, ¿ah? ¿Derechos humanos, conmigo? ¡Hum!... Miren ya está ardiendo calle 26... arde el mundo y nadie nos defiende.

—Hombre— dijo otra voz de mujer— mire. yo soy anciana, mejor rece con nosotras, yo sé que usted es buen cristiano, lo conozco... y Dios, todo lo puede... Él está allá arriba y nos ampara.

—No, querida vecina, arriba están los helicópteros. Si Dios todo lo puede, ¿por qué nos matan? ¿Por mis pecados?... Porque dejé a mi mujer, o porque ella me dejó, y porque fue verdad que le metí, varias veces, mis manos a otros prójimos. ¿Pero por esos trabajitos, nos matan? Señores... arde el mundo... y yo quisiera ir ahora, a meterme una cerveza bien fría a la "Mendoza"... Repito, gente... ¿Saben una cosa? Si Dios existiera, hubiera agarrado a ese Bush por los mismos huevos y lo colgaba, antes de echarlo a freir en las pailas del infierno...

Hermanos, vecinos, salgamos de aquí, de huevo a huevo, o vamos a quedar asados como un pueblo de perros muertos... ¡Afuera demonio!... ¡Afuera humo canalla!... ¡Afuera balas trazadoras! ¡Afuera gringo cabrón con todo su batallón!... Es la hora, llegó la democracia, la libertad, la justicia, ¡mierda!... todo llegó y nos jodió... Vamos: ¡levántense siervos de Dios!... que esta hijueputa luz naranja me va a pulverizar... ¿No oyen esa bárbara noticia de la muerte que nos manda el chucha de su madre de Bush?... Vamos: un, dos, tres, marchen hacia abajo... que esto se acabó...

—Hijo mío, rece, por favor.

\_ Abuela, sigan rezando ustedes y no bajen las escaleras para ver que les pasa...

Ya como a las dos de la mañana se escuchó una voz, que venía de algún poderoso altoparlante. La consigna decía: "A los que están en el cuartel, ríndanse porque los tenemos rodeados". Pero, al instante respondían ráfagas que salían del cuartel asediado, y de nuevo continuaba el contrapunto del tableteo, desde afuera. Los de adentro del cuartel resistieron, como hasta las cuatro de la mañana. Pero no pudieron más, cuando el armamento de poco calibre se quedaba sin municiones, frente al creciente ataque de helicópteros, aviones, barcos y de los cañones situados desde las alturas del Cerro Ancón, que remataban la ofensiva.

En esa espera larga yo me acordaba de mi mamá, de mi papá y me decía: "bueno, aquí nos vamos a morir"... Las bombas que reventaban, las balas, los rockets que salían de una llamarada roja con su rugido extraño y brutal, pensaba yo que me iban a partir. Como a las tres de la mañana se oyó de nuevo el anuncio: —"Ríndanse, porque los tenemos rodeados"... —Como a las cuatro, ya se oían ráfagas más espaciadas, pero del cuartel no había respuesta. Tal vez, ya los combatientes estaban heridos o muertos. ¡Pobrecitos!... ¡Qué bravos se comportaron!... un puñado de hombres contra el ejército más grande del mundo...

Ya serían las siete y entonces intenté subir a mi apartamento para buscar alguna ropa y la mamadera del nene, pues además me di cuenta, que en el apuro había bajado en camisón. Pero me dio miedo entrar, porque todo estaba destruido. Mi esposo y mi hermano lograron llegar

y recogieron algo de ropa, un traje para mí, la mamadera la leche y nada más.

Luego bajamos, en ese trayecto algunos actuaban desesperadamente, otros pedían calma. En el piso nueve había más vecinos, lo mismo que en el quinto, en las mismas circunstancias de desnudez, horror y llantos. Al bajar a la planta baja, de una vez, nos encañonaron los soldados norteamericanos, con sus rostros pintados de negro y con el camuflaje de ramas que llevaban alrededor de la cabeza. Yo grité: “soy civil, y traigo niños”.

El soldado con su arma me ordenó que siguiera. Estábamos rodeados de tanquetas. En la plaza, los automóviles de los inquilinos del multifamiliar estaban totalmente despedazados. Al vernos un norteamericano dijo en español: —“¡Oh, hay babies!”... Pero ellos tenían que saber que en esos multifamiliares había miles de personas. En español, otro soldado gritó: —“Vamos hacia Balboa”.

*Como a las diez, llegó un camión con paquetes de comida y se formó una rebatiña de la gente desesperada.*

Al caminar vimos muertos por doquier, cuerpos mutilados; por la Avenida de los Mártires tropecé con un cadáver que sólo tenía el torso, carecía de la parte inferior, parecía cortado como por un serrucho. Más adelante vi un carro, sobre el cual había pasado un tanque gringo y se notaba la persona totalmente desbaratada, adentro. Había otro, que al parecer trató de salir de su auto; la cara, hecha un horror y no tenía brazos.

Seguíamos la caminata; las gentes tenían que ir con las manos en alto; yo, desde luego no podía, porque cargaba al niño. Cuando salimos, las casas de calle 25 y 26, como decía el desesperado hombre en el piso catorce, ya se habían quemado. Hedía a carne humana chamuscada en todo ámbito del barrio. Al caminar seguíamos viendo

mueritos de lado y lado y aún, casas de concretos destruidas.

Ya casi llegábamos a Balboa, cuando los soldados nos hicieron correr. Entonces ellos empezaron a disparar contra las casas de la calle 27; lo hacían con sus tanques. Cuando miramos hacia atrás ardían las casas de madera. Así llegamos, pasando el límite, a Balboa. Allí encontramos a otros vecinos conocidos, gente triste y otros que lloraban. Nos tiramos al suelo. Como a las diez, llegó un camión con paquetes de comida y se formó una rebatiña de la gente desesperada. Los norteamericanos hicieron disparos al aire. Y ocurrió que mi esposo hizo fila desde las once de la mañana y todavía a las dos de la tarde no había recibido su bolsa de comida.

Mi esposo decidió que teníamos que irnos de allí. Nos levantamos y salimos. En eso se produjo un alboroto. Un hombre gritaba: —“Llegó la hora, gringos de mierda... viene el fin...” Era el pobre y traumatizado individuo que gritaba las mismas cosas en el piso catorce. En el revolcón producido, soldados norteamericanos arrastraban al panameño en forma violenta y el hombre insistía: —“Si Dios existiera... gringos de mierda... habría colgado a Bush por los huevos...”

Los soldados empezaron a apalear al sujeto, y se oían gritos de la gente: —“No apaleen al hombre, que está herido y enfermo...” Era por gusto.

Cuando ya salíamos, un soldado nos preguntó en español: —“¿Y ustedes a dónde van? Y respondimos: “nos vamos” —Y el soldado contestó: —Bueno, allá ustedes si quieren morir, pues todo lo tenemos tomado”.

Sin embargo, aprovechamos el tumulto que se había formado allá con el vecino y los soldados y desaparecimos del área. Dimos algunas vueltas, pasamos por dónde

estaban las oficinas del tránsito. Allí vimos una grúa; el conductor estaba despedazado, y en la puerta había un enorme forámen. Pasamos por el Mercado de Abasto y salimos por Curundú. Ya a esa hora había empezado el saqueo. Seguimos y como a las seis de la tarde llegamos a Viejo Veranillo, en donde pudimos meternos en la casita de un familiar. Como a dos meses de la invasión, la familia de María visitó un centro de salud.

—¿Que le pasa al niño?— Preguntó el médico.

—Doctor, yo salí el 20 de diciembre de El Chorrillo, y desde entonces, varias veces, en las noches, el niño despierta con una fuerte pesadilla y me grita “Mamá, mamá, están matando a mi Papadios”. ¿Qué hago?

## 20 PUERTORRIQUEÑO ROMPECULO

—Lo único que me gusta de Puerto Rico es Daniel Santos.

—Oye, ¿y tú te acuerdas de ese himno de los puertorriqueños que dice dizque: “sale lleno de contento, con su cargamento para la ciudad”...?

—Se llama “Lamento borincano”... claro, es lindo... lo que pasa te digo, es que, mira tú dónde están en el mapa, acá abajo en el Caribe, pero dicen que son gringos... Tienen, bandera, y total no la tienen, porque aquí vienen con la de las barras y las estrellas.

—Bueno, pero allá todo el mundo no es así. Recuerda que hubo un Albizú Campos, un Martí borinqueño.

—Cierto, pero estos carajos que traen acá, y que se las tiran de mucho, porque son del Army... total, ¿qué? Son verdaderos mercenarios del dólar. Matan por el dólar. No tienen otra patria. Y mira, allá en la isla hacen elecciones y la mayoría vota para ser gringo. ¡Qué vaina! Lo mismo va a ocurrir en Panamá, si dejamos sueltas las manos de los vendepatrias descarados y los que se ponen máscaras de torrijistas.

—¿Tú crees?

—¿Y por qué piensas que nos tienen ahora en este campo de concentración de Nuevo Emperador?

—Mira te voy a contar algo: En la mañana del 20, cuando ya sabíamos que la ciudad estaba invadida, como voluntario que soy de la Cruz Roja, hace años, corrí con un grupo

a ver que se podía hacer. Alguna gente que huía nos dijo: —“No vayan, porque ni a las ambulancias de los hospitales las dejan pasar” —Sin embargo fuimos, lo más cerca de El Chorrillo, y en un retén nos paró un soldado invasor. El tipo nos apuntaba con el fusil —“Paren o disparo” —gritó en español caribeño.

Yo con la banderita de Cruz Roja en la mano, y en alto, le advertía: —“Somos de la Cruz Roja y venimos a socorrer heridos” —El soldado volvía a repetir: —“Alto, o disparo”... —Nos quedamos paralizados frente a frente al puertorriqueño; él a espaldas del Cerro Ancón, y nosotros, de espaldas a los multifamiliares que están cerca del cementerio Amador. —“Devuélvanse, no hay paso, nosotros venimos a romperle el culo a los batalloneros” —dijo el soldado, mordiendo una sonrisa macabra. —“Pero tú eres latinoamericano, puertorriqueño” —le respondí yo. —“Soy norteamericano, ¿y qué? —contestó con más ofuscación el mercenario. —Además, como soldado tienes que conocer los acuerdos internacionales sobre la Cruz Roja, y nuestro trabajo” —“Ya le dije, no hay paso, andando”.

En eso, silbaron balas sobre nosotros. Una andanada que parecía venir de los multifamiliares. Nos tiramos al suelo. Yo pensaba que hasta allí llegaba mi vida. Pero del suelo nos levantamos, aún con la bandera blanca de la Cruz Roja. El que no pudo incorporarse fue el soldado puertorriqueño. Los batalloneros le habían roto el culo.

**NO ERA TIEMPO PARA TELEVISIÓN A COLORES**

Casi en todos los viejos cuartos de las casonas de madera de El Chorrillo bullanguero había televisión a colores, menos donde Chench García, la mujer del marino Papachón Pérez.

A veces los pájaros se enredaban en la selva de antenas y dijeron los pelados que un cuaco murió degollado en los alambres y con los vientos y el sol de verano, pleno de vidrio y sal, el pelicano se disecó, y colgado de la alta antena parecía un trapo viejo, movido por las brisas del malecón, porque el mar quedaba, allí, no más, a unos cuantos pasos.

Asomada en la ventanucha, en la sobretarde crepuscular, Chench García aguaitaba la finura del horizonte lila y azulenco, para ver si regresaban los barcos camaroneros, porque en uno de ellos, el “Águila del Mar”, regresaba Papachón Pérez, con su mecha negra, de pelo ensortijado, sobre la soleada y curtida frente, y con la abultada barriga desnuda, sin camisa. Ella sabía que el más famoso marino y pescador del barrio le traía corvina seca, y langostinos suculentos, plato de los millonarios y de los dioses locales.

—“Mama”, trérame para ver si viene Papachón—le pedía la niña de seis años.

—¿Y para qué quieres que venga Papachón?— respondía la madre.

—Porque él me lleva a comer helados y tú nunca me quieres comprar helados de coco.

—No seas embustera.

—Y también para darle un besito.

—¿Uno nada más? ¿Se te acabaron los besitos? Yo le doy mil.

—¡Uh!... “mama”, yo le doy un montón, montón de besotes.

—¿Sabes, niña? Yo quiero que tu padre venga, para ver si el muy sinvergüenza me compra, al fin, la televisión a colores.

—¡Ay sí!, para yo ver los muñequitos.

—Y yo, mis novelas.

Pero sobre la gran esmeralda de la mar no aparecían los barcos camaroneros. Sólo navegaban los inmensos trasatlánticos que entraban o salían del Canal, y yates de los coroneles norteamericanos de las bases militares, a veces perseguidos de bandadas de gaviotas blancas y tijeretas negras.

Pero cualquier tarde llegarían y tal vez, Papachón fajado de billetes, si la pesca era buena, porque entonces la cooperativa dueña de “El del Mar”, repartía mayores dividendos.

## 2

—Ya tú me tienes cabreado con esa bendita televisión a colores, oíste Chenchá.

Te he dicho que primero hay que abonar las letras, para que, al fin, nos entreguen los papeles del cuarto del edificio que ya están terminando, y así saber, oye, que tenemos algo, aunque sea ese apartamientito— respondía a menudo Papachón a su mujer, cada vez que en la mesa, o en la cama, le hablaba de la televisión a colores, de dieciséis pulgadas.

—¿Y a ti no te da pena, que yo tenga que ir donde la vecina a ver la tele?

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? Es tú berrinche de ver

*—Je, ¿qué te pasa Papachón? ¿nos abes que fui a una reunión de mujeres que me puso clarita? Se acabó el poder masculino, loco.*

esas porquerías de novelas. Yo me paso quince o treinta días en el mar y no quiero ver ninguna vaina de televisión.

—Claro, hombre, si cuando vienes te la pasas en la cantina chupando cerveza... Y yo, sin saber de ti; al menos si tengo la televisión me entretengo con la niña.

—Bueno, Chenchá, no jodas; ya tendrás la tele, para navidad, mi amor...

—Lo que pasa, ¿oíste?, es que me voy a poner, de nuevo, a vender ceviche. La última vez te pusiste todo celoso, ya que pensabas que me estaba acostando con el barrio entero, porque la gente venía a comprar y me paraste el negocio.

—No tienes para qué hacer eso; aquí yo soy el que lleva los pantalones y traigo la plata.

—Sí, ese es el viejo cuento pasado de moda. ¿Pero cuántas veces que has demorado en el mar, no he tenido que salir con mi ceviche para comer y darle, aunque sea una avena a tu hija?

—Siempre sacas la misma tonada, Chenchá... siempre con el ceviche y la televisión a colores...

—Pues yo vuelvo al ceviche; así recogeré una parte, y la otra la pones tú, y será para esta nochebuena, a mediados de diciembre y no para el dos mil, ¿oíste?

—Y ahora pareces política...

—Je, ¿qué te pasa Papachón? ¿no sabes que fui a una reunión de mujeres que me puso clarita? Se acabó el poder masculino, loco. Y ahora la vaina es sencillita: o me quieres, o no me quieres. ¿Te dormiste? ¿Ya no me oyes? ¡Condenado!...

—¡Qué dormir del carajo!

—Claro, como que vienes hasta las guachas en cerveza...

—Lo que pasa— le respondió Papachón incorporándose de la cama— es que ustedes son la misma vaina. ¿Sabes lo que me dijeron los muchachos? Que los negocios de la Cooperativa no están tan buenos, como la gente cree; hay

mucha competencia de las compañías camaroneras grandes y la cosa está dura. Esta última vez, casi llegamos a Costa Rica... y poco camarón. Además, las cosas se están poniendo muy feas. Dicen que los gringos se van a meter aquí, con todo, para echar a los militares abajo y volverse a coger el país. El otro día, te dije, una patrullera norteamericana nos abordó, dízque, porque tenían noticias de que traficábamos armas y cocaína... Y nadie puede impedir que ellos hagan lo que les da la gana en este país de mierda. Ese es el miedo que tengo, ¿te das cuenta, cevichera? ¡La mejor de El Chorrillo y del mundo!... Aver, amor, hágase para acá y déme un besito...

—Primero, lávate esa hedionda boca, de puro alambique.

### 3

Y cuando, antes del ocho de diciembre, día de la madre, regresó “El Águila del Mar” repleta de langostinos, Chenchá vio subir al loco de su marido, con la gran caja de televisión a colores, de dieciséis pulgadas, ayudado por tres de sus camaradas marinos.

—¡Ey!...—gritó Papachón —¿aquí vive Chenchá García, la cevichera?

—Acá— contestó sorprendida la mujer... Suban...

—Aquí está tu vaina, para que no me friegues más muchacho, allí sobre la mesita; abran el tamal.

Esa tarde, Chenchá brindó ceviche de conchuela, con picante de ají picopájaro y una sopa de mariscos. En la noche invitó a sus vecinas, unas mulatas muy alegres, y en el cuarto doce del tercer piso, donde la Chenchá, se formó el bailoteo con música de salsa y de merengue, a todo volumen, hasta las cinco de la mañana, cuando en fuego y tarareando los sonos se fueron los marineros y las marineras.

Chencha García parecía iluminada de amor y de televisión a colores. Nunca fue tan feliz como esa noche.

—Yo sabía negro— le musitó en la oreja de Papachón Pérez —que tú me ibas a dar esa sorpresa... Ven a la cama, papá, que Chencha, la cevichera, sabe hacer otras cosas, y te la va a pagar al doble— Y en eso los cogió el sol marino, como un tiburón refulgente, en plena guerra de amor, de luz de sal y de brisa y camarones langostinos, succulentos, a la parrilla.

*Arriba del cielo de la madrugada de diciembre revoloteaban las oscuras maquinarias del aire y de la muerte como avispas gigantescas.*

#### 4

Después del ocho de diciembre, Papachón no saldría al mar, porque iba a esperar la navidad y el año nuevo, mientras hacían reparaciones al barco. Pasó una semana, dos tres, y aquella madrugada, los primeros bombazos hicieron tambalear la vieja casona de madera, y saltaron chispas y llamas por doquier.

—¡Putá!... ¿qué es esto? —gritó Papachón— Chencha... arranca con la niña, bajemos.

Y así la mujer semidesnuda, con una toalla por encima, y mientras envolvía con una sábana a la niña, corrieron hacia abajo, en el tropel de vecinos espantados, como fantasmas omnubilados, aquí y allá por los bombazos y las balas trazadoras del ejército de los Estados Unidos.

Un viejo carpintero salió al balcón a ver lo que ocurría y una ráfaga de ametralladora cincuenta lo partió por la cintura y el torso cayó del balcón al piso.

—¡Dios santo!..

Bajo el estruendo de aviones, helicópteros y disparos de todo tipo, las gentes huían en distintas direcciones, sin saber qué rumbo tomar. Ya se alejaban Chencha y Papachón, con la niña de la vieja casona de madera, junto a otros vecinos, cuando de repente Chencha gritó:

—¡Papachón, el televisor!

—¡Vamos, mujer, camina!

—Por Dios... Papachón, búscame el televisor, corre; todavía tienes chance.

—No seas loca, huyamos, es la guerra.

—Dame la niña, tú, anda sube... tráeme siquiera el televisor.

El marino corrió a la escalera y fue saltando de dos en dos los escalones, qué el conoció, desde tanto tiempo... Desde el día en que en un baile, en esos mismos cuartos, encontró a la Chenchá García, y bailó con ella toda la noche y después se la trajo a vivir entre los arpones de sus brazos de marino y pescador camaronero.

Una onda expansiva echó a la gente al suelo. Perros y gatos huían con la muchedumbre. Arriba del cielo de la madrugada de diciembre revoloteaban las oscuras maquinarias del aire y de la muerte como avispas gigantescas.

—Papachón de mi vida— gritó Chenchá— ¡baja pronto con el televisor!...

Entonces llegaron los tanques Cheridan de los norteamericanos y empujaron a los pocos vecinos que aún trataban de escapar de la matanza.

## 5

Varios días después de la invasión, voluntarios de la Cruz Roja hallaron, entre los escombros de la destruida y vieja casona de madera, en el tercer piso, en el cuarto de la Chenchá García, el cadáver putrefacto de Papachón Pérez, todavía agarrado al roto televisor a colores, de dieciséis pulgadas, con la mecha de su ensortijado pelo negro, sobre la soleada, marinera y curtida frente del marino de "El Águila del Mar".

## 22

### SARGENTO McFARLAND

—Esa tal Adolfa se ve muy buena.

—Es una chola a todo meter.

—¿Tú crees? Pero se la tira de mucho y no quiere saber de negros.

—Es porque trabaja con esa gente, ahora se cree “rabi”...

—¡Ju!... pobre empleadilla.

—Pero esa gente tiene plata; mírale los zapatos que lleva y el bluejeans, lo último de la moda.

—Y cómo se menea.

—Así será en la cama.

—Pura propaganda.

—¿Tú crees?

—Como los políticos.

—Pero se ve bien, mírale el tumbaito que lleva.

—Dice que dizque no le gusta la cumbia y cuento. ¿Sabes? El otro día la invité a un tremendo baile ¿y sabes que me dijo?

—¿Qué?

—Que ella no baila típico, sino rock, reguee, y eso de las discotecas.

—Pero se ve requetebuena

—¿Qué pasa loco? Tú estás caído con ella, ¿no?

—¿Qué?... Es que el negro quiere su chola...

Así conversaban, desde su andamio, en la construcción de un nuevo edificio, los dos trabajadores, que cada tarde veían salir del chalé de enfrente, hacia su jardín, a la bella

—Me lleva a la policlínica del Seguro Social—le señaló al taxista.

—¿Está enferma?—preguntó el chofer.

—No señor, voy a viajar.

Adolfá Pío, la empleada doméstica de los Vanderbilt Arias. Ella era una guapa chola, que a golpe de servir, por años, en la millonaria familia, ya poco menos que hablaba y caminaba con el mismo donaire de la patrona. Incluso —decía uno de los muchachos— que la chica, ya hablaba inglés y hasta había ido, con sus patronos, a Estados Unidos y a Europa. Pero no cabía dudas acerca de que la muchacha valía la pena, por su propia figura, sin necesidad de las imitaciones y los trajes que la poderosa señora de la casa le regalaba, luego de usarlos, como era costumbre en esa sociedad.

Y era verdad que uno de los obreros constructores estaba loquito por la muchacha, pero ella no le hacía caso. Con las bondades que tenía en el palacete donde trabajaba, no estaba para andar con patirrajados, ni boquisucios trabajadores, que al salir ella al jardín, le gritaban toda clase de piropos incluso algunos subidos y bajados de tono, como aquel que sonaba:— “si como caminas cocinas, chola hasta el concolón me como”... O uno peor: “No menées tanto la cuna que despiertas al chichi”... Una vez ella, se volvió y les gritó: — “¡Vulgares!”... Y en eso consistía el amor de los muchachos.

— ¿Sabes?— comentó uno de ellos— creo que esa muchacha anda en algo.

— Todo mundo anda en algo.

— No seas tonto, digo que en algo por debajo de las sábanas... Y es más viva de lo que tú crees.

Un día Adolfá Pío, la empleada doméstica de los Vanderbilt Arias, tomó un taxi y se dirigió a un laboratorio de exámenes clínicos.

— Me lleva a la policlínica del Seguro Social— le señaló al taxista.

— ¿Está enferma?— preguntó el chofer.

— No señor, voy a viajar.

— ¿Y para eso tiene que examinarse?

— Sí, voy a los Estados Unidos.

— ¿A Miami?

— No, a Denver.

— Debe usted tener bastante plata...

— No, ojalá— la muchacha se sonrió —Voy con los patronos.

—Cuando la muchacha regresó del examen de sangre se bajó de otro taxi, desde arriba de los andamios la vieron los trabajadores, y como de costumbre empezaron a silbarla.

—Te das cuenta— dijo uno de ellos —la tipa nada más anda en taxi, ni que fuera la patrona.

—Tú no eres sino un envidioso; no pareces obrero.

—¡Je... je... je!, sufres ¿no? Pero claro yo sé que la patrona viaja en Mercedes Benz; en algo anda tu novia, loco: sapéale el estilo de cerrar la verja, como la gran dama.

—Estás picado eso es todo, total, porque no te ha hecho caso.

—Y a ti mucho menos, Romeo pobretero.

El paisaje urbano del elegante barrio de la patrona de Adolfa Pío, frente a cuyo chalé construían el edificio de apartamentos, varió radicalmente, un viernes trece precisamente, a las diez y media de la mañana. Llegó, de pronto, un auto oficial procedente de la Policlínica del Seguro Social y un funcionario, vestido de blanco, se bajó y tocó el timbre. Entreabrió la puerta Adolfa, con cierto aire de extrañeza.

—¿Vive aquí la trabajadora Adolfa Pío? —preguntó el funcionario.

—Sí, señor, soy yo misma; ¿que se le ofrece?

—Necesitamos hablar con usted.

—En eso, por una ventana del altillo, se asomó la patrona y preguntó: “¿A quién buscan?”

—Dicen que a mí, señora.

—Señora— dijo el funcionario —somos de la Policlínica del Seguro Social y necesitamos hablar con la señorita Adolfa Pío.

—Un momentito— dijo la señora —bajaré enseguida. ¿Tú, Adolfa, diste la dirección a los señores?

—Bueno, como me hice el examen de sangre, me pidieron los datos.

—Díganme señores, ¿cuál es la razón de su visita? ¿Quiénes son ustedes?

—Yo soy médico; tome mi tarjeta; la señorita es enfermera del departamento social. En realidad la entrevista era con la trabajadora que fue al examen de sangre, pero si ella no tiene nada en contra, podemos hablar con usted también. Es más, necesitamos que esté al tanto del asunto.

—Muy bien, señores, hablen.

La inusual situación creó un enrarecimiento del aire refrigerado en la espaciosa y moderna sala de recibo de los Vanderbilt Arias. ¿Qué podría ser el caso de tan inesperada visita?

—Bien— dijo el doctor un poco preocupado por su misión —el lunes, esta joven Adolfa Pío, ¿así es su nombre, no?, pues acudió a nuestra clínica para hacer un examen de sangre. ¿Fue el lunes, verdad?

—Sí— respondió la muchacha.

—Bien, ya tenemos los resultados. Aquí están pero debemos informarle, como debe ser de su conocimiento señora— dijo el médico refiriéndose a la patrona —que ahora la rutina exige la prueba del VIH o sea, si es portadora del virus del sida.

—¿Y entonces? — preguntó la patrona.

—Bueno que el examen resultó positivo, ella es portadora.

—¡Ay Dios mío! —exclamó la patrona— Eso no puede ser — y clavó una desesperada mirada en los pobres ojos de la

*Además, usted sabe que el sida no se transmite, sino por vía sexual o por transfusión de sangre...*

empleada; ojos que en ese instante habían perdido, como por un corte de circuito violento, toda la plenitud que tenían cuando la muchacha pasaba frente a los andamios, desde los cuales, los obreros la piropeaban.

Adolfa, que desde luego estaba al día del significado de esa terrible enfermedad recibió la sentencia de muerte, como una puñalada y se derrumbó en un mar de llanto, casi en brazos de la enfermera, porque la patrona, espantada de la fulminante noticia se retiró como a tres metros de su empleada.

—Señora— dijo el médico— todavía el estado de Adolfa no es de gravedad, pero requiere de un tratamiento.

—No, doctor, ella se tiene que ir de aquí inmediatamente, de una vez— gritó la patrona, mientras la muchacha dejaba de llorar y la miraba con los ojos de una ternera mortalmente herida.

—Mire señora— dijo la enfermera —usted perdone, pero el caso debe ser investigado, pues ya ha entrado bajo nuestra responsabilidad, para los efectos inmediatos. Además, usted sabe que el sida no se transmite, sino por vía sexual o por transfusión de sangre, de modo que no debe temer nada, si la tiene en casa.

—No, tú Adolfa, arregla tu maleta y te vas de aquí hoy mismo; te daré el dinero. Vete donde tu prima, pero ya, inmediatamente, porque yo no quiero saber lo que mi marido vaya a decir cuando lo sepa.

—Y se puede saber, señora ¿su esposo está en la ciudad?—preguntó el médico.

—No, señor viene dentro de algunos días de Europa.

—Bueno— dijo el doctor —usted Adolfa, seréne. Mañana a más tardar como a la once vuelva a la clínica. Tenga esperanza pues hoy la medicina investiga mucho, y según su estado, tiene por delante aún varios años, sin problemas

mayores. Pero debe vernos rápidamente y no intente huir como han hecho otras muchachas, pues de esta enfermedad nadie puede huir.

Al día siguiente, los muchachos de los andamios no vieron más a la rumbosa Adolfa Pío, ni tampoco el resto de la semana. Como siempre querían lanzarle los piropos gruesos y delgados y silbarla al son del caminar suyo, con su meneo y las miradas llenas de coquetería y menosprecio, a la vez.

El lunes fue el escándalo, porque en uno de los periódicos matutinos, en primera plana apareció la foto de una muchacha que había intentado echarse del puente de Las Américas, sobre el Canal. Según la nota, soldados norteamericanos, que en esos instantes pasaban dicho puente, lograron atraparla ya cuando casi se echaba al espacio. Según el tabloide, la cédula de identidad personal de la suicida fracasada tenía el nombre de Adolfa Pío. Y como era de esperar, el equipo especializado de la Policlínica, acudió a rescatar a la empleada, que parecía ida del mundo, cuando todavía no salía del traumático choque.

—¿Qué te dije, loco? —comentó uno de los trabajadores de los andamios—. Esa muchacha andaba en algo raro.

—¡Pobre mi Adolfa! —se quejó el supuesto novio—. Matarse teniéndome a mí...

La muchacha bajó la cabeza, mientras con el dedo gordo del pie izquierdo trataba de hollar el mosaico del piso.

—Tienes que decirme con qué hombre anduviste en esto, porque así evitaremos más contagios —insistió la enfermera.

Era la segunda sesión de preguntas, luego de salir de

la crisis que le produjo el intento de suicidio, pero aún la pobre Adolfa, la que había sido coqueta y rumbosa novia de los trabajadores de los andamios, no decía palabra al respecto.

—¿Tienes novio? ¿Cómo se llama? Fuiste para el carnaval al interior? ¿Bailaste? ¿No te gusta el típico?

Pero resultó infructuoso el monólogo, la chica no contestaba.

—Mira, niña, te vamos a tratar muy bien, tienen un mundo por delante, te enseñaremos cómo debes conducirte. Pero dime algo.

—Yo sé que me voy a morir y por eso mejor me mato — dijo la muchacha.

—No seas tonta, acaso no te dijo el doctor que tu estado no es grave, y con el control puedes vivir varios años. Oye, ¿y si durante esos años se inventa un medicamento para curarte? Tú estás muy joven. Pero dime, ¿acaso no quisieras ayudar, también al hombre con quien anduviste? ¿Con quien tuviste esas relaciones sexuales. ¿Era tu novio o fue algo pasajero?

Fue por gusto, ella no habló. Pero al día siguiente mandó a buscar a la enfermera, en horas de la mañana. No había dormido durante toda la noche y sentía que iba a reventar de miedo, de angustia, de locura.

La enfermera acudió, la llevó al cubículo respectivo y la muchacha, esta vez, fue directo al caso, como si de nuevo tratara de echarse puente abajo.

—Me vas a decir algo, ¿Adolfa?— le dijo.

La enfermera clausuró allí la entrevista. Llamó al médico jefe, tomaron el auto y se dirigieron rápidamente al exclusivo barrio, y como la vez anterior, tocaron el timbre de la casa donde Adolfa había construido y gozado sus sueños de empleada rica en familia rica.

*El hombre se levantó de la silla, dio un portazo y salió con un rostro pálido de exorbitados ojos y de supremo espanto.*

—¿Qué desean?— preguntó la nueva doméstica de la mansión.

—Deseamos hablar con el señor o la señora Vanderbilt.

—Un momento— contestó la mulata Jacqueline. En eso apareció la patrona.

—¡Ah!, los señores médicos... ¿Me traen acaso la nueva de que Adolfa ha muerto? Yo vi las noticias.

—No señora— contestó el médico— necesitamos hablar con su esposo.

—Pues si se trata de correr con algunos gastos tendrán que esperarlo; él debe llegar temprano, en la mañana.

—No se trata de gastos, pero es necesario que él acuda a vernos mañana, cuando llegue.

—¿Qué ha ocurrido señores? ¿Tenemos alguna culpa del intento de suicidio de la muchacha? ¿O es que nos denunció porque la echamos de aquí?

—No, señora, estos asuntos, no nos conciernen— contestó el médico —Es algo personal, con el señor Vanderbilt. Cuando llegue dígame que se comuniqué con la clínica, lo más pronto posible; aquí le dejo mi tarjeta.

Una semana después acudió el señor Vanderbilt a la Policlínica, y en el cubículo de la sala especializada correspondiente hubo la siguiente información, en forma escueta, de parte del médico que había tratado el caso de Adolfa Pío.

—Señor Vanderbilt, debemos decirle que la joven Adolfa, la trabajadora doméstica de su casa, de cuyo caso suponemos que está usted debidamente informado, nos ha dicho que tuvo relación sexual con su persona y usted entiende las implicaciones.

—¿Qué?— respondió sorprendido y ofendido el patrón —¿Cómo se atreven ustedes a decirme semejante cosa, y hacer juicio de esa loca?

—No se trata de un juicio, señor; es nuestra responsabilidad en este campo y lo hacemos con el mejor interés de la comunidad, y en este caso de su persona. Debemos darle seguimiento al caso y usted debería hacerse un rápido examen, para su mejor seguridad.

—Miren, ni sé por qué vine a esta porquería de clínica... pensé que se trataría de dar algún apoyo para esa loca; pero ¿cómo es que tratan un asunto así frente a una persona como yo? Acaso soy una chusma cualquiera de las que aquí viene?

—Para nosotros, señor don, no hay ni chusma, ni rabiblanco,—contestó el médico —sólo portadores, enfermos de sida o gente sana. A todos tratamos por igual.

—Claro, por igual,— esa palabreja la conocemos, fue lo que le dejaron los militares comunistas... pues no me llamen de nuevo para ninguna de esta mierda... que yo no soy igual a ustedes!...

El hombre se levantó de la silla, dio un portazo y salió con un rostro pálido de exorbitados ojos y de supremo espanto.

—Será peor para él— comentó la enfermera. ¿Qué hacemos? Nos dijo chusma.

—¿Nunca ha tratado a esa gente?

—No.

—Son así. Y esto es parte de nuestro oficio en esta rama. Uno quiere hacer el bien y recibe portazos.

—Pero no de todo mundo— dijo la enfermera.

—Claro. Es que éste es un Vanderbilt y no una doméstica cualquiera. No levamos a echar la policía, porque usted sabe... ahora son ellos los que están arriba.

—Es decir, doctor, que usted le tiene miedo?

—Y quién no tiene miedo, en este momento?

—Yo no tengo. Tuve horrible miedo durante la invasión.

—No sabe que este señor es uno de los que salen y entran

por la Embajada, como Juan por su casa? Pero yo sé lo que hará.

—¿Se matará?

—No. Va corriendo a una clínica privada exclusiva, os e embarca esta misma tarde para Miami. Hay que entender, de todos modos, que ha recibido la información como una sentencia de muerte, y como además yo soy negro... pues mire qué desgracia para él.

—¿Qué te dijeron en la clínica?— le preguntó la señora al enfurecido y atormentado señor Vanderbilt.

—Cosas de la Adolfa.

—¿Tenemos que indemnizarla? ¿Cuánto es?

—No me preguntes déjame tranquilo.

Lo que se derrumbaba ahora no era el ensueño de la muchacha rumbosa, la supuesta novia de los muchachos de los andamios, sino todo el castillo del señor Vanderbilt. A pesar de las pastillas somníferas no pudo dormir un jeme de la noche. Tampoco la patrona pudo hacer otro tanto. En la mañana, pálidos y desencajados por la vigilia inútil, ella intentó volver a las preguntas, pero el hombre la apartó, en forma indebida, mezcla de desesperación y de irascibilidad.

Después el patrón desapareció de la casa; iba quizás a la inspección diaria por sus empresas, pero en realidad acudió a donde un médico, amigo íntimo, dueño de una clínica privada, y como quien se dispone a echarse desde el puente de Las Américas, sobre el Canal, le planteó, sin más ni más, a lo que iba.

—Max, vengo casi muerto; ordéname con toda discreción un examen de sangre.

—¿Para qué?

—Eso que se llama VIH, creo.

—¿Qué te sucede, amigo? — preguntó el médico.

*Dime linda—  
insistió el mé-  
dico— antes  
que el señor  
Vanderbilt,  
¿conquién an-  
duviste?*

—¿Qué es lo que no me pasa?... ordena esa prueba, por favor.

Rápidamente, del laboratorio vino el resultado. El médico lo leyó.

—Lo siento, amigo; dio positivo.

El patrón se llevó las manos a la cabeza.

—Sabes, apenas eres portador; lo siento, pero tu mujer debe pasar el mismo examen. Cuanto antes, mejor.

—¡No! Prefiero morirme.

—Pero debe hacerlo.

—Entonces, amigo, llámala tú; explícale todo. Yo ni siquiera regreso hoy a la casa— alcanzó a decir el liquidado empresario y amantísimo esposo.

Y como era de esperar, la hecatombe, el sismo, el cataclismo universal de la familia Vanderbilt Arias aconteció cuando el resultado del examen, igualmente venía marcado con el código de positivo. Y como en el pequeño mundo, pese al secreto de tan dura realidad, quiso ser guardado bajo espesas láminas de plomo, no se sabe cómo la nueva empleada, la mulata Jacqueline, huyó despavorida de la hermosa cueva de oro de los Vanderbilt. Y al verla huir, los trabajadores de los andamios, la detuvieron y le preguntaron por qué se escapaba en esa forma. La morena casi les gritó: —“No saben que los Vanderbilt tienen el sida? Se la pegó al patrón una tal Adolfa, la empleada...”

—¡Chuchi!— exclamó uno de los supuestos novios de la muchacha.

—¡De lo que te salvaste, mano!— dijo el otro.

Pero como el personal médico de la Policlínica aún estaba insatisfecho, con la indagatoria realizada en esos días a la Adolfa Pío, insistió, mediante diversos recursos, desde amenazas y así, al fin, Adolfa reveló su verdadero pecado original y desenredó el nudo.

—Dime linda— insistió el médico— antes que el señor Vanderbilt, ¿con quién anduviste?

—Doctor,— contestó la muchacha— el primero fue el sargento Rony McFarland, paracaidista, de la 82 División Aerotransportada, que vino con la invasión.

Entonces, de la clínica, comunicaron a sus colegas médicos de Comando Sur.

Días después, el cuerpo médico de dicho Comando les comunicó lo siguiente: —“Sargento Rony McFarland, positivo”.

## 23

### HAY UNA ESPERANZA

En la casa de Victoria eran cinco, ahora quedaban cuatro. ¿Dónde poner ahora, al menos una cruz rústica, hecha de macano, de guayacán, de cocobolo o de nazareno?

—Oye— le decía al marido, que era Macho de Monte— los gringos nos van a invadir.

—No sé. Arriba dicen que son puras maniobras y provocaciones, Victoria, provocaciones.

—¿Pero no has visto los dos golpes que le han dado al “man”? Eso fueron vainas de los gringos. Ahora todos ustedes están divididos, a ti te trajeron, por eso mismo de Río Hato, y ya no saben quién es quién. Nos van a invadir, te digo, me lo dice el instinto de mujer.

—Esto no es cosa de instinto; dicen que lo van a manejar diplomáticamente.

—¿Quién dice, oye?

—Dicen, pues...

—Y lo peor, y tú lo sabes, es que no hay plan, porque todo anda envuelto en la desconfianza, y hasta las municiones faltan, y cómo dices tú que lo van a resolver por arriba... Creo que esto se va a ir para el fondo.

—“Ombé”, mujer no seas pesimista.

—Como tú dices, esto no es cuestión de pesimismo; aprendí en una charla, que siempre hay que tener, por lo menos tres alternativas. Tú hablas sólo de la diplomática;

están creyendo en los pajaritos “preñaos” y repites como loro que ahora terminó la época de la confrontación, que todo es globalidad, cooperación, y que nos vamos a dar besitos de lengua con esos infantes de marina que están llegando; puras güevadas, puras güevadas... Eso lo manda a decir la misma CIA...

*Vi cuando una tanqueta de las Fuerzas de Defensa fue partida en dos, por el impacto de un rocket norteamericano.*

—Veremos...

—Sueños veremos. ¿O es que hay miedo arriba?

—Hablas demasiado.

—Porque veo poco y tú lo sabes bien, ¿a dónde fueron a parar los RPG, las cuatro bocas, los morteros? Tal vez la única victoria quede sólo en mi nombre: si es que no me entierran primero.

En la familia de Victoria eran cinco y tres andaban en los preparativos para resistir la agresión que amenazaba a Panamá. Ahora sólo quedaban cuatro.

Mire, voy a contarle lo que nos pasó: —“Los niños más chicos pasaron todo el bombardeo arriba, en los cuartos. El arma que yo tenía no era de suficiente alcance, y ante la ofensiva de los gringos tuvimos que replegarnos hacia Santa Ana. Vi cuando una tanqueta de las Fuerzas de Defensa fue partida en dos, por el impacto de un rocket norteamericano. En esos momentos, aún nuestras fuerzas resistían en el Cuartel Central, o en sus alrededores. Los helicópteros Cobras bombardeaban El Chorrillo.

Al recuperarme de los primeros momentos duros, me di cuenta de que mi hijo, un miliciano de dieciséis años, salió por otro lado y me desconecté totalmente de él. Desde luego, mi marido, ¿quién sabe a dónde había ido a dar? porque el estaba dentro del propio cuartel cuando los primeros bombazos.

Yo era del Batallón de la Dignidad, y toda la noche

estuvimos en el combate. Pasaron tantas cosas, que las confundo a veces, pero bueno, a las dos semanas del ataque yanqui, aquel diciembre de 1989, regresó el muchacho que se había remontado hacia Cerro Azul, con otros compañeros. Pero mi esposo no volvió.

Yo combatí hasta el día 26. Después me dediqué con otras compañeras a asuntos de logística. Conducíamos a compañeros heridos al hospital. Nos vimos obligados a tomarnos una farmacia, ya que algunas de nuestras gentes no querían acudir a los hospitales que ya estaban en manos de traidores, y con la presencia de los gringos.

A todo esto, y al que encontraba le preguntaba por mi marido. Yo estaba segura de que no lo habían matado, porque conocía su capacidad, estaría en la montaña. Pero su desaparición no me dejaba dormir. Aunque ya no tenía casa, me dediqué a coordinar a los compañeros que al igual, habían perdido todo.

Estaba, pues, comiendo la amarga derrota, y resultaba vergonzoso y ruin ver a tanta gente, como babosas, arrastrándose ante los invasores. Y lo peor, cómo los medios de comunicación nos echaban toda clase de porquería a los combatientes, y se prestaban para la guerra propagandística que los gringos hacían: que venían zurriones de dólares para repartir por las cuatro esquinas, que ahora sí estábamos en un régimen de derecho y democracia, que los norteamericanos darían bonos de seis mil dólares, como si los niños pulverizados valieran tan poco.

¡Cuántas mentiras echaron a volar, y cuántos pendejos que se las creían!... Dijeron que nosotros, los de los Batallones de la Dignidad incendiábamos el Chorrillo, o sea, nuestras propias viviendas... En esto la iglesia jugó el papel más sucio, con el cura de la Iglesia de Fátima, un español llamado Javier Arteta, apoyado por el padre

Guardia. Arteta buscó a elementos que dijeran a los medios que fueron los batalloneros los que incendiaron el barrio, cuando en realidad el barrio empezó a arder, desde los primeros bombardeos. Este cura sinvergüenza, se retractó ante la televisión, mucho después y dijo que no estaba seguro y que los bombardeos habían empezado el incendio, pero ya el mal estaba fabricado en todo el mundo.

A nosotros, aquí en El Chorrillo, nos cayeron como si fuera una guerra mundial; en Paitilla y otros barrios de los rabiblancos, fueron, pero no a bombardear, porque ésa era su gente, los millonarios, sino a impedir que nosotros los batalloneros fuésemos allí a castigar a los traidores y a quienes pidieron la invasión.

*¡Pobrecito hombre!... creía que la cosa era diplomática. Pese a todo y a su bravura, no conocía de verdad a los gringos.*

Desaparecido su padre, mi hijo insistía en seguir la pelea y yo le dije, regresa. Pero el muy terco me respondió como en un discurso: "Buscaré a mi "papa" y seguiré, ésta no es una lucha tuya ni mía, es de la Patria".

Ahora, yo que tenía empleo en el gobierno, casa donde vivir, casa estrecha y pobre pero casa, hoy estoy en la calle con los otros niños, sin saber qué nos va a pasar ni a dónde ir. Es la derrota que yo pensaba, pero bueno... Al fin, me hallé con un compañero de mi marido y él me contó lo siguiente: —"Nos fuimos hacia la montaña. Los helicópteros nos buscaban por doquier. Dicen que tenían computadoras especiales para captar con ondas de calor la posición de los nuestros. Estábamos muy cansados, ya que además no habíamos comido nada, desde el 20. En un principio, para sobrevivir, bajo al ametrallamiento indiscriminado de los helicópteros estuvimos metidos en el agua por unas cuatro horas. Y cuando salimos para enmontañarnos, ya no teníamos municiones para los fusiles."

Me contaron que mi marido y otros compañeros,

demasiado rendidos, dijeron a los otros que adelantaran, pues ellos le seguirán más tarde. Parece que su error, fue que en la noche, él prendió un cigarrillo, empezó a fumar y de pronto recibió el balazo. Pero no he vuelto a ver a ese compañero que me lo informó para saber, realmente en qué punto de esos cerros lo enterraron. Él tenía cierta idea y me prometió, en cuanto pudiera distraer a los soplones del régimen títere, ir conmigo al posible sitio... ¡Pobrecito hombre!... creía que la cosa era diplomática. Pese a todo y a su bravura, no conocía de verdad a los gringos.

Pero bueno, aún tenemos vida. Esto empezó el 20 de diciembre y nadie sabe cuando ni cómo va a terminar... venimos así, desde los días del Cholo Victoriano Lorenzo. Sin embargo, en estos días iré con los míos, de todos modos para ver si hallamos el entierro, para poner allí o en donde esté, aunque sea una cruz rústica de palo de macano, de guayacán, de cocobolo o de nazareno. Aún hay esperanzas...



**24**  
**PAR DE LOROS**

—Qué va doña, se los estoy dando baratísimos.

—¿Sesenta dólares por los dos? Es una locura...

—No exagere, doñita... es un regalillo.

—No hombre, rebájelos.

—Ay, doña, como dice el dicho, los ricos son los ricos, ¿pero qué son esos sesenta dólares para una dama como usted? Nada. Para mí, uno quince días de comida de mi mujer y ocho hijos comiendo nada: arroz con un poquito de frijoles, y un poquillo de frijoles con un poquillo de arroz. Pero bueno, lléveselos, como dicen los judíos, por cincuenta y nueve con noventa y nueve centavos; es una oferta.

—Además, usted señor sabe que esto va contra las leyes de conservación de la naturaleza, ¿no?

—Dicen... usted lo sabe también, ¿no? Pero si usted y yo los conservamos, no los matamos. Usted sabrá cuántos pajaritos se comen los gavilanes y otros pájaros en el bosque? Un carajal. Igual, usted doña, sabe cuantas gentes matan en las guerras? Un carajal...

—Usted parece político.

—¿Y quién no? Nadie sabe lo que cuesta coger un

par de loros. Mire estos dos loros son de una misma camada, y los tengo hace dos años. Son la verraquera en hablar. Mire, de copete amarillo, los mejores, habladoresísimos, hembra y macho, para sacar cría.

—¿Y sacan cría de loros?

—De todo se saca doña: de gente, de lagartos y de águilas, cuantimás de loros. La “cencia” está más adelantada que la puta madre, y perdone.

—¡Ay!, que mal hablado.

—No, y peor son estos loros. Y además, la hembra se llama Bonifacia, porque era el nombre de mi difunta abuela, y éste, el macho, buenísimo para insultar a la gente, es muy astuto y se llama Bonifacio, porque así se nombraba mi difunto abuelo.

—Pero bueno, señor, deje el discurso y hágame la rebaja, cuarenta dólares los dos.

—¡Meto! como dicen los chiricanos... son cincuenta y nueve con noventa y nueve céntimos. Dígame, mi linda, ¿cuánto gana usted al mes?

—¿Para que quiere saber?

—Bueno, para una “comparancia”.

—Déjese de chistes, yo quiero ese lindo par de loros.

—Si pero un perfume bueno, dicen que hasta vale más de cien dólares, y ese carro, ¿cuánto le costó, que tiene esas lindas letras de B.M.W.? Doñita, sea buena, ya verá el gusto que le darán mis loritos bellos. Bonifacia canta tamboritos y dice:

“La mujer que quiere a dos  
no es mala sino advertida,  
cuando una vela se apaga  
la otra queda encendida...”

—¿Y sabe que le contesta el Bonifacio:

“La culebra en el espino  
se enrosca y desaparece,  
la mujer que quiere a dos  
sólo el infierno merece”...

—¿Qué le parece doñita? La lora es algo boquisucia, pero no tanto como Bonifacio que ése si es el diablo diciendo palabras feas, sobre todo cuando ve mujeres. Además, sabe decir: “Yes”, y hasta ruso habla.

—Ruso, ¿y eso dónde lo aprendió?

—¡Qué se yo!... usted sabe cómo anda ahora el mundo.

—Le doy los cuarenta ya, cantantes y sonantes, hombre.

—“¡Niet... Niet...! —dijo el loro Bonifacio.

—¿Ya ve? ¿No se lo dije?, ¿que lindo no? Píquelo para que vea los gardemes y sanamabiches que echa.

—Bueno, hombre, ¿cuarenta y cinco con noventa y nueve?

—Hum, ya me va subiendo... ¿Pero sabrá usted, linda señora, lo que cuesta cazar loros? ¿Y más ahora cuando las autoridades nos corretean? Estos los cogí manglar adentro. Hay que rebuscar esos nidos que siempre están en la curumba altísima de los mangles. No hay manera de llegarle allá. Uno tiene que andar por entre las aguas, llenas de raíces y espinas, hasta las verijas, y aguaitar bien, si ya los pichones están de coger. Y hay que ver, en grado caso, para dónde va a caer el diablo del palo, cuando uno lo eche abajo. Después, señora mía, métale el hacha pero

*Bueno saqué la mocha y llegando al punto, me dije:*

*“Toribio, por que mi gracia es Toribio Pedregón Ribalínera, para servirle”, y grité: “carajo, la culebra o tú”; allí le metí el planazo.*

con mucho pulso, y luego cuando ese palo viene para abajo, a veces se queda, como me ocurrió en este caso, entrabado con otros árboles. Bueno para qué decirle... que me fui subiendo por aquellas ramazones, como si fuera ardilla, ¿y qué cree usted que pasó entonces? Que, ver los pichones colgados del nido, por otra rama fue trepando, chico taco, de culebra que iba a darse su buen almuerzo, yo para arriba y la culebra, también. ¡Maldita sea la culebra! Bueno saqué la mocha y llegando al punto, me dije: —“Toribio, porque mi gracia es Toribio Pedregón Ribalinera, para servirle”, y grité: “carajo, la culebra o tú”; allí le metí el planazo. Y más fue el susto, porque claro, la culebra no sabía con quién estaba tratando. Pero en eso un perico pendejo, de la camada de seis, se me cayó en el charco. Recogí el resto, y entonces me tuve que echar al agua para bucear al otro, que era este mismo, que yo le puse Bonifacio, para recordar a mi abuelo, que era muy puñetero, porque Bonifacio llamaba mi difunto abuelo, que Dios lo tenga en la gloria.

Oiga usted es mejor cuentista que vendedor de loros; pero bueno, lo dejamos en cincuenta dólares o nada.

—Gracias, entonces nada y mucho gusto de conocerla, adiosito; me saluda a su marido. —Dijo el vendedor de loros y empezó a pregonar, calle adelante: “Loros, loros habladores, de copete amarillo.

—Oiga amigo, regrese, tome sus sesenta dólares, hombre. Y sepa que no soy casada sino viuda.

—“¡Ay qué viuda más buenaza!” —terció el loro Bonifacio.

—¿Ya oyó, señora?... píquelo usted, para que vea las vainas que le va a decir... adiosito...

Y todo cuanto el vendedor de loros le dijo a la señora era absolutamente verdad. Al habituarse el par de loros al nuevo ambiente, en una casa en el área de la ciudad de Balboa, justamente en la calle que debajo del Puente de las Américas, se dirige a Amador, empezaban, desde buena mañana sus tonadas de tambor y sus palabras raras y demás indecencias aprendidas de Toribio Pedregón Ribalinera:

—Toribio, no seas pendejo, dame guineo.— gritaba Bonifacio.

—Dame la pata Toribio, mariconcito.— contestaba la Bonifacia.

—Yes... Yes...

—Niet... Niet..

—Aprieta el culito, Toribio, porque la muerte no es pendejá... ¡ay ombe!— gritaba Bonifacio...

—El culito... el culito— respondía Bonifacia... dame el piquito...

Aquello resultaba un verdadero "show", para el vecindario extraño y heterogéneo que allí vivía.

—Y así la viuda se hizo más famosa, al pasar los años, con sus inteligentes loros, que ya sabían más inglés que español, porque a la casa llegaban varios oficiales norteamericanos. Un capitán le ofreció quinientos dólares por uno de los loros, pero la viuda no aceptó.

—Los pájaros recorrían los árboles de la barriada, situada en las faldas del Ancón, y se daban banquetes de mangos y jobos maduros que allí abundaban.

Diariamente bajaban en el chalé de una familia norteamericana que laboraba en el Canal y allá se pasaban el día cantando y jugando con perros y gatos

*—Pasaron los meses, y cuando vinieron las primeras lluvias del invierno en abril, y cruzaron por el cielo bandadas de loros y pericos y otras aves que abundan en esos bosques del Canal*

—“Míster Pico... Míster Pico”— gritaba Bonifacio cuando llegaba el jefe de la casa. Y el gringo se preguntaba: —“¡Oh! ¿de dónde sacar este loro que mi se llama Míster Pico?” —“Take it easy, dame la pata”— decía Bonifacia —“Veriguel... veriguel... respondía desde el mango, el Bonifacio. En las tardes los norteamericanos devolvían a la viuda sus loros parlanchines, los que al llegar a casa, aumentaban el cotorreo.

Se hicieron tan populares los Bonifacios, que participaron, incluso en un encuentro de loros afeitados, en donde alcanzaron la medalla de oro, y hasta hubo la propuesta de un coronel del Comando Sur, de presentar a los loros en un certamen que se realizaría en Miami, a nivel internacional, en donde competirían hasta loros de Brasil.

Pero no estaba en el programa de los hijos del manglar, los hermosos hablantines loros verdes de copetes amarillos, los hermanitos Bonifacios, lo que vino a ocurrir en la media noche del 20 de diciembre de aquel infeliz año de 1989. Porque los vuelos rasantes de los aviones y helicópteros y el estallido de las bombas, allí no más, en el vecino Chorrillo, fue tan estruendoso para sus tímpanos y sus corazones, que ya parecían corazones de gentes, que a partir de la mañana de aquel día, los Bonifacios dejaron de hablar, de cantar y chillar, como todos los días. Y por más que la señora les regalaba todo cuanto ya habían aprendido a comer, de golosinas nuevas, como manzanas, helados de chocolate... pues nada, no podían pronunciar palabra alguna, y tampoco subían los árboles, ni visitaban a sus vecinos. Estaban allí compungidos, espelucados y quietos como pájaros

embalsamados, sin pizca de alma y a veces, con los ojos cerrados.

—A ver, tú Bonifacia linda— le decía la viuda —di gracias... thank you... canta el tamborito de “Adiós florecita blanca”... Tú Bonifacio, dime cualquier cosa— y la doña le hacía cosquillitas sobre la cabeza —Di mi nombre: Justa... di, Justa. O cualquiera palabra tuya o de Toribio Pedregón: carajo, puta, sanamabiche... Habla lorito lindo.

Pero el loro no respondía absolutamente nada; además, casi no comían, ninguno de los dos.

Y como doña Justa pensó que los animalitos se iban a morir, días después, de aquella blitzkrieg norteamericana, cuando ya se pudo salir, buscó a un veterinario, para que viera a sus loros.

El especialista dijo, al examinarlos, que los loros lucían perfectamente saludables, que no parecían padecer de ningún mal conocido en esas aves.

—Y entonces, ¿qué debo darles, doctor?

—La verdad, señora, no sé. Es algo raro... ¿por qué no los lleva a un siquiatra?

—No sea malo, doctor, no se burle.

—Perdone, pero no tienen nada.

—Pasaron los meses, y cuando vinieron las primeras lluvias del invierno en abril, y cruzaron por el cielo bandadas de loros y pericos y otras aves que abundan en esos bosques del Canal, al parecer, los Bonifacios se alegraron del tiempo y de las lluvias. La empleada de doña Justa los observó una mañana muy temprano.

—Doña Justa, levántese; venga a ver a sus Bonifacios; creo que de nuevo van a hablar.

Doña Justa acudió presurosa y al acercarse a la pareja de loros oyó algo que trataban de palabrear, pero sólo repetían: —“¡Pun... pun... pun.. tra... tra... tra!”

—Y dicen que no hablaron nunca jamás.

—“¡Pun... pun... tra... tra... tra!...”

## 25

### UNA FOTOGRAFÍA Y LOS DELFINES

A Julito Campbell, quien era el mejor primera base del equipo de béisbol de su barrio, se le había metido, sin embargo entre ceja y ceja que iba a ser marino, aunque Mamita Beny, su abuela y madre de crianza se oponía.

—¿Y por qué no quieres tú, Mamita, que yo sea marino?

—Porque los marinos se van muy lejos y no vuelven.

—Pero yo no iré tan lejos, Mamita— Pronto el Canal será de nosotros, y yo quiero pilotar esos barcos.

—¿Y por qué no te metes, mejor a doctor, niño?

—¿Con qué plata y que dinero?

—¿Y no que Torrijos, el otro día que visitó tu escuela, dizque te iba a conseguir una beca y cuento?

—Ningún cuento, abuela, pero yo la quiero para ser marino y eso de doctor, nada que me gusta.

Ya casi, al final de su bachillerato, el profesor de ciencias sociales le había dicho a su grado que Panamá era casi toda costas, pero la gente no sabía navegar. Y le agregó: —“Somos una de las más grandes potencias marítimas, pero no tenemos allí a nuestros marinos y capitanes.”— Julito no entendía que su pequeño y pobrísimo

país fuera así tan grande en el mar, y aparecía con más barcos que Japón y que Inglaterra. El profesor explicó: — “Tú sabes Julio, son barcos de bandera de conveniencia, desde luego, pero aún así nos faltan millares de marinos... ¿No te gustaría ser marino?”

Pero el problema que tenía Mamita Beny, con las cosas que oía en la calle y las maniobras que realizaban los norteamericanos, por doquier, era que, según ella; — “En algo debe andar ese Julito, que últimamente se me está perdiendo de la casa”. — Y lo peor era que el muchacho le mentía, cosa que no había ocurrido nunca bajo su tutela de abuelamadre.

Por la radio y los canales de televisión doña Beny oía noticias y comentarios que le llenaban de temor.

—Beny— le dijo su comadre Tacha, en el mercadito — ¿tú sabes? Viene la guerra.

—¡Dios mío!... ¿qué me dices tú?

—Tú sabes que mi hijo trabaja en la Zona, en Clayton. Y un puertorriqueño amigo le contó que los gringos nos van a invadir, muy pronto.

—No puede ser.

—La guerra es para sacar a Noriega.

—¿Una guerra?

—Y yo te digo que ese Noriega, lo que tendría que hacer es irse. Nos van a matar a todos. Oiga comadre, de paso, ¿qué es de tu Julito, que casi ya no lo veo? ¿No has oído que hay un montón de muchachos metidos a batalloneiros?

—¿Julio? No hija, ¿cómo se te ocurre que ande en eso?

—Bueno, oiga lo que le digo, pele el ojo, comadre. Yo rezo y le pido a Don Bosco que esa guerra no venga.

—Eso no sucederá, comadre. Yo sé... para eso hay un Dios en el cielo que no lo permitirá.

*Es que no quiero guerra ninguna y menos que tú andes en ella. Tú bien sabes que yo soy vieja, pero no perdea. No traes de engañarme, porque es peor.*

Pero era cierto que su Julito se había afiliado a un grupo de muchachos de su año, que hacía prácticas y ejercicios.

—¿De dónde vienes, así tan fatigado, hijo?— le preguntó la abuela Beny, a Julito, una tarde.

—De jugar béisbol.

—Y esas rodillas tan enlodadas... ¿eso qué fue?

—De un jonrón que metí y como había llovido me resbalé.

—¡Hum!... No te creo nadita... nadita, ¿Me oíste? ¿Sabes una cosa? Dice mi comadre Tacha que pele el ojo contigo, porque unos muchachos andan metidos en no sé que Batallones aprendiendo a matar gente.

—No abuela, no es que aprenden a matar gente, sino que quieren estar preparados, para si los gringos nos vienen a matar.

—¿Esa tenemos?... Entonces, ¿Tú los defiendes? ¿Es que andan en eso? ¿Esos son los jonrones y los beisboles?

—Y usted, Mamita, ¿quiere que los gringos nos vengan a matar? ¿También es gringuera?

—Ajá, irrespetuoso, ¿eso es lo que aprendes en el Instituto con esos profesores?

—Mamita Beny, usted siempre me hablaba de que su abuelo o tatarabuelo, no sé, peleó en la Guerra de los Mil Días en el puente de Calidonia?

—Cállate hijo, no me vengas con ese cuento ahora, para ganarme una discusión. Es que no quiero guerra ninguna y menos que tú andes en ella. Tú bien sabes que yo soy vieja, pero no pendeja. No trates de engañarme, porque es peor.

Catherine, la única hermana de Julito Campbell vivía en Washington, desde hacía tres años, cuando una familia

norteamericana se la llevó de empleada doméstica. Era Catherine quien sostenía, con sus envíos muy regulares; en lo fundamental, a la abuela Beny. Ultimamente le escribía al hermano, muy preocupada por lo que veía en la televisión y lo que contaban los patronos. Ellos que habían vivido treinta años como funcionarios del Canal, conocían muy bien el país, y también la abuela Beny, quien había trabajado con dicha familia en la Zona del Canal, por varios años. Para entonces solía llevarse al nieto, y éste se daba las grandes atracadas de mangos, los que colgaban a la altura de sus manos o caían como rosados melocotones, sobre el bien cuidado césped de los jardines y calles zoneítas.

Catherine había escrito últimamente sobre la situación de Panamá y advertía a la abuela que se cuidara mucho y sobre todo, que no dejara suelto a Julito: —“El señor Davies me ha dicho que algo grave va a ocurrir en Panamá y que le diga a Julito que no ande de loco por allí”.

Pero todo eso fue por gusto, en esa nochebuena de 1989. Porque Julito no regresó el martes 19 del Instituto, y desde luego su abuela Beny no creía que anduviese en las historias de sus beisboles. Fue donde la comadre Tacha y entre las dos hicieron averiguaciones; incluso llegaron a hablar con uno de los amigos de Julito, quien era compañero de su mismo salón, y a quien Beny conocía, porque solía estudiar con Julito en su casa.

El amigo le dijo que había visto a Julito, a la salida de clases, ese día y que iba con su muchacha, la Clara, conversando como siempre lo hacía.

—¿Y quién es Clara?— Preguntó la abuela.

—Una amiguita... novia que dicen.

El muchacho no regresó esta tarde, ni aquella noche.

Y cuando ya sonaban las bombas en El Chorrillo, y en otras partes de la ciudad, entonces la abuela pensó lo peor, y quiso salir como a la una de la mañana, para donde su comadre Tacha, pero ya eso era imposible: —“¡Ay!, San Judas Tadeo— dijo para sí doña Beny— ¡Si al menos el demonio de muchacho se hubiera quedado en la casa de la novia!”— Los vecinos del caserón del barrio de San Miguel, comenzaron a contar a su gente.

—Señores, no son maniobras gringas. El Chorrillo está ardiendo y hay un reguero de gentes destripadas— dijo un asustado chofer de taxi que corrió a su casa — Las balas locas no creen en nadie— agregó — Es la guerra. Vi un chorro de mujeres con sus hijos, que huían desesperadamente, y allí en la Iglesia del Carmen, acabo de verlo, alguna gente aporreaba las puertas, para refugiarse y nadie se las abría.

Mamita Beny no hacía otra cosa que llorar, y los vecinos acudían con tomas de valeriana y otras bebidas, para calmarla. Los chiquillos, todos despiertos, se preocupaban por Julito, su ídolo beisbolero y rodeaban a la pobre Beny. Arriba de la noche, las ráfagas, los misiles, los helicópteros y el gran y terrible murciélago invisible, el famoso F-117, Stealth, que en ese momento era experimentado, por primera vez, en una guerra real, volvía terrones de concreto, maderas y carne, la vida en El Chorrillo y otros lugares, incluso en Río Hato.

E igual que mamita Beny, Clara la novia sufría, porque ella sí sabía en lo que andaba su muchacho, y recordaba el último beso que le dio esa tarde: “Te dejo mi bolsa; si algo me pasa, la llevarás cuando puedas, a mi abuela Beny”.

Y entonces la chica, sin soltarse de su brazo le rogó al beisbolero: —“Vuelve, amor mío!...” —Y echó a llorar con

*...él con un bate en las manos, lagorra amarilla de su equipo de béisbol, y la ancha sonrisa de su rostro moreno, brillaba por el fulgor de sus dientes finos.*

sus ojos verdes. Pero ahora lloraba aún más. En eso acudió la madre a preguntarle cuál era la razón de ese llanto.

—¿Acaso, mamy, no oyes esas terribles explosiones?

—Sí... son los gringos que vienen a liberarnos.

—¡Mamy!... ¿tú también crees en eso?

—Deja de llorar, niña... y dime, ¿por qué lloras?

—Lloro por todos, pero también por Julito... no sé qué le puede pasar...

—¿Qué Julito?

—Julito Campbell, mi compañero de clases.

—¿Y qué? ¿No hay otros compañeros de salón?

—Es mi novio.

—¿Tú? ¿Conque ahora me entero de que tienes novio?

—Sí, tengo miedo de que lo vayan a matar.

—¡Ay, hija mía!...

Para Julito y Clara, además, ese día fue terrible, porque cerraron los colegios y ese año no habría graduaciones. Julito entonces, no podría ser marinero, ni pilotar, como práctico los barcos que cruzaran los ochenta kilómetros del Canal interoceánico.

Desde Washington, el patrón de Catherine no pudo lograr una llamada con su amigo de Balboa City, en Panamá, para que le averiguara cuál era la situación de la familia de su empleada, y como el aeropuerto Omar Torrijos estaba cerrado al tráfico internacional y tomado por la 82 brigada aerotransportada, Catherine que había dicho que deseaba regresar a Panamá, no pudo hacerlo. La semana terrible de esa guerra pasó, pero Julito no volvió a casa.

El profesor consejero del muchacho, al enterarse de su desaparición acudió al cuarto de la abuela Beny y se propuso a ayudarla en la búsqueda de su distinguido

alumno, el beisbolero famoso de su clase. En esta tarea de encontrar a sus gentes andaban miles de personas. El profesor pudo averiguar que el muchacho no estaba en el campo de concentración de Nuevo Emperador; no aparecía tampoco en la morgue del Hospital Santo Tomás, ni en las listas publicadas de los muertos. La única esperanza era que realmente estuviera detenido, por los norteamericanos en sus bases militares, o que se hubiera remontado, con otros compañeros, hacia Cerro Azul, en donde se decía que aún había fieros combates entre las tropas invasoras, Batallones de la Dignidad, y fuerzas militares panameñas.

Pero la búsqueda, no dio resultados y pasaron las semanas y los meses. Al fin, Catherine pudo regresar al país. Al menos logró ver lo que para entonces quedaba de la mamita Beny, quien por la desaparición de Julito y por toda la barbarie de la guerra, se había disminuido, y parecía en realidad una sombra delgada que iba de un lado a otro del viejo cuarto, arrastrando las chancletas, y de vez en vez, se arrodillaba frente a una mesita, en donde tenía velas prendidas frente a una foto de Julito, retrato que se había hecho tomar un año antes: él con un bate en las manos, la gorra amarilla de su equipo de béisbol, y la ancha sonrisa de su rostro moreno, brillaba por el fulgor de sus dientes finos.

A los quince días del regreso de Catherine de Washington, murió la abuela, y entonces la muchacha se halló más sola y sumamente desgraciada. Tanto como la querían sus patronos ¿Y sería posible que los soldados gringos asesinaran a su propio hermano?

Eso se preguntaba en la soledad y en la angustia. Llamó a sus patronos, para comunicarle su duelo, y pasado unos días, al retomar la tarea de sus averiguaciones respecto de su hermano, primero dio con uno de sus

compañeros de clase, quien le habló de Clara. Buscó a la chiquilla y al encontrarla, cuando se conocieron, Catherine sintió un alivio, ya que le parecía que al abrazar a Clara tocaba algo de Julito en sus brazos. Se propusieron investigar juntas y las dos se ligaron a comités y grupos que demandaban el esclarecimiento del caso de miles de personas desaparecidas. En todo un mes de búsqueda no encontraron el menor rasgo de Julito. Incluso se toparon con algunos de sus compañeros del grupo, en el cual Julito Campbell participaba.

La verdad, compañera, todo fue tan rápido, que unos por aquí y otros por allá acudimos al sitio acordado, cuando escuchamos por TV y Radio Nacional la advertencia de “¡Alerta!... ¡Alerta!... Batallones de la Dignidad y Codepádis... Clave Cutarra”. Y por eso no todos nos vimos. Alguien sin embargo, que ahora no recuerdo, comentó que había visto a Julito Campbell y a su compañero Fabián, con sus armas. Eso fue lo que yo supe. Pero, quién sabe... puede estar vivo, ya que alguna gente se remontó en espera de momento mejor, para seguir.

A veces Catherine acompañaba a Clara, quien iba con su madre por la Avenida de los Poetas, en El Chorrillo, cerca de la Cooperativa de los Pescadores. En un punto de ese malecón Clara se detenía, ella llevaba siempre una rosa roja en sus manos, y miraba a lo lejos del Océano Pacífico, hacia donde salían los trasatlánticos del Canal. ¿Qué buscaban sus ojos? Y la rosa, ¿para qué?

—Un día Julito saldrá del mar— decía Clara a Catherine —porque él está jugando con los delfines.

—Es lo que ella repite— le susurró la madre a Catherine, mientras la chica miraba en lontananza. —No sé qué hacer con mi pobre hijita. Ella ve delfines, pero aquí, a la salida del Canal no hay tales delfines. Ya la llevé al

psicólogo. El me ha recomendado que no la contradiga, que le siga este juego tan triste, y que si quiere venir acá, que la traiga. Temo que se me ponga verdaderamente loca.

Clara miraba el horizonte enrojecido y luego lanzó la rosa, tras de besarla, en dirección al sol. La marea estaba alta. Un pescador, en su bote parecía recoger toda la luz del sol bajito en su red. Clara veía, a lo lejos plateados delfines que parecían jugar con las gaviotas.

*...en algún lugar, un muerto tendido boca arriba...*

Para esos días se anunció una exposición de fotos de la invasión, en la Casa del Periodista, en la cual se mostrarían fotos enviadas por periodistas locales y extranjeros, que cubrieron los acontecimientos de la guerra de diciembre.

Catherine invitó a Clara. La sala estaba llena de familiares de los muertos y desaparecidos, y público en general, quienes escrutaban cada foto. La muestra pese a su sentido de denuncia y de solidaridad, era macabra.

Miles de panameños en el campo de concentración de Nuevo Emperador; otros amarrados con las cintas plásticas, las manos atrás de las espaldas, empujados por feroces marinos yanquis, a punta de bayonetas; en algún lugar, un muerto tendido boca arriba; acá un soldado gringo, la pata puesta encima de un patriota, con su fusil apuntando sobre la cabeza de la víctima; allá una fila de muertos tirados en el piso de la morgue, en cuyo grupo sobresalían humildes mujeres; en otra parte decenas de ataúdes al borde de las fosas comunes; cielos oscurecidos de helicópteros en fila; el famoso avión Sthealth; el barrio de El Chorrillo en pleno incendio; el hangar de Albrook Field, centro rodeado de 18,000 refugiados panameños, terribles alambradas made in USA; fotos de los matarifes

Cisneros, Thurman y Stirner; otras postales del régimen títere, rodeado de rangers en la Presidencia de la República; acá una muchacha que besa, en plena avenida a un gringo, allá un panameño, el mismo 20 de diciembre, que porta la bandera norteamericana y la panameña; en una esquina una ampliación de la foto de un cráneo hallado en una fosa común, con un tiro en el propio centro, fotografías de Bush, rodeado de su gabinete, en el momento de ordenar la invasión, con la mano en la biblia, y en forma bien resaltada, en momento que norteamericanos asesinan a un corresponsal español Juanxu Rodríguez y cientos de fotos más que demostraban la barbarie de fin de siglo cometida en Panamá por los poderosos intereses bélicos y hegemónicos de los Estados Unidos.

A Catherine, quien por primera vez veía, detalladamente, este tipo de gráficas se les salían las lágrimas. No era, desde luego la única que entre el gentío lloraba para afuera o para adentro. De pronto, frente a una foto, quedó como paralizada y llamó a Clara.

—¡Clara, mira ésa!

—¿Cuál?

—La 177.

—¡Ay!— Gritó Clara— es Julito... mi Julito!

La chica cayó entre brazos de Catherine, y a su alrededor se formó un remolino de gente.

—¡Un médico!... ¡un médico!— clamó una voz.

—Todo fue por gusto para Catherine, porque su hermano sólo apareció, al fin; pero en una foto. Tenía el rostro intacto, la mano izquierda levantada, como con la intención de golpear y el fusil a su lado.

Algunos periodistas quisieron entrevistar a Catherine, pero ella se negó; en su estupor, no alcanzaba a decir nada.

—Si al pobre muchacho, no lo hallaron ni en las fosas

comunes— comentó alguien —fue de los que echaron los gringos en bolsas plásticas en la bahía.

Y eso era justamente lo que pensaba la novia Clara. Que los norteamericanos, en su brutalidad, le habían arrebatado su amor para echárselo a los tiburones en el mar; aunque, en sus sueños, siempre aparecían delfines que venían a salvarlo. Por eso insistía en ir al malecón, porque algún día saldría Julito con los delfines solidarios. Y cuando todo el mundo se enteró del hallazgo del joven asesinado, en la exposición de fotografías, incluso por las publicaciones de algunos medios y por tanto los compañeros de su clase y los profesores sabían ya que había caído el famoso estudiante beisbolero, a Clara y a su madre, no le quedó otra cosa que consolarse en aquel paseo, cada tarde, cuando caía el sol.

Una de esas tardes la desesperada Clara fue con su habitual rosa roja y su madre al malecón, a esperar a Julito y sus delfines. Una menuda llovizna invadía las distancias del ocaso rosado, sobre el mar. Clara oyó el silbido de sus delfines.

—¡Ay, many!— exclamó.

—¿Qué, hija?

—¡Julito me llama!

—¿Qué dices? mi amor... ¡cálmate!

—¡Ay! Los delfines, madre... ¡míralos allá! cerca de aquel barco.

La muchacha se le soltó de los brazos a la madre y echó a correr hacia el Puente de Las Américas, sobre el Canal.

—¡Hija!... ¡hija!... ¿a dónde vas?

Pero la señora no pudo detenerla. Clara corría en la tarde; la cabellera castaña iluminada de algunos empellones del sol que se acababa, sobre los fulgores de la mar oceana.

*rápidamente  
trepó a la ba-  
randa y ex-  
tendiendo los  
brazos, como  
una maripo-  
sa amarilla, o  
como una pa-  
loma azul*

Los automovilistas y pasajeros que iban y venían, a ver la carrera de la muchacha y la persecución lenta de su madre, no entendían si la chica hacía una caminata o qué cosa era...

—Esa muchacha parece loca— expresó un pasajero en el bus.

Ya sobre el enorme puente se detuvo, se acercó a los barandales de la pasarela. Al fondo, abajo, y entre los barcos salieron los plateados delfines y Julito entre ellos que le gritaba:

—¡Clara, mi amor, ven a jugar! Ven a jugar béisbol acuático— Una pelota rebotada de la cabeza de los delfines, a las manos del muchacho enamorado —¡Ven, Clara mi amor!...

Clara se apretó la cinta de su larga cabellera castaña, en esos momentos dorada por los pincelazos del sol; rápidamente trepó a la baranda y extendiendo los brazos, como una mariposa amarilla, o como una paloma azul, se lanzó al abismo de las oscuras aguas del Canal y se fue con Julito y los delfines.

**RESIDENTES: O.K... ARMY, O.K.**

Cuando los Batallones de la Dignidad arreciaron sus ataques y emboscaban a las patrullas norteamericanas en los barrios, la inteligencia gringa cursó, a sus agentes locales de la Cruzada Civilista y demás organismos empresariales, alineados con la invasión, la orientación para que en las barriadas y en donde pudieran, procedieran a levantar barricadas de contención de los batalloneros.

Los norteamericanos anunciaban, por todos los medios, a su alcance, que los Batallones de la Dignidad entrarían a los condominios y palacetes de los hermosos barrios de Patilla, El Cangrejo, El Dorado y otros, a asesinar a los ricos y a violar a sus hijas.

Pronto aparecieron las barricadas, no sólo en los barrios altos de la aristocracia, sino en las calles de moradores de capas medias. Eran jóvenes, en su mayoría, deseosos de participar, sin rumbo definido alguno, incluso sin saber contra cuales enemigos, en realidad era la pelea; la cuestión consistía en hacer barricadas para jugar a la guerra, que tantas veces habían visto por la televisión.

En los barrios de los rabiblanco, los muchachos y las niñas "yeyé" vestían camisas y chaquetas con vistosos